

Revista Cultural Lotería

Nº 478-479



Léela a tus niños un cuento todos los días

Feliz Día a todos Los niños y niñas

Fecha del Juego y la Diversión

Día del Niño



¡Ganamos Todos!

Lotería Nacional de Beneficencia

Junta Directiva:

Representante del Ministerio de Economía y Finanzas

Licdo. Pedro Luis Prados V.

Director General de Ingresos

Representante del Ministerio de Gobierno y Justicia

Licdo. César Robles

Representante de la Contraloría General de la República

Licdo. Manuel Santamaría

Representante de los Compradores de Billetes

Ing. Raúl Ávila Escala

Representante del Sindicato de Billeteros de Panamá

Sr. Marcos Anderson

Por la Administración:

Director

Licdo. Israel Martínez

Secretaria General

Licda. Graciela Martínez

LOTERÍA

Nº 479

Julio — Agosto 2008

Licdo. Israel Martínez

Director General

Ing. Eric O. Cataño

Subdirector General

Licda. Nelly Grimaldo de Bósquez

Directora de Desarrollo Social y Cultural

Licda. Yudisthira Barrera E.

Subdirectora de Desarrollo Social y Cultural

CONSEJO EDITORIAL:

Mgter. Belgis Castro

Licdo. Eduardo Flores

Mgter. Denis Chávez

Licdo. Salvador Sánchez

Licda. Moravia Ochoa

Licda. Vanesa Olarte de Cruz

Profa. Rubiela de Guevara

Correctora

PUBLICACIÓN DE LA DIRECCIÓN DE DESARROLLO
SOCIAL Y CULTURAL
ISSN 0024.662X

Para suscripciones y consultas sobre la REVISTA LOTERÍA
Comunicarse con el Departamento Cultural.
Teléfono: 507-6800 ext. 1248 - revista. Lotería@lnb.gob.pa

Índice

- 5 Presentación de la Revista
Por el Licdo. Israel Martínez.
Director General de la Lotería Nacional de Beneficencia de Panamá
- 9 La gran pelea
Autora: Emelia Manuela Alemán
- 12 Chiquitín en el Canal de Panamá
Autora: Emelia Manuela Alemán
- 17 Pétalo y el pote
Autora: Patricia de Alvarado
- 20 La suerte (Cómo llegó el pote de oro al final del arco iris)
Autora: Patricia de Alvarado
- 23 Las gotas de agua
Autora: Malca Bassan
- 26 El oso Barbisqui
Autora: Malca Bassan
- 29 Cuando los dragones se quedaron sin fuego
Autora: Irene de Delgado
- 31 De por qué el caparazón de las tortugas
Autora: Irene de Delgado
- 33 El negrito bonachón
Autora: Mirla Lina Díaz
- 35 Tic y Tac
Autora: Mirla Lina Díaz
- 39 La invasión
Autor: Leadimiro González C.

- 43 Estefi, los talingos y el buen amo
Autora: Estela Perigault de Malgrat
- 49 Croac, Croac, Croac, un concierto de amor
Autora: Estela Perigault de Malgrat
- 53 El tesoro de los doraces
Autora: Laura B. Nieto Bruña
- 60 Aguinaldo con cuatro patas y dos alas
Autora: Laura B. Nieto Bruña
- 64 Lluvia de flores
Autora: Yolanda Ríos de Moreno
- 67 Glupy, el explorador
Autora: Yolanda Ríos de Moreno
- 71 El pez Tillo
Autora: Annabel Miguelena
- 74 El mundo de Belfor
Autora: Annabel Miguelena
- 78 Cándido y el árbol de nance encantado
Autora: Tilsia Perigault Hayams
- 82 La vecina entrometida
Autora: Tilsia Perigault Hayams
- 86 Gallo
Autor: Rolando Augusto Rangel M.
- 89 Burundanga
Autor: Rolando Augusto Rangel M.
- 92 Un pícaro ratoncito
Autora: Isabel M. Roldán

- 94 Un día de fiesta en el bosque
Autora: Isabel M. Roldán
- 99 El gol de Juanito
Autor: Ben Dario Saavedra Rodríguez
- 101 El niño fuerte
Autor: Ben Dario Saavedra Rodríguez
- 103 Los acertijos del Morro
Autora: Mitzy Sandoval
- 107 Jack, el limpiabotas y la estrella de mar
Autora: Marta Aurelia Jiménez de Stanziola
- 110 Reto de lunáticos
Autora: Francisca de Sousa
- 116 Mi planeta verde azul
Autora: Francisca de Sousa
- 123 En la llanura
Autora: Sandra Anabel Suiira Atencio
- 128 El acuario
Autora: Melanie Taylor Herrera
- 133 Las aventuras y la desventura de Don Ñeque
Autor: Arysteides Turpana
- 141 Flores y estrellas
Autor: Arysteides Turpana
- 145 Un canario muy sabido
Autora: Hena González de Zachrisson
- 149 El semáforo loco
Autora: Hena González de Zachrisson

Presentación de la Revista

*L*a educación como elemento constitutivo del ser humano debe ser integral, con ella se van a desarrollar las exigencias formativas del niño, lo socio-afectivo y psicomotor, lo cognitivo.

Con nuestra mejor voluntad, a través de la Revista Cultural Lotería, les brindamos una cuidadosa recopilación de cuentos que, por su sencillez y belleza, pueden adaptarse a la mentalidad infantil y llenar una función altamente educativa, pues representan una fuente inagotable de entretenimiento y aprendizaje; su contenido será un vehículo de formación y construcción de valores y actividades para las generaciones venideras.

Queremos contribuir, con esta edición, a enaltecer la labor que realiza la Sra. Vivian Fernández de Torrijos, Primera Dama de la República y su actividad orientada a fortalecer la niñez panameña. Esta obra será un complemento a los proyectos que realiza a favor de la población infantil de nuestra República.

Esta nueva publicación va orientada a beneficiar a niños y niñas mediante el ejercicio de actividades autoafirmativas en los aspectos morales y éticos, a través del dibujo, la palabra descriptiva que constituye una manifestación importante de los primeros años; y de acuerdo a la edad y al lugar configura una forma de expresión con el lenguaje. Porque el niño desenvuelve su vida en un contexto que no es ni simple ni unificado y que está actuando sobre él de forma tal que influye de manera evidente en su comportamiento y desarrollo.

La Lotería Nacional de Beneficencia, con visión de futuro desea crear las condiciones para lograr que los niños se expresen, porque la educación no es un proceso limitado, su efecto se proyecta a las actividades sensoriales y motoras que son los estímulos que producirán el equilibrio entre el desarrollo y la madurez.

En esta Revista, dedicada a “Cuentos para Niños”, se conjuga lo práctico y lo bello mediante la ternura, la fantasía y el color, porque están redactados con criterio pedagógico, fusionados en un mundo de ilustraciones, que van a contribuir a potenciar los sentidos que activan la memoria infantil.

Con este aporte, con el regocijo de estas expresiones literarias deseamos difundir nuestra cultura, pues es uno de los medios fundamentales para lograr que los pueblos se conozcan y comprendan entre si, para echar los cimientos de la cultura de paz, porque todos juntos vamos a leer un cuento.



Licdo. Israel Martínez

Director General

Lotería Nacional de Beneficencia de Panamá

La gran pelea

Por: *Emelia Manuela Alemán*



—Tío Conejo y Tío Tigre estaban discutiendo cuál de los dos era más fuerte.

Naturalmente que Tío Conejo bien sabía que él no podía ganarle a su amigo, pero como Tío Tigre lo había preguntado delante de los venados, Tío Conejo dijo que aceptaba el desafío y que pelearía con Tío Tigre dentro de una semana.

Desde ese momento, Tío Conejo se fue a su casa a descansar y cogiendo los repollos y zanahorias de su huerto, las comía.

Se despertaba muy temprano y en las mañanas caminaba por los llanos para fortalecerse. A pesar de que Tío Tigre no se cuidaba y Tío Conejo iba ganando fuerzas, todos creían que él iba a perder.

El día antes de la pelea ya estaba construida la tarima. De las selvas vecinas habían llegado Papá Elefante y Mamá Elefante con sus hijitos, Teodoro el osito juguetero, Caritas la jirafa y muchos otros animales que querían ver la tan anunciada lucha.

Sólo el Señor Hipopótamo, quien por permanecer mucho tiempo en el agua tenía un fuerte resfriado y la Tortuga, quien no se decidía a caminar tanto, no fueron a “Selva Feliz”, donde todos los animales son amigos, por lo que las Palomitas Mensajeras decidieron que volarían de un lado a otro para irles diciendo quién iba ganando.

El sábado se efectuaría el encuentro y la noche anterior, es decir el viernes, Tío Conejo cogió una pala, un pico, una soga y una escalera. Cantando muy alegre, pasó por delante la casa de Tío Tigre en el momento en que éste se encontraba en el jardín.

—¿Cómo te encuentras Tío Tigre? — dijo Tío Conejo al verlo.

—Yo, dijo Tío Tigre, estoy muy bien. Más fuerte que nunca ¡Qué paliza tan grande te voy a dar mañana! Y... ¿para dónde vas tú con todas esas cosas? —preguntó, ya que era muy curioso.

—Yo— dijo Tío Conejo con voz muy misteriosa, —yo... pues nada, como esta noche es noche de luna llena y como con la luz de la luna llena es que hay que desenterrar el oro y la plata en el cerro...

—¿Oro y plata? —interrumpió Tío Tigre quien ya se veía millonario. ¿En qué parte del cerro están escondidos?

—¡Ah! —dijo Tío Conejo —eso sí no te lo digo. Aquí en este papel lo tengo apuntado y muy pronto me verás con vestidos, zapatos, sombreros nuevos y hasta viviendo en una elegante mansión.

Dijo adiós a Tío Tigre y siguió su camino, como si no hubiera visto que el papelito se había caído al suelo.

Tío Tigre no dijo nada y, apenas se perdió de vista Tío Conejo, recogió el papel y pensó. “¡Ahora el rico seré yo!”

Al cabo de un rato, vio desde la ventana que Tío Conejo regresaba, mirando hacia abajo como quien busca algo, y cuando comprobó que Tío Conejo entraba en su casa, él salió corriendo de la suya hacia el cerro. Cogió la pala y el pico que había dejado abandonados Tío Conejo, y sin pensarlo dos veces empezó a cavar tal cual el mapa lo señalaba.

El pico tropezaba con raíces muy fuertes, pero Tío Tigre en su afán por encontrar el oro y la plata seguía cavando hondo y más hondo.

Así se pasó toda la noche sin encontrar nada.

Y mientras Tío Tigre perdía todas sus fuerzas buscando un oro y una plata que no podía encontrar ya que todo era invención de Tío Conejo, éste muy acostado en su cama dormía y roncaba que era un gusto.

Naturalmente al día siguiente cuando llegó la hora de celebrarse la pelea, Tío Tigre casi no podía enderezarse, ya que había pasado tanto tiempo agachado y se movía con gran dificultad. En cambio, Tío Conejo saltaba más que de costumbre por lo que le fue muy fácil ganar la pelea dejando a todos asombrados, al recibir el título de “Campeón de Boxeo de Selva Feliz”.

Así como Tío Conejo, los niños que estudian, piensan y observan usando las armas de la inteligencia siempre tienen más oportunidad de superar en los verdaderos valores de la vida a los que sólo aprenden a valerse de los puños.

Chiquitín en el Canal de Panamá

Por: *Emelia Manuela Alemán*



Ilustraciones: Guillermo Wong

—Amigo viento, ya estoy listo para ir a las escaleras de agua del Canal de Panamá— dijo el lagartito Chiquitín —Tengo que irme ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Imagínate! Anoche en el televisor que tiene mamá Lalita en su casa, vi como se alzaban hacia las nubes las columnas de agua, anunciando que nosotros los panameños vamos a ayudar otra vez a la bolita del mundo entero para que los barcos tan grandotes que hay ahora puedan llevar bastante comida y vestidos a todos los países. Ojalá entonces se acaben las peleas y las guerras.

—Espero que así sea— dijo el viento, y añadió —Cuando nades por el río Zaratí hasta Río Grande y de allí al estuario que es como se llama el lugar donde las aguas del mar y el río se mezclan, vamos a estar cuidándote para que no te arrastre la corriente.

Y es que a Chiquitín todos lo quieren. Él es vegetariano. Es decir, sólo se alimenta de frutas, raíces y hojas. Nunca creció como los otros lagartos del río. Cuando lo vieron por primera vez, pensaron que era una iguana pequeña, pero él aprendió a no ponerse bravo cuando se equivocan. Además, su tamaño le agrada porque le permite esconderse entre las tejas del techo de la casa de Lex, quien es un muchacho muy estudioso, que lee en voz alta las historias escritas en los libros escolares. Así, Chiquitín se enteró de que Panamá había ayudado al mundo entero cuando cavó su tierra para abrir el camino más corto del Océano Pacífico al Océano Atlántico.

Además, una vez Lex leyó en voz alta el texto del libro “Mi Nombre es Panamá”. Allí Justo Arroyo dice que el canal es como unas escaleras de agua. Chiquitín puso mucha atención para aprenderse de memoria lo que oía.

Al día siguiente dijo a su amiguita, la ranita Tumbuctú:

—Llama a todos los sapos y ranas. Vamos a celebrar una reunión en el remanso.

Cuando llegaron, las aguas estaban muy tranquilas, y las diminutas flores “Gallito de Monte” y “Cirulecas” bailaban suavemente sobre ellas. Chiquitín subió a lo alto del viejo tronco del árbol que una vez trajeron las aguas de la creciente por el río; y se quedó en el remanso para que los pajaritos y las aves puedan descansar y cantar desde sus ramas que no tienen hojas. Desde allí el lagartito dijo a sus amigos:

—Vamos a darle cuerda a la imaginación. Piensen que estamos navegado a bordo de un barco por el Océano Pacífico. Ahora nos encontramos frente a las esclusas de Miraflores en el Canal de Panamá. Unas pequeñas locomotoras están halando el buque para colocarlo dentro de un gran espacio que se llama cámara y que no tiene techo. Por delante y por detrás cierran las enormes puertas de acero, llamadas compuertas, así que no podemos salir. Permanecemos quietos sobre el agua, pero vamos alzándonos como si subiéramos por una escalera, porque la cámara se va llenando de agua y más agua hasta elevarnos ocho metros. Luego las compuertas que están al frente se abren y entramos a la segunda cámara. Allí nos encierran otra vez y el agua vuelve a levantarnos otros ocho metros. Se abren las compuertas y entonces el barco navega por el pequeño lago Miraflores, hasta encontrar otras esclusas que están en Pedro Miguel.

Tal como pasó en las esclusas de Miraflores, las escaleras de agua nos alzan; pero esta vez subimos nueve metros y medio.

A ver, ¿quién le puede decir a Chiquitín cuántos metros hay que elevar un barco o una lancha para navegar por el Lago Gatún, que está sobre el nivel del mar?

Cuando la bella luna llegó a bañarse en las aguas del remanso, era ya casi de madrugada. Chiquitín se despidió de ella y agradeció al Hada Burbuja haberle enseñado las palabras mágicas que le permitirían ir rápidamente por el río Zaratí sin chocar con rocas tan fuertes como las del Cañón de la Angostura.

Empezó a cantar las palabras mágicas, acelerando el ritmo para que su cola girara cada vez más rápido, como si fuera un motor. —¡Umbaraleka, leka, leka!, ¡Umbaraleka, leka, leka!, ¡Umbaraleka, leka, leka!,— repetía con entusiasmo Chiquitín. Y así fue avanzando rápidamente por las aguas. Sintió temor cuando pasó frente al “Murcielaguero”, pero los habitantes de la horrorosa cueva continuaron colgados del techo, sin moverse. Llegó a la desembocadura del Zaratí, en Río Grande. Allí lo recibió su padrino el lagarto Ojigordo.

Desde las orillas lo saludaban los monitos Tití, los pájaros y aves, tales como el alcatraz, el tucán, las palomas, las garzas y otros. También estaban presentes los gato—solos, los cenizos, los osos hormigueros y muchos otros amigos que habitan nuestra hermosa selva tropical. Por eso, hay que cuidarla muy bien para que puedan sobrevivir.

Antes de llegar al estuario los esperaba Gran Caimán. Al verlo, Chiquitín dijo en voz alta las palabras mágicas para detener el motor en que se había convertido su colita.

—¡Umbaitilla!, ¡umbaitá!, para colita mía, para, ¡ya!, ¡ya!, ¡ya!—

—Ven Chiquitín— le dijo Gran Caimán,—sube y te colocas entre mis ojos. Allí tienes que permanecer muy quieto. No hagas funcionar el motor en mi cola cuando vayamos por el estero, que es donde están los manglares, porque se pueden enfurecer las abejas africanas, los abejorros y otros que viven en las colmenas.

—Y ¿qué podemos hacer con los mosquitos?— preguntó Chiquitín.

—Soportarlos calladitos aunque zumben y zumben— le contestó su amigo.

—¿Y si hay de los requete malos “fiebre amarilla”, que mataron a tanta gente cuando se construyó el Canal de Panamá?— volvió a preguntar Chiquitín.

—Por suerte ya no hay pero siempre debemos rogarle a Dios y pedirle a los que gobiernan que cuiden a Panamá para que nunca regresen— dijo Gran Caimán y penetró en el manglar, avanzando por entre los árboles llamados corizos. De ellos se obtiene la majagua para hacer sogas. Estaban también los mangles. Estos son arbustos altos que extienden hacia el suelo sus largas ramas, como si fueran a agarrar a los que pasan por entre ellos. Por eso Chiquitín cerraba sus ojos porque le daba miedo, aunque sabía que los mangles son buenos y dan su corteza y sus frutos para teñir el cuero.

Cuando salían a otras áreas cerca de las costas, el lagartito pronunciaba nuevamente las palabras mágicas. Así avanzaron hasta llegar a río Cárdenas, cerca de las esclusas de Miraflores que como ya saben, están a la entrada del Canal de Panamá por el Océano Pacífico.

—Chiquitín, hasta aquí puedo llegar yo— dijo Gran Caimán. —Me voy tranquilo porque allí veo a tío Pelicano, quien ha aceptado esconderte dentro de la gran bolsa, formada por una membrana, que cuelga desde su largo pico. Él te llevará hasta el patio de la casa de control, desde donde se operan las compuertas. Así podrás saltar a la cubierta de uno de los grandes barcos que transitan y, como lo hacen los turistas, estarás a bordo para subir las escaleras de agua del Canal de Panamá.

Chiquitín agradeció a Gran Caimán toda su ayuda y éste se alejó para que nadie lo viera.

Esperando el atardecer el lagartito nadó un rato por los alrededores y al ver unos hombres uniformados, comprendió que eran los guardias de seguridad del Canal de Panamá. Casi a la orilla del río había un frondoso árbol. Chiquitín se escondió entre sus ramas y estaba durmiendo cuando un ruido lo despertó. Llegaron dos maleantes. Chiquitín había visto un letrero que prohibía la entrada a ese lugar. Sin vacilar se tiró sobre la cabeza de uno de ellos el

cual lanzó un grito que oyeron también los que cuidaban el lugar. Acudieron enseguida y Chiquitín los ayudó saltando de la cabeza de un maleante a la del otro para que no pudieran huir. Cuando se los iban a llevar, el valiente Chiquitín corrió hasta donde estaba tío Pelicano. Éste, como había visto lo que había pasado, lo esperaba con el pico abierto para que Chiquitín se escondiera y voló enseguida para llevarlo cerca de la casa de control de las esclusas.

Era ya de noche cuando Chiquitín dio el gran brinco desde su escondite hasta la cubierta del barco de contenedores que pasaba por las esclusas. Temblando de emoción subió a bordo del buque las escaleras de agua del Canal de Panamá; y permaneció allí hasta llegar a Gamboa, frente a la desembocadura del río Chagres. Entonces se lanzó otra vez al agua dulce para recorrer esos lugares y esas aguas que saben tanta historia de Panamá y de cómo se construyó su canal.

Chiquitín no tiene prisa. Algún día nadará también por el lago Gatún hasta llegar a las esclusas que están frente al Océano Atlántico.

Y Madelag continuará contándoles a ustedes, sus amigos, todas las aventuras de Chiquitín por el río Chagres, por el lago Gatún y por el Canal de Panamá.

Pétalo y el pote

Por: *Patricia de Alvarado*



Ilustración: Andrea E. Alvarado

Pétalo nació una mañana húmeda y nublosa, y era la flor más pequeña de todo el jardín. Sus primas se rieron cuando la vieron.

—¡Qué flor más chiquitita! —exclamó Violeta.

—¡Parece una hierba! —comentó Begonia.

—¿Cómo va a protegerse? No tiene ni una sola espina —dijo Rosa.

—¿Crees que crecerá? Es tan pequeña que apenas puede ver por encima de la maleza —dijo Lirio.

—Lo dudo. La veo mal. Puede sofocarse —comentó Margarita.

Y las demás flores comentaban cosas no muy alentadoras sobre el tamaño de la pequeña Pétalo.

—¡A lo mejor el jardinero la va a arrancar! —dijo Azalea.

—¡Seguramente, no la va a escoger para ir a la gran feria! —comentó Petunia.

—Mejor me la como yo —dijo el señor Escarabajo.

—¡Dios la salve! —rezó la hermana Espíritu Santo.

Y así siguieron los comentarios y las preocupaciones.

Al día siguiente amaneció soleado y Pétalo despertó con alegría y extendió sus hojitas.

—¡Ay, qué día tan maravilloso! —exclamó y sintió un temblorcito en su tallo que estiró un poquito.

Por la noche llovió fuertemente, y con cada gota Pétalo sintió que su tallo estiraba más y más. Al amanecer, cuando dejó de llover, podía discernir el perfil de una montaña y quedó asombrada de la vista. Ya no era tan pequeña. Ahora podía ver más allá del campo.

—¿Podemos viajar hasta allá? —preguntó a las demás flores.

—La única manera de que podamos viajar es por nuestras semillas que viajan con el viento o con las aves, o por un pote.

—¿Un pote? —preguntó Pétalo—. ¿Qué es un pote?

—Un pote es como una casita donde puedes vivir con los humanos. El jardinero te saca del jardín y te coloca en un pote llena de tierra. Y junto con las otras flores en potes, te lleva a la Feria de Flores donde los humanos las compran para adornar sus casas.

—¿Y qué pasa si no me compran?

—El jardinero te trae de vuelta al jardín y te siembra de nuevo hasta la próxima feria.

—De repente todas las flores en el jardín empezaron a gritar.

—¡Viene el jardinero!

—¡Tiene la carreta llena de potes!

—¡Sonrían!

La sombra del jardinero pasó por todas las hileras, sacando y sembrando las flores en potes, y se detuvo delante de Pétalo. Todo ocurrió tan rápido que Pétalo no tuvo tiempo para nada. Se sintió un poco mareada y sus raíces estaban bien apretadas. Junto con las demás flores ya en potes, el jardinero empezó a empujar la carreta.

Viajaron por largo rato y el sol las encandilaba, hasta que por fin, llegaron a un lugar donde había muchos humanos y el jardinero estacionó la carreta. Las primeras que fueron compradas por los humanos, eran Violeta, Rosa y Begonia. La hermana Espíritu Santo se fue con Margarita y Azalea, dejando solo a Lirio, Petunia y Pétalo, pero no por mucho tiempo. Alguien se llevó a Petunia y luego se fue Lirio. Entonces se quedó Pétalo solita.

Varios humanos pasaron. Algunos se detuvieron y la contemplaron. Con esto Pétalo les sonreía, pero al final, nadie se la llevó. Pétalo se puso un poco triste por haber sido rechazada, y de repente llegó una nube de mariposas y le hicieron cosquillas.

—¡Basta! ¡Basta! ¡ja ja ja! —decía Pétalo a carcajadas.

Cuando se fueron las mariposas, Pétalo se quedó cansada por tanto que se rió. Al rato notó que el jardinero recogía sus cosas.

—No me van a llevar —murmuró Pétalo poniéndose triste de nuevo, y sus hojas temblaban un poco. Pero justamente cuando el jardinero levantaba la carreta para irse, llegó un muchacho. Habló con el jardinero y repentinamente recogió el pote donde yacía Pétalo y se la llevó.

Viajaron por largo rato. Y el sol ya se ocultaba cuando entraron por unas puertas inmensas y pasaron por un corredor largo y oscuro. Luego entraron a un cuarto con una ventana y una cama donde reposaba una señora muy mayor.

—Feliz cumpleaños, Abuela —dijo el muchacho.

—¡Ay, qué linda flor! —exclamó la abuela y sonrió—. Gracias, hijo.

La abuela colocó a Pétalo en la ventana donde llegaba el sol todas las mañanas. Pétalo sonrió también y abrió sus hojas hasta el cielo, feliz porque realizó su sueño de ser una flor casera.

La suerte

Cómo llegó el pote de oro al final del arco iris

Por: *Patricia de Alvarado*



Hace mucho tiempo, vivía un rey bondadoso. Pero no estaba satisfecho con solo ser bueno; quería reinar bien. Para cumplir ese deseo, necesitaba conocer bien a sus súbditos. Entonces decidió tener una fiesta. La ocasión no importaba.

“El rey va a tener una fiesta a la que cada invitado deberá aportar un plato”, decía la invitación. “Es obligación asistir y traer algo para compartir. El mejor regalo recibirá un premio”.

Envió sus mensajeros a todas partes de su reino inmenso para entregarles una invitación a cada uno de sus súbditos.

Bueno, al otro lado del reino, vivía una pequeña familia humilde que acababa de recibir su invitación.

El papá preguntó:—¿Qué podemos llevar a la fiesta? No podemos llegar sin regalo.

—Puedo preparar un molde de pan —dijo la mamá.

La familia se puso de acuerdo en que ése iba a ser el regalo porque era lo más precioso que podían ofrecer. Entonces la mamá preparó un pan que al salir del horno, inundó la pequeña choza con un aroma que penetraba a través de su crujiente masa dorada. Lo envolvió en papel sencillo, lo colocó en una canasta, y la familia se dirigió a la fiesta.

Durante el largo viaje, los niños recogieron flores silvestres y llenaron la canasta hasta el borde. Estaba rebosante de dalias, margaritas, crisantemos, y brezos. Había junquillos, hibiscos, y rosas. Había buganvillas, poinsettias, caléndulas, y lirios. Cuando ya no cabía más en la canasta, se colocaron las flores en su ropa y en su cabello. Quizás no cogieron todas, pero andaban muy coloridos.

De pronto empezó a llover. Llovió y seguía lloviendo. No dejó de llover hasta llegar al portón del palacio, y estaban completamente empapados — el papá, la mamá, los niños, las flores, y por desgracia el pan.

Cuando los recién llegados entraron al jardín del palacio, notaron que los demás huéspedes lucían sus más finas ropas y cargaban bandejas enormes de manjares. Cuando les tocó entregar su regalo, algunos de los huéspedes a su alrededor se mofaban de ellos porque al caminar dejaban marcadas su huellas de lodo desde la entrada hasta el mismo trono del rey.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el rey.

—Es nuestro regalo para compartir —contestó el papá—. Pero, su Majestad, tengo que confesar que tuvimos un poco de lluvia en el camino, y el pan está frío y mojado.

—No se preocupe. Póngalo allí y lo comeremos más tarde —contestó el rey, quien hasta entonces estaba muy contento con los regalos, pero como era un hombre bastante cortés, no quiso que

esta pequeña familia se sintiera incómoda y no le dio importancia al estado de su regalo. Lo que importaba era el gesto.

Entonces el papá siguió las instrucciones del rey y colocó la canasta sobre la mesa.

Luego, el rey dio una palmada y dijo: —¡Que inicie la celebración!

Había música y la gente bailaba, y todos comieron de todo un poco, menos el pan. La pequeña familia se sintió bastante mal por el pan mojado, pero no podía hacer nada al respecto.

La fiesta seguía y el sol subía al cielo. Sus rayos rozaban al jardín del palacio, y los huéspedes sentían el calor punzante, pero no pararon de bailar.

El sol calentaba todo, incluyendo la canasta del pan, y un vapor aromático comenzó a subir de la canasta y subía sobre los techos. Mientras la canasta se calentaba, el pan empezó a esponjarse. Cuando no podía crecer más, el pan se explotó y sus trozos llegaron hasta lo alto del cielo como un arco gigante y colorido, cubriendo todo el reino.

—¡Vaya! —gritó el rey—. ¿Cómo hizo eso?

—No sé —dijo el papá. Además de ser humilde, era honesto.

—¿Cree que puede hacerlo de nuevo? —preguntó el rey.

—No estoy seguro —contestó el papá.

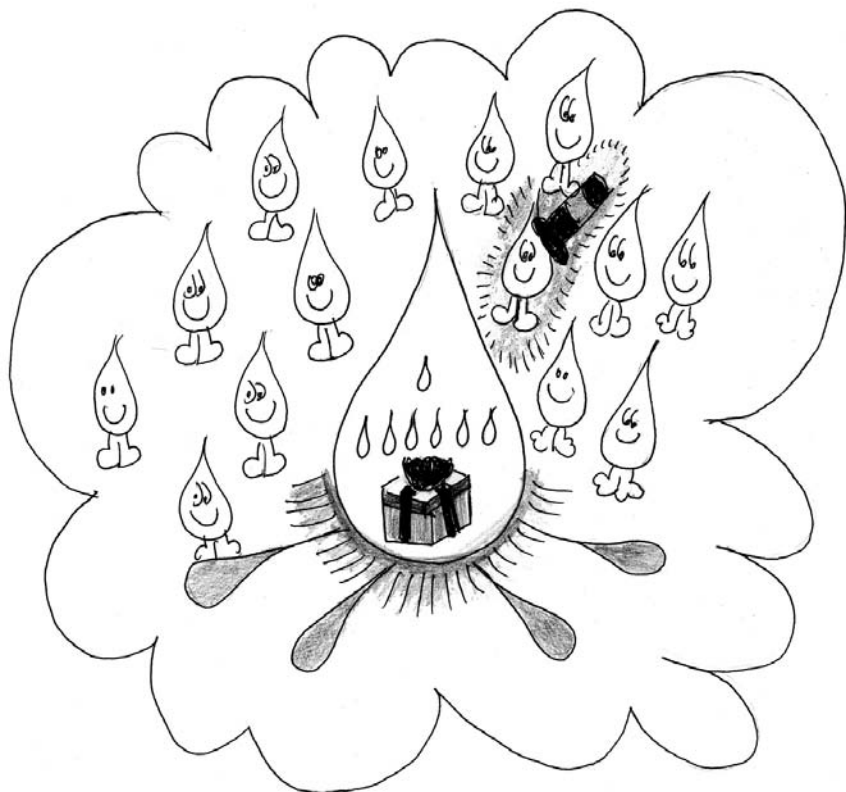
—Bueno, no importa. Es un final perfecto a una celebración perfecta. Me alegra mucho que hayan venido. ¡Qué regalo tan perfecto! —dijo el rey y por ello, le dio a la familia un pote lleno de oro.

Cuando la pequeña familia se fue del palacio, decidieron seguir el arco iris de pan hasta llegar a su casa, y colocaron el pote de oro ahí al final.

Y hasta hoy, se rumora que después de cada tempestad de lluvia, y el sol suele brillar fuertemente, se puede observar un humo aromático saliendo de la cocina del palacio del buen rey, y de ahí emana un arco colorido cruzando el cielo hasta llegar derecho al pote de oro de la familia humilde.

Las gotas de agua

Por: *Malca Bassan*



En el mundo de las nubes se realizaba una fiesta muy grande. Era el cumpleaños de Gotagua. Todo estaba decorado con gotas de agua. Había muchas gotas invitadas. Estaban felices de celebrar el cumpleaños de Gotagua.

Gotagua era una gota que cumplía 7 años. Estaba muy feliz compartiendo con su gota—familia y sus gota—migos. Dentro de la nube tenía todo lo que necesitaban... Pero lo más importante era que conservaban su forma de gota. Sus casas flotaban... Volaban de un lado al otro... Dormían en el aire... No conocían otro mundo, sólo el de la nube. Todo era de color blanco y transparente. Todas las gotas se llevaban muy bien entre sí, ayudándose unas a las otras.

Cuando llegó el momento de cortar el pastel, no había velas, ni luces, ni fósforos. Así que le pusieron gotitas encima del pastel como si éstas fueran velas. Todos los gota—invitados se pararon alrededor del gota—pastel y cantaron en conjunto, Feliz gota—cumpleaños a ti, Feliz gota—cumpleaños a ti, que las cumplas feliz, muchas gotas feliz.

Gotagua sopló las gotas y todas se derritieron encima del gota—pastel. Cada gota—invitado abrazó a Gotagua y ésta estaba que no cabía dentro de su gota.

En otra oportunidad, las gotas se reunieron en la casa de Gotagua para verse y conversar. La reunión resultó todo un éxito porque vinieron la mayoría de las gotas que vivían dentro de la nube. Una de las gotas conocida como Gotún, se movía mucho. Cuando las gotas se mueven, significa que quieren decir algo. Así que Gotagua le dio permiso para que Gotún expresara su inquietud.

Gotún se levantó y dijo a todas las gotas, —Gotas queridas, anoche tuve un sueño muy hermoso. Soñé con lugares muy diferentes al nuestro. No todo era blanco.... Era real.

Las demás gotas contestaron, —No creemos que haya un mundo diferente al nuestro, lo tuyo es sólo un sueño. Ja, ja, ja, ja.

Gotún siguió, —No se rían, porque lo que les digo es en serio. Aunque sea sueño, tiene algo de cierto. Miren todos abajo. ¿Qué ven?

—Vemos blanco algodón —dijeron las gotas.

—¿Es suave o duro el algodón? —preguntó Gotún.

—Pues suave.... claro está —contestaron.

—Y si es suave, ¿qué pasa si la empujan? —siguió Gotún.

—Mm... ahh... uh... —pensaban las gotas.

—Puede ser que Gotún tenga razón, si la nube está hecha de algodón, ¿podríamos empujarla y ver qué pasa? —preguntaron las gotas.

—¿Quién se atreverá a empujar a la nube? ¿Quién será valiente?

—Gotún les dijo—. ¿Se acuerdan cuán unidos estábamos en el cumpleaños de Gotagua? Bueno, así mismo tenemos que estar ahora. Unámonos, hasta formar una sola gota. Así pesaremos más, empujaremos la nube y caeremos al otro lado.

—Y ¿qué será de cada uno de nosotros cuando llegemos al otro lado? —le preguntaron a Gotún.

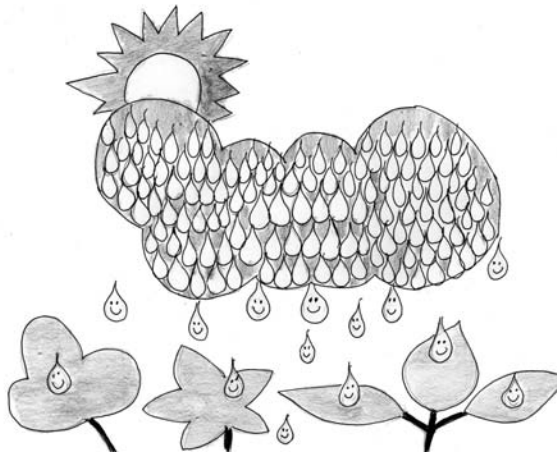
—No se preocupen por el futuro. Ríanse de él. Habrá un hogar para cada gota.... y a todo color.

Una de las gotas preguntó, —¿Qué significa color?

Gotún le contesta, —Color es todo lo que no es blanco como la nube.

Todas las gotas empezaron a unirse hasta que formaron una sola gota, pesada y llena de agua. Poco a poco, la gran gota caía a través de la nube y no sentían nada. Dejando atrás el mundo de la nube, se separaron y cada gota cayó sobre hojas secas. Cada gota cambiaba el color de la hoja a un lindo color al que no conocían. Las gotas llamaron al nuevo color, verde, porque el sueño de Gotún era verde—dero. Entre más gotas caían, más verde las hojas se hacían. Las gotas estaban felices de haber conocido un nuevo color.

Gracias a Gotún que les aconsejó bien. En el mundo verde, las gotas ya no volaban como en la nube, sino que vivían sobre hojas verdes. Lo verde era el mundo natural. Lo verde era su nuevo hogar. Lo verde nació de la unión y el compañerismo las gotas que vivían en las nubes.



El oso Barbisqui

Por: *Malca Bassan*

Érase una vez un oso salvaje llamado Barbisqui. Era tan salvaje que cada momento, minuto y segundo molestaba a todos los animales del bosque.

Una mañana, Barbisqui se levantó como de costumbre, y saltó sobre su cama de madera. Lo primero que pensó fue ¡Yo quiero comer!

Así que levantó a todo el bosque, especialmente a Kíquiriqui, el gallo despertador. Barbisqui hizo toc—toc a todas las puertas de las casas de los animales y nadie le quería dar ni siquiera un pedacito de pan. Barbisqui estaba muy hambriento. De repente, hizo un silencioso toc—toc a la puerta de una casa pequeña y pobre. En ella vivía una osa llamada Viqui.

Barbisqui le dijo:

—Tengo mucha hambre, regálame algo para comer.

Viqui, la osa, le contestó:

—No tengo nada que darte, sólo tienes que trabajar, trabajar y trabajar.

Barbisqui tenía que trabajar, pero él no quería.

Viqui, la osa, le dijo:

—La mejor comida que te puedo dar en estos momentos es una bandeja con un plato lleno de Suerte.

Barbisqui sabía que el consejo de Viqui era el mejor, pero pensó: Pero, no es fácil buscar trabajo.

Cuando salió Barbisqui de la casa de Viqui, tuvo una idea de máquina de escribir en su mente y pensó: ¡Voy a cortar leña de los árboles y venderé la madera!



Sucedió que al cortar la leña, Barbiski no pudo venderla.

Después, tuvo otra magnífica idea, ¡Voy a construir sillas y mesas con la madera!

Sucedió que tampoco pudo vender su mercancía.

Barbiski estaba muy triste y hambriento. No sabía qué más hacer, y se sentó sobre una piedra a llorar.

De repente, vino su ángel guardián y le preguntó al oído:

—¿Por qué lloras Barbiski?

—Snif, snif. Estoy llorando porque trabajo duro y nada me sale bien.

Su ángel guardián le dijo:

—Sabes Barbisqui, las cosas nunca salen como uno quiere. Debes tener paciencia. Yo te quiero ayudar, Barbisqui. Te voy a construir una tienda, pero lo primero que haré es regalarte una deliciosa comida. Abracadabra, Pump.

Barbisqui saltó a comérsela y no paraba de decir:

—Gracias, gracias, gracias.

Mientras comía le dio una parte de su comida a Viqui para que lo acompañara. Cuando terminaron de comer, miraron hacia atrás, y vieron un letrero pequeño que decía, “La Tienda de Barbisqui”.

Barbisqui supo que su ángel guardián estaba con él.

Viqui le preguntó, —¿Esta es tu tienda, verdad?

El le contestó, —Sí.

—Estoy muy orgullosa de ti. ¿Te puedo ayudar en la tienda?
—siguió Viqui.

—Claro, dijo Barbisqui. ¿Quieres venir conmigo?

La osa movía su cabeza de arriba a abajo, diciendo sí.

—Ven, por favor —le dijo Barbisqui a Viqui.

Los dos osos corrieron felices y prepararon todo para abrir la tienda. Vendieron todas las sillas y las mesas de madera. A la gente le gustó mucho el gran cambio que hizo Barbisqui. Se volvió más responsable y trabajador. Barbisqui y Viqui vivieron felices y alegres en compañía de los demás animales del bosque.

Cuando los dragones se quedaron sin fuego

Por: Irene de Delgado

Hace mucho tiempo la tierra estaba llena de dragones. Ellos tenían aterrados a los demás animales. Los dragones no eran tan malos, pero tenían pésimos modales. Para comenzar, no se lavaban los dientes para que no se les apagara el fuego que mantenían encendido en sus bocas. Además, cuando bostezaban se les sentía un tan mal olor que los demás animales optaban por mantenerse a distancia. No sabían conversar sin lanzar grandes bocanadas de fuego y cuando reían lo hacían tan estruendosamente que levantaban toda una humareda que amenazaba con prender el bosque. Se alimentaban de su propia comida rápida que asaban en la parrilla de sus afilados dientes. Los dragones eran una verdadera amenaza ecológica.

Un buen día, las iguanas decidieron dar una lección a sus primos hermanos los dragones. Se proponían extinguir el fuego de sus bocas pues habían provocado muchos incendios forestales en los que habían muerto muchos animales. Y qué decir de la contaminación del medio ambiente...Había que dar una lección a los indomables dragones.

Las iguanas, primas hermanas de los dragones, siempre habían sido muy queridas y respetadas en el bosque. Su estilo de vida no molestaba a nadie y por lo general se mostraban amistosas y amantes de la paz y tenían muy buenos modales. Ellas, preocupadas por



la situación, organizaron una gran fiesta a la que fueron invitados todos los animales del bosque inclusive los dragones. Estos asistieron convencidos, por las astutas iguanas, de que sería una fiesta muy divertida. Durante la fiesta y al momento del brindis, los dragones no aceptaron ninguna bebida pues sabían bien que esto apagaría su temible fuego. Las iguanas no se dieron por vencidas y les ofrecieron agua de pipa, pero los dragones no cayeron en la trampa y siguieron esperando que se les ofreciera algo digno de ellos.

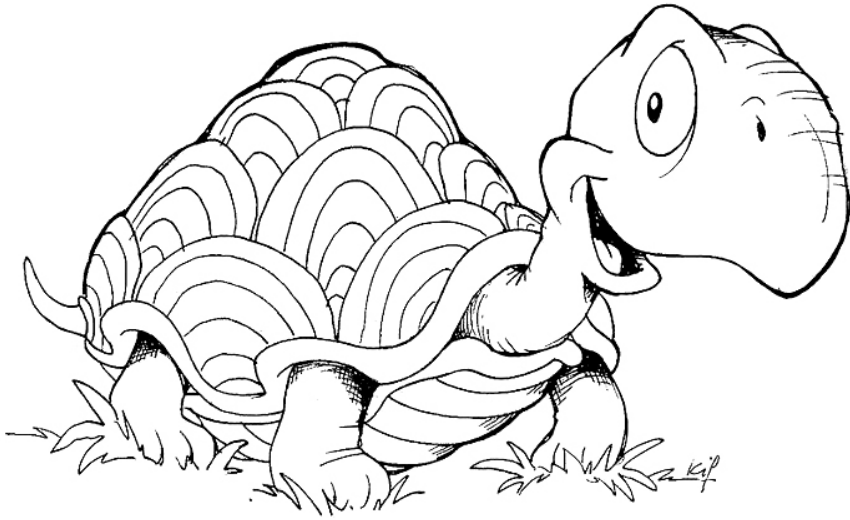
Los demás animales comenzaron a temer que el hambre de los dragones aumentara y así algunos de ellos terminarían carbonizados en la boca de estos hambrientos animales.

Por casualidad, pasaba por el lugar de la cena una golosa iguanita con una gran tajada de sandía. Los dragones, al ver el color rojo de la fruta, quisieron probarla. La iguanita se ofreció a llevarlos a una huerta donde habían cientos de esta fruta.

Desde ese momento los dragones se volvieron aficionados a la sandía que es una de las frutas que más líquido tiene. Así fue cómo, por golosos, los dragones extinguieron su fuego y se hicieron vegetarianos como las iguanas.

De por qué el caparazón de las tortugas

Por: *Irene de Delgado*



Hace muchos, muchos siglos las tortugas que hoy vemos vestidas con sus duros caparazones, eran unos animales blanditos parecidos a sus primas hermanas las iguanas.

En aquellos lejanos tiempos, los bosques estaban poblados de animales enormes que asustaban a los más pequeños. Entre estos inmensos animales, los dragones eran los más temibles, pues se dedicaban a lanzar llamaradas de fuego a diestra y siniestra.

Las iguanas, los monos, las aves y las ardillas habían aprendido a desarrollar grandes velocidades buscando protección contra el fuego de los dragones. Solamente las tortugas, que eran tan lentas, nunca lograban escapar a no ser que se encontraran cerca de un río donde podían sumergirse en el agua y así pasar inadvertidas. Esto explica por qué las tortugas pueden vivir en la tierra y en el agua.

A medida que los dragones se hicieron más numerosos y las tortugas más lentas, éstas se vieron en la necesidad de buscar una protección más permanente.

La idea de cubrirse con caparazones vino de una linda ardillita con pretensiones de diseñadora quien un buen día creó y talló con sus propios dientes algo parecido a una nuez gigante.

Al principio las tortugas se rehusaron a ponerse tan pesado vestido, pero desde el momento en que la primera tortuga se atrevió a lucirlo, todas las demás quisieron tener el suyo.

La gran prueba de fuego ocurrió un día en que los hambrientos dragones salieron de cacería dispuestos a hacer un gran asado de tortuga.

Las tortugas se encontraban tomando sol a orillas del río cuando divisaron una nube de humo sobre los árboles. Eran los temidos dragones que venían lanzando fuego como de costumbre.

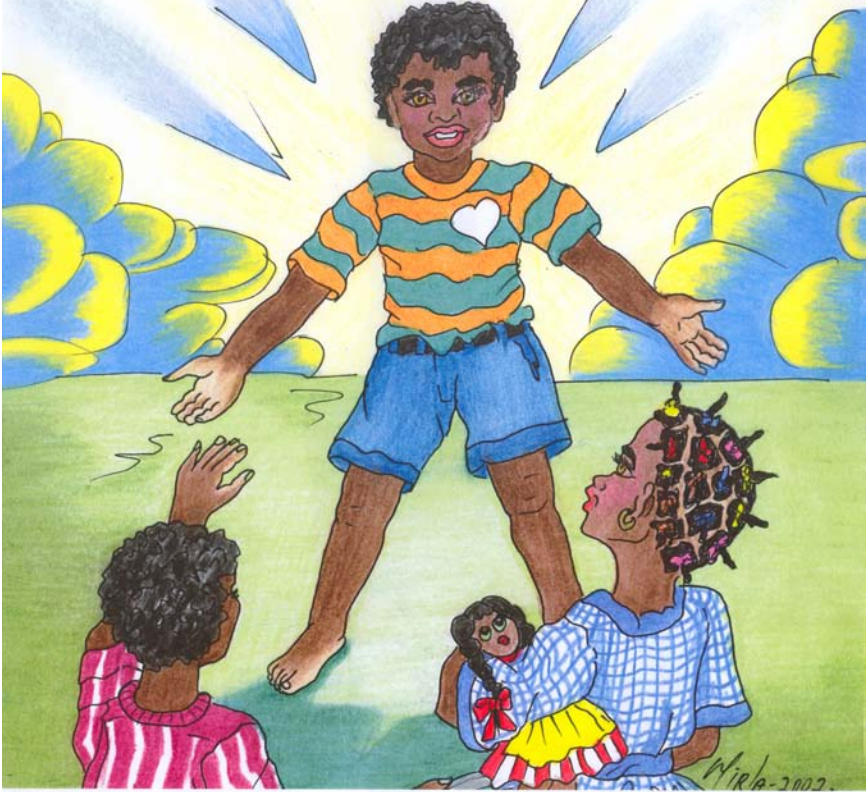
Sin prisa, las tortugas recogieron sus patas, su cabeza y su cola. Los dragones, creyendo que eran piedras de río, pasaron de largo.

Así fue como de allí en adelante, las tortugas decidieron vestir siempre sus caparazones que les proporcionaban protección y escondite.

Para suplir la gran demanda de caparazones, las ardillas instalaron una gran fábrica y desde entonces siempre se les ve ocupadas tallando troncos y nueces. Por su parte las tortugas nunca más tuvieron necesidad de salir huyendo por lo que se acostumbraron a caminar muy despacito. Ante el peligro de los dragones, simplemente recogen sus patas, su cabeza y su cola dentro de su caparazón hasta que pase el peligro.

El negrito bonachón

Por: *Mirla Lina Díaz*



Erase, que se era, un negrito bonachón a quién Dios quería mucho por ser muy puro de corazón. Un día, el negrito, tristemente se acercó y entre sollozos hablaba de lo que le sucedió. ¡Dios mío! —exclamaba— con humildad y dolor, ¿porqué la gente es tan mala?, ¡dicen que tengo negro el corazón!.

Dios, le respondió dulcemente: es que ellos no pueden ver, lo que yo veo, no hay un negrito más bueno ni de más puro corazón. Blancas tendrás tus manitas y blancos tus piecitos pintaré yo, tendrás dientes muy blancos y blanco también tu corazón.

¡Señor! —preguntaba el negrito— ¿Por qué de blanco pintas mis manos, por qué mis dientes blancos son; blanquitos mis piecitos y blanquito mi corazón?

Dios con bondad le responde: quiero que el mundo comprenda, que puras tus manos son, alegre y noble tienes el alma y guío tus pasos con amor.

Se fue tan feliz el negrito, el Negrito Bonachón, mostrando sus manos blancas que Dios pintó con amor.

Tic y Tac

Por: *Mirta Lina Díaz*



En un país muy pobre que tenía por nombre conformismo, sus habitantes parecía no importarles el tiempo, ni lo que sucedía a su alrededor. Tenían gran cantidad de recursos naturales que no aprovechaban. La indiferencia y el tedio los consumía. Se conformaban con lo poco que lograban arrancarle a la naturaleza. El pueblo tenía abundantes ríos, tierras fértiles, y extensos bosques y una rica flora y fauna. Sin embargo, los conformistas no se daban por aludidos.

Un buen día aparecieron dos personitas muy especiales. Eran especiales porque tenían inmensos poderes que los empleaban en ayudar a la humanidad, principalmente a los hombres y pueblos que

necesitaban de un empujoncito. Así, que poco a poco convirtieron a los habitantes del país en seres sanos, trabajadores, educados y humanitarios; eso trajo como consecuencia, que la prosperidad y la paz reinara en todo el país.

Tic y Tac les enseñaron a cultivar la tierra, a compartir sus cosechas y a intercambiar habilidades. Así, el que sabía construir viviendas ayudaba al que no sabía; el que sabía curar atendía a los enfermos; el que sabía leer y escribir enseñaba a los demás, todos compartían sus conocimientos y bienes con humildad, alegría y desprendimiento. Pronto, reinó el compañerismo, el respeto, la comprensión y amor entre los habitantes. Eso contribuyó a que el pueblo entero floreciera grandemente. Tan contentos estaban, que le cambiaron el nombre al pueblo, a partir de ese momento lo llamaron Progreso.

Tic y Tac estaban tan complacidos y satisfechos por su trabajo con las personas del pueblo, que pensaron en que era hora de retirarse, habían logrado su objetivo.

Más he aquí que la noticia de la prosperidad de ese país era tal que despertó a los doce ogros más temidos de la humanidad: la avaricia, la envidia, la cizaña, la pereza, el egoísmo, el poder, la desconfianza, el odio, el robo, el asesinato, la ignorancia y la enfermedad. Ellos no perdieron tiempo en atacar al pacífico país que ignoraba la suerte que le esperaba.

El primer ogro en aparecer fue la cizaña, comenzó por envenenar la mente y el corazón de los habitantes poniéndolos unos contra otros. Lo acompañó el ogro de la envidia, que penetró tan fuerte en el alma de las personas que empezaron a criticarse las habilidades entre ellos.

El ogro de la desconfianza dividió aún más a los pobladores, ya que nadie confiaba en las palabras, apoyo y ofrecimientos del otro; olvidaron la honestidad y sinceridad que los había mantenido unidos.

El ogro del egoísmo impidió que los habitantes siguieran apoyándose mutuamente y cada quien acaparó para sí sus bienes y

habilidades. Ante los estragos de estos ogros, no se hizo esperar la presencia de otros, como el de la pereza, ya que no querían trabajar, ni para sí mismos, ni para los demás. El ogro del odio logró que se enemistaran, hubo peleas en las familias, en los amigos, en los vecinos. Ya no se querían, se odiaban.

Los ogros de la enfermedad y la ignorancia llegaron para reinar; ya nadie atendía a los enfermos, ni enseñaban a leer o escribir a los que no sabían.

El ogro de la avaricia sembró profundamente la ambición por el dinero. La gente se volvió mezquina y avara. Los productos se dañaban en los graneros, nadie compartía.

Cada quien cobraba por los servicios que antes brindaban, pero aún así nadie se sentía feliz y satisfecho. Luego, hizo su presencia el ogro del poder, cada quien quería imponer su criterio y el control de todo sobre lo demás. Desde entonces el que gobernaba sometía a los demás a obedecer y a pagar impuestos para enriquecerse, pues nunca llegaron a invertir esos fondos en salud, educación o beneficio alguno para los demás.

Sus ansias de poder eran tan grandes, que los gobernantes sentían que un país no era suficiente para gobernar y quisieron ampliar su poder a otros pueblos. Para colmos de males, llegaron al pueblo otros ogros más terribles y con miles de caras: el ogro del asesinato, que promovía la guerra, la falsa libertad, el parricidio, el matricidio, el exterminio de la naturaleza, las violaciones, la difamación, la mentira y el terrorismo, la tortura, genocidio y otras aberraciones.

El ogro del robo se presentó con múltiples disfraces: el chantaje, la extorsión, la usura, el latrocinio, el saqueo, la explotación de bosques, la explotación de niños, la explotación de indígenas, el robo y venta de adultos y niños, secuestro de personas y bienes, impuestos, acaparamiento de tierras, monopolios de empresas, contrabando, cobro exorbitante por artículos de pésima construcción, robo de riquezas de un país a otro y el robo de la inocencia, el robo a la vida digna, libre y tranquila.

Ante tantas calamidades, las personitas especiales se entristecieron al ver en lo que habían convertido su amado pueblo y ante tantas desgracias decidieron elaborar un plan para salvarlos.

Tic y Tac planearon sacar del pueblo a los doce ogros bajo una hábil estrategia. Corrieron la voz que existía otro país próspero cuyos habitantes vivían felices en paz y armonía. Nada los perturbaba, el amor, el trabajo y la dicha marchaban de la mano. Una cúpula de cristal protegía al pueblo de tormentas, huracanes y otros embates de la naturaleza.

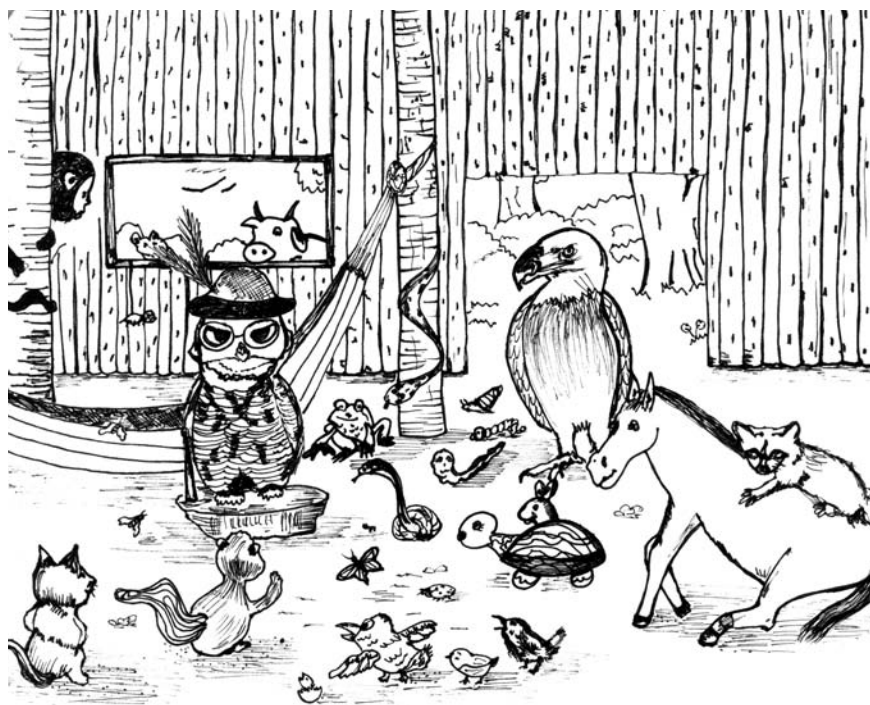
Los doce ogros al oír aquello, decidieron trasladarse al país de la cúpula de cristal y abandonaron el pueblo. Al llegar a un verde prado contemplaron un pueblo dentro de una enorme cúpula transparente y con un campanario alto en el centro.

Las astutas personitas crearon una ilusión óptica de un pueblo dentro de la cúpula mágica y cuando los doce ogros ingresaron quedaron atrapados. Tic y Tac que estaban también dentro de la cúpula amenazaron a los ogros con sus espadas de luz. La cúpula se fue achicando con los doce ogros que se convirtieron en números y Tic y Tac con sus espadas, apuntando a los ogros se convirtieron en horario y minuterero, allí permanecieron encerrados para siempre en la cúpula mágica del reloj.

Desde entonces, todos los habitantes del país al escuchar el sonido del reloj Tic, Tac, Tic, Tac recuerdan, a través de las horas, la maldad de los doce ogros y la bondad de las dos personitas que se sacrificaron para darles la oportunidad de volver a ser por ellos mismos el país próspero y feliz, que antes fueron.

La invasión

Por: *Leadimiro González C.*



De pronto, en la selva, se escuchó:

¡Boom! ¡Boom! ¡Boom!

Todos los animales, que hasta ese momento habían vivido en paz, se quedaron inmóviles y silenciosos.

¿Qué era ese extraño ruido? Se preguntaron.

Entonces, por instinto de supervivencia, huyeron a refugiarse a la Casa del Congreso, donde dicen que nada más que los animales pueden entrar.

El lugar comenzó a llenarse poco a poco y entre los murmullos que cada vez se hacían más insoportables. El más sabio de la comunidad de la selva, un búho enorme y viejo, que descansaba en

una hamaca, se bajó lentamente apoyándose en un bastón y se dirigió a los presentes.

—¡Silencio!— sentenció.

Tenía puesto unos enormes anteojos que le hacían más grandes los ojos.

Todos callaron y voltearon a mirarlo, pues era muy espetado y nadie en la selva se atrevía hacer nada sin antes escuchar sus sabios consejos.

—Nunca había escuchado nada parecido, es muy extraño. Alguien debe ir a investigar — dijo.

Todos los animales se miraron. Se preguntaron quién sería el valiente para esa temeraria tarea.

—¿Pero cómo?— se atrevió a preguntar una ardilla mientras movía incesantemente la nariz— la selva es tan grande que llevaría días explorarla.

El anciano permaneció pensativo unos minutos tocándose la barbilla hasta que se escuchó una voz entre la multitud.

— ¡Yo voy!— dijo.

Todos voltearon a mirarlo: era un águila enorme con unos plumajes que brillaban como los colores del arcoiris.

Desde las alturas puedo divisar la selva y cualquier cosa que se mueva.

— Me parece una excelente idea — dijo el anciano moviendo afirmativamente la cabeza —

Entonces, el águila, batiendo sus enormes alas, dio media vuelta, se despidió del anciano y se retiró.

—Ahora, sólo nos queda esperar— dijo el anciano y volvió a acostarse en la hamaca.

El águila, seguido por la muchedumbre de animales, miró al cielo, dio un impulso y alzó el vuelo perdiéndose entre las nubes.

Voló, voló, voló muy alto y desde la altura divisó la inmensidad de la selva, ahora vacía, sin vida, y sintió una profunda tristeza, porque comprendió que sin sus compañeros la selva ya no era la misma.

Habían escuchado hablar de ellos, que eran peligrosos, que acababan con los árboles, con los animales, pero jamás se lo habían encontrado frente a frente.

El águila continuó relatando:

— Estan a en nuestro territorio y quién sabe con qué propósitos malévolos han venido. Lamentablemente ya han comenzado con su malvada misión: están tumbando árboles y, lo más triste, han cazado a muchas de nuestra especie y lo más peligroso es que tienen en su poder muchas armas.

¡Ohhhhh! Volvieron a exclamar los animales. Algunos temblaban, otros estaban pensativos.

— ¿Qué vamos a hacer?— preguntó un mono.

El anciano, luego de permanecer pensativo un par de segundos respondió:

No podemos permitir que acaben con nuestro hogar, donde por siglos y siglos, han vivido en paz nuestros ancestros.

—¿Qué nos sugiere entonces?— preguntó una tortuga muy joven.

—¡Espantarlos!— dijo el anciano muy molesto.

— ¿Cómo?— preguntó otro— Deben ser muchos.

— Son como diez— aclaró el águila afilándose las garras.

— Mmmmmm, tengo un plan — dijo el anciano.

A la mañana siguiente, guiados por el águila, dos culebras, dos pájaros, cuatro monos y un tigre, viajaron kilómetros y kilómetros hasta llegar al lugar. Descansaron durante el día y esperaron pacientemente a que cayera la noche.

A la hora indicada se acercaron sigilosamente donde estaban los invasores, quienes a la luz de una fogata conversaban y reían mientras asaban un conejo. El tigre sintió que le hervía la sangre.

Dos hombres cuidaban el campamento armados hasta los “dientes”. Entonces pusieron en marcha el plan.

El tigre dejó escapar un gran rugido:

¡Grrrrrrrrrrrrrr! ¡Grrrrrrrrrrrr! ¡Grrrrrrrrrrrr! ¡Grrrrrrrrrrrr!

Los cazadores se quedaron quietos, asustados y antes que los dos vigilantes pudieran disparar las dos culebras aprovecharon para deslizarse sigilosamente hasta donde estaban y ¡zas!, les mordieron las piernas.

Ambos cayeron gritando mientras los monos aprovecharon para despojarlos de las armas.

Los pájaros desplegaron por el aire un trapo blanco para asustar a los invasores mientras el tigre volvía a rugir y los humanos, sin pensarlo dos veces, salieron huyendo muertos de miedo.

Los monos recogieron las armas y las destruyeron. Habían cumplido al pie de la letra la misión.

Cuando regresaron, todos fueron recibidos como héroes. Hubo mucha alegría y, sobre todo, abundante comida. El anciano los felicitó por su valentía y fueron condecorados.

Desde entonces, en la comunidad de la selva, nunca se volvió a ver a los humanos y los animales vivieron felices para siempre.

Estefi, los talingos y el buen amo

Por: *Estela Perigault de Malgrat*



Un buen día en casa de personas muy réquete serias, apareció sin previo aviso, una perrita muy atractiva color miel, tanto el pelaje como sus lánguidos ojos. Era de la raza labrador, así, con sus cinco meses se apreciaba bastante alta y elegante, solo que muy delgada.

Su llegada a esta morada fue como una fiesta, pues acabó con las estrictas costumbres de los dueños. Los habitantes de la casa un tanto egoistillos, se volvieron más humanos y tiernos. No hacían otra cosa que hablar de Estefi, pues así la bautizaron a insistencia de Mary la hija menor del amo. Esta casa desprovista de alegría, se volvió bulliciosa y ¿no les cuento? Siempre había un ¿corre que corre! Pues la Estefi al menor descuido, salía disparada hacia la calle.

—¡Corran, corran!— decía Mary, con grandes risotadas —¡Se ha escapado Estefi!—¡Ha salido locamente, sin medir el peligro!—
— seguía gritando la niña.

Desde el más viejo hasta la más joven de la casa, buscaban a la Estefi por el vecindario, correteándola por todas las calles, hasta hacerla regresar.

La perrita había sufrido mucho. Su dueño anterior no tenía paciencia para educarla, así que al no obedecerle, la cogía a golpes hasta hacerla sangrar.

Un día unos buenos vecinos la encontraron debajo de los muebles viejos de su garaje; estaba temblando con un ojo inflamado y sangrando. Los vecinos conocedores de los asuntos y derechos perrunos la hicieron revisar por un famoso veterinario, quien la curó sanándose rápidamente. Pero seguía muy nerviosa, por el maltrato, la falta de alimento adecuado y la incomprensión hacia su tierna edad.

Así que la Estefi a pesar de sus nervios y sufrimientos, llevó la alegría a esta sombría casa, pero de personas de buen corazón.

La perrita paseaba su delgado cuerpo por toda la casa, hasta que empezaron los problemas de la limpieza. Las sirvientas protestaban y no querían limpiar las huellas y ¡otras cosas! que dejaba a su paso. Decía Petra la aseoadora: — ¡Estos viejos han perdido las chavetas! —¡Está visto que no basta leer mucho y tener esta casa llena de libros y periódicos!— ¡Que desastre!— ¡Habrás visto? ¡Válgame Dios!— ¡Voy a tener que renunciar!— seguía diciendo la aseoadora, quien llevaba más de diez años trabajándoles a los distinguidos señores.—

Ante estas justas protestas, se sacó a la Estefi al patio del fondo, donde había limoneros, papayos, pinos y pequeños arbustos del renombrado Noni. La pobre perrita, no tenía cabeza para razonar y ¡Acabó con todo! Bajo los justos reclamos del jardinero. Así con tantos líos fue a para al patio interior, con hermosas baldosas rojizas, acacias, jazmines, rosas, claveles, tinajones de barro y garzas. Estas garzas no estaban cautivas como en el Palacio Presidencial, pues eran de madera y hierro.

Un campesino de El Valle de Antón fabricó estas garcitas bellamente —y de veras— De lejos parecían reales. Así que la ingenua de la Estefi se engañó. Bueno para no cansarles, la cachorrita no cesaba de ladrar y ladrar a las blancas garzas, que indiferentes la miraban sin pestañear. Esto desesperó a nuestro personaje, quien se lanzó contra las garzas de madera y patas de alambre, que perdiendo su elegancia y blancura, rodaron al césped tristemente.

Los patronos simulaban no darse cuenta de los desastres ocasionados por la consentida de la casa, “la muñeca” como le decía el más refinado de todos.

Se había terminado la tranquilidad, y algo grave ocurrió. La cocinera de la casa, una corpulenta señora del Darién y con mucho talento para cocinar, se negó a preparar el sabroso sopón de carne con verduras y arroz que diariamente saboreaba la Estefi, compensando con estos manjares los días con hambre que había pasado en su casa anterior. Ante tal situación el amo decidió alimentar a nuestra perrita, con la comida especial para perros, consistente en unas bolitas secas. Pero la Estefi después se aburrió, y solo tomaba agua. Como estaba fatigada y entristecida se pasaba el día durmiendo.

¡De pronto! El patio empezó a llenarse de talingos; los pájaros machos enormes con hermoso color negro azulado brillante y las pajaritas más pequeñas y grises. Preguntaba Mary — ¿Qué podría atraer a esta talinguera? Contestaba el buen amo: —Pues el plato con las bolitas secas, que de lejos parecen palomitas de maíz.— decía sonreído. La llegada de los talingos fue una fiesta para la Estefi, siempre solitaria. Los dejaba acercarse haciéndose la dormida y cuando

estaban en lo mejor con las bolitas secas, ¡Zaaaasss! Los correteaba sin hacerles daño. El juego se repetía una y otra vez. Los talingos comprendieron la diversión. Además, a veces la Estefi se dormía de verdad y ellos se aprovechaban alegremente.

Pero la pobre perrita enflaquecía y Carmela, la cocinera que ya le tenía cariño, al comprender que solo era una cachorrita algo crecida, juguetona y muy solitaria, le volvió a preparar los sopones que tanto le gustaban. Como vemos Estefi poco a poco se fue ganando la voluntad de los de la casa grande.

Pero el caso de la Estefi, era singular, pues ella sufría de los nervios por el maltrato de su amo anterior, ya que no le gustaba quedarse en el patio oscuro y solitario en la noche; gemía y gemía. Tanto es así, que en una ocasión nos pareció que hablaba con voz de niña, llamando a su nuevo amo Don Nicolás. Y sin que nadie pudiera evitarlo, la perrita decidió atravesar los barrotes de las rejas que separaban al patio interior del pasillo. Espantados, todos observaban, cómo adelgazándose se escurría entre los barrotes hasta llegar al pasillo, y con el rabito entre las patas, salió disparada a la elegante sala, escondiéndose bajo el gran sofá, asomándose con las dos patitas sobre el hocico y los ojos asustados muy abiertos.

—Los gritos de las domésticas escandalizaron la casa, cuando al día siguiente entraron a limpiar la sala. Esta se veía muy desordenada y ¡El colmo de los colmos de Estocolmo! Como decía la patrona, es que la Estefi no se encontraba bajo el sofá, si no que estaba durmiendo sobre el finísimo mueble como la mimada muñeca de la mansión. Lo cierto es que se veía muy interesante.

El patrón, entrado en años, no hacía más que reír y reír a carcajadas, mejor dicho a mandíbula batiente, con el peligro que se le cayeran sus dientes postizos. — ¡Jaaa! ¡Jaaa! ¡Ja Ja Ji Ji! ¡Jo — Jo — Joooo! Decía gesticulando. Reía como nunca en su vida lo había hecho, volviéndole el brillo a sus ojos y color a su pálida piel.

— ¡AJA! — ¡AJA! — ¡Muñeca! Esto es asombroso y muy gracioso comentaba alegremente el anciano y respetable señor. La verdad es que solo él encontraba graciosa la conducta de la Estefi y los desastres

que dejaba a su paso. La cocinera dejó de hacerle, por castigo (ya que el patrón no aplicaba ninguna disciplina), los sopones y guachitos predilectos, y volvieron a adornar el plato de la traviesa, las bolitas de proteína seca ¡Comida para perros!

La pobre Estefi sabía muy bien, el gran cariño que le brindaba el alto pálido y gran señor, dueño de la mansión, la mala voluntad de los criados y el temor del resto de la familia.

La amistad de la Estefi con los talingos se fortaleció. Echada cual larga era, sobre las baldosas, observaba con los ojos semicerrados, a los talingos disfrutar de las bolitas secas y el agua fresca. Ellos, demostrando familiaridad hasta se bañaban en el platón con agua formando una gran fiesta y alboroto con sus graznidos.

Lo chistoso fue, cuando la Estefi permitió que un enorme talingo negro azulado se le posara en la espalda estando ella en reposo. Todos absolutamente todos, hasta los pajaritos del Acacio disfrutaron lo sucedido. La cachorrita, quien en su vida había recibido manifestaciones de cariño, fuera del gran amo, que a veces le acariciaba la cabecita, se quedó sin pestañear, totalmente quieta. No se sabía si estaba asustada o sorprendida. Al rato el talingo amistoso, lanzando un alegre graznido, voló hacia el árbol de mango.

El amo Nicolás comentó muy contento: —El gran talingo quiso darle las gracias a la Estefi, por permitirles comer de su plato y de una manera tan nutritiva —y agregó— ser agradecido es una cualidad bendecida por el Buen Dios.

Un día la Estefi quería demostrar su amistad a la abuelita, echándosele encima y dándole un fuerte golpe. La familia muy preocupada se reunió para decidir qué harían con la Estefi. Acordaron regalarla a Doña Victoria, de reconocida bondad y amor a los animales.

El Buen Amo, no comía ni dormía de la tristeza... La Estefi quería ganarse la confianza de sus dueños y esperó la ocasión. Pasaron algunos días más o menos tranquilos. Una noche en horas avanzadas, la Estefi, que se había acostumbrado a dormir en el patio interior, estando oculta en una esquina, sintió un ruido sospechoso, y en eso, una silueta oscura saltó adentro del patio.

Serían las cuatro de la madrugada. En el acto la perrita vio al ladrón que con un saco en la mano atisbaba cautelosamente. La Estefi sentía que su corazoncito latía fuertemente, se sentía responsable de los de la casa. Planeó el ataque. De repente, ¡Saltó! e hincó sus colmillos en una de las piernas y en la mano del maleante, ladrando y gruñendo escandalosamente. ¡El hombre lanzó un agudo grito de dolor! Todas las luces de la mansión se encendieron y ya habían llamado a la policía, la cual llegó de inmediato, llevándose preso al ladrón quien arrastraba una pierna y cuyo brazo derecho sangraba. Después de este valiente acto de la Estefi nadie pudo dormir.

Mientras la cocinera preparaba a la perrita de nuestra historia, una gran olla de crema de maíz con azúcar, leche y canela, el Buen Amo, con su larga bata de pana azul intenso, sentado en un sillón, no hacía más que acariciar y acariciar la cabeza de la Estefi. Esta lo miraba con sus aterciopelados ojos color miel, moviendo su colita en señal de amistad. Sus amigos los talingos celebraban lo acontecido saboreando las bolitas secas con agua fresca.

No está demás decirles que la Estefi se quedó y aún está allí cuidando a los que viven, en el que es ahora un alegre y feliz hogar. La perrita ya está más calmada y en edad casadera.

Croac, croac, croac, un concierto de amor

Por: *Estela Perigault de Malgrat*

El gran Acacio que otros veranos adornaba el patio de la casa con bellísimas flores rosadas, estaba triste y muy solitario.

— ¡Ay!, ¡Ay! — se lamentaba — me siento desfallecer en esta triste soledad. — nadie quiere un árbol feo y cascarrñoso — como yo.

Ocurrió que meses antes unos jardineros no lo podaron bien, deformando sus ramas y achicándolo feamente. Se veía maltratado y sin vida.

Pero un buen día se despertó asustado, pues sentía un golpeteo en una de sus ramas, en la parte baja de su tronco. Los golpes eran insistentes, acompañados por un sonoro: ¡Croac — Croac — Croac — Croac!

El Acacio se inclinó un poco y preguntó: — ¿Quién me busca? — con una voz tan débil que nadie lo escuchó. Se inclinó aún más y lo que vio, no le disgustó; por lo contrario, llenó de entusiasmo su corazón. Hace más de un año no lo visitaban sus amiguitos, los bellos petirrojos, azulejos, ruiseñores, colibríes, periquitos alegrándole con sus trinos. Ni siquiera las traviesas ardillitas se asomaban por allí, pues temían descalabrarse en esas ramas tan secas.

Pero los pajaritos carpinteros, los nuevos vecinos eran muy valientes; no le temían a nada.

Confiaban en nuestro amigo, el triste Acacio.

El Acacio observaba con mucha admiración cómo una hermosa pajarita Carpintera con su fuerte pico, abría un pequeño hueco, en el que al correr de los días, se convirtió en un nido tallado, de buen tamaño, en el lateral de una de sus ramas.

La pajarita Carpintera que había notado, el rostro del Acacio, lleno de curiosidad le dijo:



— ¡Croac!, ¡Croac!, ¡Señor Acacio! Señor Acacio, esperamos que no le moleste nuestro nido, nos pareció muy cómoda esta rama para construirlo. Además estamos esperando nuestros pichoncitos.

— Mi esposo y yo queremos que el Buen Dios, los bendiga en el bautizo, siendo usted el padrino.

— ¿Acepta, Señor Acacio?

— ¡Oh! sí, sí; tanto honor! — contestó asombrado nuestro amigo — pero no se preocupen, yo estoy conforme con su compañía. — continúen su trabajo — agregó al final el triste Acacio con su débil voz, pues no tenía mucha energía.

El Acacio siguió observando a la pajarita Carpintera, quién se turnaba con su esposo en ese duro trabajo. Veía como caían pequeñas partículas de madera sobre la tierra al pie de sus raíces. El pico de ellos era como un fuerte taladro que tallaba continuamente. Solo interrumpían para respirar profundo y echar abajo los pedacitos que sobraban. Decían: — ¡Croac!, ¡Croac!, ¡Croac!, ¡Croac!, nuestro nido está quedando muy bonito y grande!.

El Acacio sonreía ante la belleza de la pajarita Carpintera. Lucía en su cabecita un penacho formado por plumitas anaranjadas, casi rojas; el resto de la cabeza y la parte inferior del cuerpecillo, incluyendo las fuertes patitas eran de un blanco cremoso; las alas y la colita, contrastaban pues las plumas negras sobre fondo blanco, dibujaban líneas gruesas onduladas, hasta el borde del penacho anaranjado; los ojillos eran negros y brillantes, el gran pico, su instrumento de trabajo, de color gris acero.

Pero lo más notable de esta pajarita no era su belleza llamativa, sino su amor al trabajo, perseverancia y determinación en tallar su nido.

Un día la pajarita Carpintera le pidió a su buen esposo y también muy trabajador, el pájaro Carpintero que cuidara a los dos pichoncitos, que tenían algunos días de nacidos. Necesitaba respirar aires salinos cerca del mar, allá, no muy lejos y quería averiguar si habían otros alimentos mas nutritivos para llevarles a sus hijitos.

La pajarita Carpintera voló, voló y volooooo, cantando:— ¡Croac!
¡Croac! ¡Croac!, Croac!.

Su corazón latía fuerte al divisar a lo lejos unos ramilletes gigantes de flores multicolores.

Cuál no fue su sorpresa al acercarse, pues eran los famosos acacios en la plenitud de su floración, siendo el más bello de todos el rosado.

Recordó con amor y tristeza a su amigo el Acacio Rosado del patio de la casa, quien les había permitido tallar el nido en su tronco, haciéndolos muy felices.

La pajarita Carpintera llamó alegremente a todas las aves que antes vivían en las fuertes ramas del Acacio Rosado:— ¡Croac! ¡Croac!
¡Croac! Croac! Vengan, vengan amigos, alegremos con nuestros trinos al Acacio Rosado quien se encuentra muy solo y triste. —

... Al día siguiente muy temprano le ofrecieron el más hermoso concierto de flautas y violines jamás escuchado. Era el amor y la gratitud, expresado por medio de sus trinos.

El Acacio Rosado, sonreía y sonreía, solo decía suavemente:— Gracias, Muchas Gracias, mis buenos amiguitos; con la voz un poco ronca por la fuerte emoción.

A los pocos días unas hojitas verde pálido brotaron a lo alto del Acacio Rosado y poco después aparecieron botones rosaditos y a la semana hubo una explosión de hermosísimas flores rosadas en todos los matices, del rosado pálido hasta el tono más intenso; ¡era una fiesta para los ojos! y alegría para el corazón!

¡Croac! ¡Croac!, decía la pajarita Carpintera; Nuestro amigo El Acacio Rosado del patio de la casa, ha vuelto a la vida! ¡Ha vuelto a vivir! Al fin ha retoñado.

Los pajaritos muy alegres se mecían en las guirnaldas de flores rosadas del Acacio, movidas por la suave brisa.

El Acacio de nuestra historia al recuperar la alegría de vivir, gracias al amor y solidaridad de sus amigos volvió a ser útil y no solo llegó a ser el árbol más hermoso del patio de la casa, sino de la ciudad de Panamá.

El tesoro de los Doraces

Por: *Laura B. Nieto Bruña*

Era Antonio un hombre de treinta años, alto y bien parecido que vivía en las tierras altas chiricanas. Una noche, su pequeña hija, Rosita, a quien le encantaban los cuentos le pidió que le contara uno antes de irse a dormir.

—¡Papá, cuéntame un nuevo cuento!

—Está bien, hijita. Hoy te contaré algo que en realidad pasó.

—Hace algún tiempo, el compadre Juan se fue de cacería a las montañas, como es su costumbre. En el monte cualquier cosa puede suceder si se está desprevenido, por eso los cazadores siempre van acompañados por algún pariente o amigo y se preparan bien para ir allá. En la selva hay muchos animales salvajes y también a veces pasan cosas muy raras.

—¿Como cuáles, papá? —preguntó Rosita.

—A veces, la gente se ha encontrado con el Salvaje de montaña y se ha llevado un tremendo susto.

—¿Quién es ése?

—Es un hombre altísimo, de brazos y piernas muy largos. Camina rápido y va silbando o salomando. Si alguien le responde, llega corriendo hasta donde se encuentra esa persona y se la come.

—¡Ay, qué miedo! —dijo Rosita y se cubrió la cabeza con su manta—. ¿Y el Salvaje alguna vez se ha venido caminando hasta la ciudad?

—No, Rosita, el Salvaje no conoce la ciudad, él sólo vive en el monte. Bueno, durante una de esas cacerías, siendo ya de noche, el compadre Juan escuchó al Salvaje salomando. Sólo lo escuchó, pero no lo vio, ni se atrevió a contestarle. ¡Menos mal, porque sino, se

lo habría comido a él y a su acompañante! Al día siguiente, como no volvieron a oír al Salvaje, el compadre y su amigo siguieron adentrándose en la montaña. Frente a unas enormes rocas vieron un venado y le dispararon, pero el animal huyó. Se acercaron a ver por dónde se les había escapado, cuando se dieron cuenta que había unas extrañas inscripciones en las rocas cercanas. Eran parecidas a las que tallaron los indios doraces, quienes habitaron estas tierras durante cientos de años. Se asemejaban a otras piedras grabadas que se han encontrado en distintos lugares de Chiriquí. El amigo del compadre Juan subió a la cima de la roca para observar si había más inscripciones. Desde debajo de la roca, el compadre vio que su amigo estaba sentado sobre una enorme rana tallada. Lo llamó para que bajara y también pudiera verla, pero para su sorpresa, su amigo dijo que allí no veía nada. Discutieron hasta que el compadre Juan, ya cansado, le dijo que debían volver a la selva a cazar algún animal para no volver a sus casas con las manos vacías. Regresaron desanimados en aquella ocasión, sin embargo, el compadre Juan espera volver a aquél sitio con una buena cámara para fotografiar su hallazgo. Él piensa que esas rocas talladas señalan la tumba de algún jefe indígena y si así fuera, allí se podría encontrar un tesoro. Tengo mucha curiosidad, así que le prometí acompañarlo.

Rosita se durmió feliz con el nuevo relato de su papá. Días después, el compadre Juan llegó a visitar a la familia de Antonio. El compadre le dijo a Antonio que dentro de unos días volvería a la montaña. Esta vez no iba a invitar a su amigo, ya que él se había acobardado al escuchar al Salvaje salomando.

Dos días después, muy temprano partieron Antonio y Juan. Siguieron un empinado sendero lleno de lodo y piedras. Llegaron a una quebrada ancha de aguas cristalinas. Una cañaza hacía las veces de puente y una tensa cuerda hacía las veces de barandilla. Al fondo se observaba un bonito charco de poca profundidad. Juan pasó primero y luego Antonio, temeroso de resbalarse de la cañaza y caer al agua fría de la quebrada. Cuando iba por la mitad, oyó allá en el charco el sonido de la risa de unos niños jugando y chapoteando.

—¡Oiga compadre! ¿Por aquí cerca vive alguna familia con niños?

—No. ¿Por qué me lo pregunta? ¿No ve que estamos en medio de la selva?

—¡Es que allá en el charco escuchó a unos niños bañándose y jugando!

—¡No sea tonto, compadre Antonio! Pase para acá enseguida y corra.

—¿Qué le dio? ¿Por qué tenemos que correr? —preguntó Antonio, ya lejos de la quebrada.

—¿Qué más va a ser, pues! ¿Acaso usted nunca ha oído hablar de los duendes?

—Sí, pero sólo son cuentos de las viejas para asustar a los chiquillos.

—¡No son cuentos! Sí existen, compa. En una ocasión yo también los escuché aquí.

Continuaron caminando el resto del día, deteniéndose para descansar de vez en cuando. Juan guió a Antonio y llegaron al cerro donde él siempre acampaba cuando iba de cacería. Este cerro era algo aplanado en su cima y estaba rodeado por altos árboles, que protegían las carpas de los cazadores del viento frío de la montaña. Juan y Antonio armaron su carpa y comieron algunas de sus provisiones.

—¿Compadre, aquí fue donde escuchó al Salvaje? —preguntó Antonio.

—Sí, aquí fue. De milagro no se acercó, sólo salomó varias veces.

—Yo pensaba que el Salvaje sólo se le aparecía a quienes se adentraban en la selva virgen.

—¡No se crea todo lo que oye! Ese Salvaje es un gigante que camina muy lejos. Recorre toda la cordillera por las noches. Hay gente que no cree que este gigante existe, pero si lo oyeran silbar o salomar sí que creerían.

A la mañana siguiente, Juan y Antonio recogieron sus implementos y continuaron su travesía. Ya llevaban un buen tiempo abriéndose

paso entre la vegetación cuando un hombre de tez blanca vestido como cazador les salió al encuentro. Su extraño aspecto impresionó a Juan y Antonio. Su ropa y sus botas lucían anticuadas y su cabello y barba eran largos y enmarañados.

—¿Qué hacen aquí? ¿Vienen de cacería, verdad? ¿Ustedes no saben que estas tierras son mías y que a nadie le permito cazar aquí?

—Disculpe, señor —dijeron Juan y Antonio un poco desconcertados y temerosos—. Sólo veníamos a ver los petroglifos, esas rocas grandes que tienen figuras grabadas.

—¿Y para qué son esas escopetas? —preguntó el extraño.

—Para defendernos si viene un tigre —dijo Juan—. Tengo algo para usted, un poco de tabaco, supongo que le gusta. ¿Lo quiere?

—Ah, claro que sí. ¡Gracias! —dijo el misterioso personaje y se alejó entre los matorrales.

—¿Usted conoce a ese señor? —preguntó Antonio a Juan.

—No, pero cuando empecé a venir de cacería por aquí, ya me lo habían advertido. Él es el Dueño del Monte, no me queda la menor duda. No lo deja tranquilo a uno hasta que se le regalan unas hojas de tabaco. Dicen que le gusta mascar estas hojas. ¡Bueno, vamos!

Siguieron abriéndose paso entre los matorrales hasta que vieron frente a ellos la enorme roca con sus inscripciones. Le quitaron la maleza que la cubría y Juan le enseñó a Antonio la cima, donde él había visto la rana de piedra.

—Yo no veo nada, compadre —dijo Antonio.

—¡Pues ahora yo tampoco la veo! Ahí estaba y era demasiado grande para alguien se la hubiera llevado. ¡Qué raro, parece cosa de encanto!

—¿No sería que aquél día, usted estaba medio engüarapado, compadre? —dijo Antonio mientras tomaba fotografías de toda el área.

—No, compadre Antonio. ¡Se lo juro! Yo no tomé nada aquél día.

Bueno, vamos a acampar aquí y cavaremos por acá, alrededor de la roca grande para ver si encontramos algo.

Luego de armar nuevamente sus carpas, Juan y Antonio se pusieron a cavar. Atardecía, cuando la pala de Juan rompió algo que se hallaba enterrado. Antonio corrió adonde se encontraba Juan y lo ayudó a desenterrar varias vasijas de barro policromado.

—Tenía razón, compadre. Aquí debe haber una tumba indígena —comentó Antonio.

—Menos mal que venía preparado —dijo Juan—. Yo traje papel periódico en mi mochila, así podemos envolver estas piezas para poder transportarlas sin que se rompan.

Antonio cavó un poco más y encontró algunos huesos junto con un pectoral y dos brazaletes de oro. Cerca de los brazaletes, Juan encontró varias figurillas y dos pequeñas ranas de oro. Tanto Juan como Antonio guardaron las ranitas de oro en sus bolsillos, mientras que el resto de las piezas las envolvieron y las guardaron en sus mochilas. Estaba ya oscuro, pero a la luz de una linterna, Juan y Antonio se pusieron a observar sus hallazgos.

Al día siguiente, emprendieron el camino de regreso con sus mochilas llenas de objetos de oro y barro. Por la tarde, como ya se les habían acabado las provisiones, cazaron un conejo pintado y cuando llegaron al lugar donde habían acampado el primer día, hicieron una fogata y lo asaron. Mientras asaban el animal, se hizo de noche y volvieron a ver al Dueño del Monte, quien se les acercó y les dijo:

—Me engañaron ustedes dos. ¡Sí cazaron algo, después de todo!

—Es que ya se nos acabaron las provisiones y tenemos que comer antes de llegar a nuestras casas mañana —contestaron Antonio y Juan sorprendidos por su presencia.

—Eso lo entiendo, pero quiero saber qué traen. Cuando los vi ayer, no estaban tan llenas sus mochilas, seguramente han cazado algún otro animal y allí tienen su carne. ¡No me gusta que me roben lo que es de mi propiedad! —gritó con voz atronadora.

Atemorizados por las palabras del Dueño del Monte, a Juan y Antonio no les quedó más remedio que mostrarle lo que cargaban en sus mochilas.

—¿Lo ve? No cargamos aquí nada de carne. ¡Nada de eso! —dijo Antonio.

—¡Sólo traen objetos robados de una tumba indígena! —dijo el Dueño del Monte, un poco disgustado—. Eso no es nada bueno. Tendrán que devolvérmelos.

—¡Oiga! ¿Quién se cree que es? Sacamos esto de una tumba indígena y usted no es indígena. ¿Por qué tiene que proteger esto?

—¡Yo soy el dueño de estas tierras y de todo lo que en ellas se encuentre! Las conozco como la palma de mi mano. Estoy aquí para proteger la naturaleza y para resguardar las tumbas de los antepasados de ustedes. Me quedaré con lo que han robado y lo colocaré nuevamente en su lugar —sentenció el Dueño del Monte.

Como por arte de magia, Juan y Antonio vieron desaparecer los objetos que tan cuidadosamente habían traído en sus mochilas.

—¡Un momento! —gritó Juan—. Si es usted el Dueño del Monte y conoce muy bien estas tierras, explíqueme por qué desapareció aquella rana de piedra que estaba en la cumbre de aquella roca. ¿Cómo es que sólo yo la pude ver?

—Ése fue un capricho mío. No quiero que todo el mundo vea lo que yo protejo y por eso hice desaparecer la rana de piedra. Yo hago lo que quiero en mis tierras y tal vez me dé la gana de no dejarlos volver a sus casas.

—¡No, por favor, no! No nos haga eso —le rogaron Juan y Antonio.

—Está bien, mañana podrán volver a sus casas. Este bosque es mi hogar y el de mis amigos y no me gusta que nadie venga a perturbar nuestra paz y tranquilidad.

—¿Quiénes son sus amigos? —preguntaron sorprendidos Juan y Antonio.

—¡Supongo que ya los habrán conocido! Ellos me avisan cuando la gente se atreve a llegar acá y en ocasiones, los asustan para que se vayan.

Desde entonces lo comprendieron todo. El Salvaje y los duendes eran los amigos del Dueño del Monte. Juan y Antonio regresaron muy cansados a sus casas al día siguiente. Sus familiares los recibieron y ellos les contaron su fantástica aventura. Rosita escuchaba a su papá fascinada. Algunos parientes no les creyeron y les pidieron pruebas. Entonces, ellos les mostraron las ranitas de oro, lo único que el Dueño del Monte no les había quitado. Más tarde, cuando revelaron las fotos que Antonio había tomado, todos vieron con asombro que no había ningún tipo de dibujo o inscripción en las rocas. Juan y Antonio interpretaron esto como un último capricho del Dueño del Monte.

Aguinaldo con cuatro patas y dos alas

Por: *Laura B. Nieto Bruña*



—¡Ya nacieron, ya nacieron! —gritó Millie, despertando a su prima Meg, quien se hallaba acostada en su cama de estilo victoriano, arropada con las sábanas hasta el cuello. Meg y Millie eran dos hadas rubias, de mejillas sonrosadas, de contextura delgada y muy juveniles en apariencia. A juzgar por sus caras, cualquiera podría decir que Millie tenía ocho años y Meg, doce, sin embargo, ya habían cumplido cien años de haberse convertido en hadas.

—¿Ya nacieron? —preguntó Meg con incredulidad—. ¡Es maravilloso! ¡Estoy impaciente por verlos!

—Ay, Meg. ¡Son tan tiernos!

Minutos después, Millie estaba esperando a Meg en la entrada de su casa, cuando ésta apareció cerrando la puerta detrás de sí, vestida con su ropa de trabajo, un suéter y un overol de jeans. Encima de éstos lucía un par de alas translúcidas, al igual que Millie.

—¿Lista? ¡A volar! —dijo Millie a Meg y ambas emprendieron el vuelo en dirección a los corrales de su extensa granja.

Meg y Millie tenían una casa de campo y una finca ubicada en Fantasilandia, un país fascinante, formado por mágicas nubes de algodón, donde vivían solamente las hadas. Desde hacía muchos años se habían dedicado a criar mascotas mágicas para otras hadas, en especial dragones, tortugas voladoras y grifos. Sin embargo, ésta era la primera vez que nacía un grupo de grifos de cabeza blanca en la granja.

Los grifos eran animales sorprendentes, con cuerpo de león y cabeza y alas de águila. Eran inteligentes y se les podía entrenar, como a los perros. Meg y Millie tenían varias parejas de estos animales, separadas en corrales.

Las jóvenes hadas se dirigieron volando hacia un corral nuevo ubicado a la derecha de su casa. Dentro del corral, había un cobertizo donde meses atrás, ellas habían estado almacenando paja y hojas secas para que Miranda, la grifa, pudiera hacer su nido. Wilkins, el grifo padre de la nidada, hacía guardia en el corral, caminando con paso orgulloso alrededor del cobertizo, graznando como ganso y aleteando como pavo de vez en cuando. Celoso de sus crías, no quería dejar entrar a las hadas. Entonces, Meg y Millie hicieron aparecer con sus varitas mágicas el juguete preferido de Wilkins, un hueso de hule, el cual se lo lanzaron adentro del corral para distraerlo y así las niñas pudieron pasar.

Entraron al cobertizo y encontraron a Miranda echada, cacareando como una gallina, con varios pequeños grifos piando a su alrededor. La grifa erizó las plumas del cuello y abrió levemente las alas mostrando algunas de las crías que se habían escondido bajo éstas. Había siete pequeños grifos. Tenían el pelaje sedoso, mientras que la cabeza y las alas estaban cubiertas por plumón amarillo.

Con el pasar del tiempo, las siete crías de grifo fueron cambiando de pelaje y además les crecieron plumas blancas en las alas y la cabeza. Los pequeños iban mostrando diferente personalidad, algunos eran tímidos y otros muy sociables, pero había uno que sobresalía del resto de sus hermanos porque tenía un grave defecto. Era muy travieso. Meg y Millie lo habían llamado Griffith.

A Griffith era fácil encontrarlo en cualquier lugar excepto en su corral con sus padres y hermanos. Prefería estar en casa de Meg y Millie. Le encantaban los helados y los dulces que ellas preparaban. Entraba a la habitación de Millie, se ponía las zapatillas de ella, que como era de suponer, le quedaban demasiado grandes y luego intentaba dar unos pasos, pero irremediamente se caía, en medio de un estrépito de zapatos y zapatillas derrumbándose sobre él. Entonces, empezaba a gemir hasta que debajo de aquel montón, las hadas lo encontraban con la cabeza gacha y la cola entre la patas y con un toque de sus varitas mágicas, lo enviaban de regreso a su corral.

Cuando cumplieron dos años, Miranda dejó de alimentar a sus crías y echó del nido a todos. Con el pasar de los meses, viendo que las crías eran independientes, Meg y Millie las entrenaron para que fueran obedientes y se comportaran bien, sin embargo, Griffith no aprendió a hacer las cosas correctamente. Cuando le decían que diera la pata, él se echaba; cuando le decían que se sentara, él daba la pata y erizaba las plumas del cuello como si fuera un loro.

Para el mes de diciembre, Meg y Millie prepararon una fiesta e invitaron a otras hadas para presentarles a las nuevas crías de grifos para darlas en adopción. Griffith no les parecía atractivo, puesto que no volaba como sus hermanos y no siempre hacía lo que se le ordenaba. Al ver que las hadas se iban llevando uno por uno a sus hermanos, Griffith fue sintiéndose triste. Él también quería ser adoptado por alguna de esas niñas tan lindas y cariñosas. Compungido, se echó sobre un almohadón, colocando sus patas delanteras debajo de su cuello y cerró los ojos, quedándose dormido casi al instante. Una voz melodiosa lo sacó de su sueño.

—Ése me gusta —comentó Luned, un hada amiga de Meg y Millie—. ¿Qué tal si se lo regalamos a nuestros amigos de la familia real esta Navidad? Al rey le encantan los grifos y creo que éste será una buena mascota para él. Para los niños ya hemos escogido otras mascotas mágicas: una tortuga que vuela y un dragón bebé. Serán una excelente compañía para la mascota de la reina, un armiño. ¿Qué les parece mi idea?

—¡Genial! —respondió Meg sonriendo—. ¡Así lo haremos!

—Pero Griffith no vuela, y no es muy obediente que digamos. Además, a veces es travieso —indicó Millie—. ¿De verdad crees que lo quieran, Luned?

—Millie, no hay mascota que sea perfecta. Todos los grifos aprenden a volar, sólo hay que darle un poco más de tiempo. Acerca de sus travesuras, creo que sólo busca llamar la atención, no lo hace ni por maldad ni porque sea tonto. Sólo hay que tenerle paciencia y recompensarlo cuando se porte bien. ¡Eso siempre funciona!

Convencidas por su amiga Luned, Meg y Millie llegaron volando hasta el castillo la madrugada de Navidad, cargando una caja de brillantes colores, con agujeros a los lados. Una tarjeta, bellamente pintada decía: Para el rey y su familia, de sus estimadas amigas, las hadas. Abrieron con sus varitas mágicas una ventana y luego de caminar un rato, entraron en una amplia sala donde había una chimenea y a su derecha un árbol de Navidad, repleto de regalos. Luned se les había adelantado, puesto que habían allí otras dos cajas similares a la que traían. Dejaron ésta junto a las dos cajas y se marcharon tan silenciosamente como habían venido. Al día siguiente, cuando toda la familia estuviera despierta, volverían a visitarlos y disfrutarían de su compañía. Horas después de que Meg y Millie se fueran, se escuchó en la sala un grito de asombro y alegría: —¡Rápido, vengan todos! ¡Miren, hay un grifo entre los regalos!

Lluvia de flores

Por: Yolanda Ríos de Moreno



Ilustración: Claudia Vivanco B.

Un día mi abuelita y yo fuimos a pasear al parque. Era un día hermoso, soleado y con bellas nubecitas esparcidas por el cielo. Allí estaba como siempre Don Goyo, sentado en su banca de siempre, que refrescaba la sombra de un frondoso árbol del cual colgaban frágiles florecitas amarillas. El árbol era tan grande que su sombra cubría también el columpio y el resbaladero que tanto me gustaban. Después de columpiarme y jugar un rato, mientras descansaba colgada de cabeza del travesaño, vi como una suave brisa hizo que las florecillas flotaran por el aire, cayeran al suelo y formaran una alfombra dorada.

—¡Mira abuela una lluvia de flores! —exclamé con alegría mientras saltaba para alcanzarlas. Noté que por su poca altura podría alcanzar los racimos dando pequeños saltos. Lo intenté varias veces, pero las florecillas eran tan frágiles que sus hojitas se caían al arrancarlas.

—Abuelita, ¿Porqué se caen las hojitas amarillas? —pregunté con tristeza.

—Porque los pétalos de las flores tienen una gran belleza, pero una corta vida. Una vez que se desprenden, duran frescas sólo unos días. —contestó la abuelita con su dulce voz.

—Qué pena, son tan lindas... —dije melancólica.

Al oír esta conversación Don Goyo, quien gustaba de compartir sus recuerdos y experiencias, se volteó y con gran optimismo me dijo: —No, linda niña, no debes sentir pena por una hermosa flor, pues aunque viven poco tiempo siempre entregan su mensaje antes de marchitarse.

—¿Un mensaje?

—Sí, un bello mensaje.

—Y... ¿Qué pueden decir las flores? ¡Ellas no hablan!

—Bueno, es que lo hacen a través de sus colores.

—¿Sus colores? Y... ¿Qué dicen?

—Bueno —contestó Don Goyo feliz de poder hacer alarde de sus conocimientos —si ofreces una flor blanca, deseas paz; si obsequias una flor amarilla, obsequias alegría...

Después de pensar un ratito continuó su enseñanza con una gran sonrisa en su rostro:

—Si entregas una flor rosa, regalas amor y así con cada color un sentimiento.

—¿Qué lindos mensajes dan las florecitas! Y si das flores de muchos colores ¿Qué dicen? —pregunté curiosa.

—En ese caso, están diciendo que das ¡Felicidad! —contestó Don Goyo muy entusiasmado.

—¡Entonces este árbol nos ofrece mucha alegría a todos los que venimos al parque! —grité llena de contento y dando grandes saltos por el césped.



Ilustración: Claudia Vivanco B.

—¡Así es! ¡Abuelita! ¡Abuelita ven a jugar conmigo! —exclamé mientras giraba contenta sobre el manto perfumado de florecillas.

—No sólo nos brindan alegría por el color de sus flores, mi niña; además, de su útil madera también nos ofrece frescura y belleza —comentó sonriente la abuelita.

—¡Por eso a todos nos gusta venir al parque! ¿Verdad Abuelita?

Glupy, el explorador

Por: Yolanda Ríos de Moreno



Ilustración: Yolanda R. de Moreno

Existe bajo el mar una gran variedad de plantas y animales que crean bellas comunidades con hermosas formas y colores. Una de ellas se llama arrecife, es de coral y está ubicada, si mal no recuerdo, muy cerca de la playa, a tan sólo pocos metros de profundidad, en el Caribe Panameño. Allí vive un pequeño pecesito llamado Glupy.

Glupy se siente muy solito desde que sus padres fueron devorados, junto a muchos otros pececitos, por un enorme tiburón. Sin embargo, no ha perdido su joven espíritu, ni la alegría ni el deseo de tener nuevas aventuras y pasa la mayor parte del tiempo junto a sus amiguitos.

Una mañana, mientras nadaba con su amigo el señor Aguamala, le comentó —Quisiera poder volar como lo hacen las aves, sería fabuloso poder conocer otros lugares, nuevos amigos, pero ¿Cómo podría? ¿Tú crees que algún día pueda hacerlo?

—Estás muy inquieto hoy, Glupy —dijo el señor Aguamala preocupado.

—Sí, es que estaba pensando cómo podría volar.

—No creo que sea prudente hacerlo. Puede ser muy peligroso. Un pez no puede respirar fuera del agua —contestó el señor Aguamala.

—Pero quiero conocer nuevos lugares, y...

—Deberás conformarte con lo que está a tu alrededor — interrumpió Aguamala ya un poco disgustado.

Glupy miró a su alrededor y pudo comprobar que allí estaban sus amiguitos: Paco el Pulpo, Landis la Langosta, Estelita la Estrella, Luisa la Lombriz, y Carlos y Marcos los Camaroncitos con quienes jugaba todos los días. Sin embargo, él quería un poco más... ¡Algo diferente, nuevas aventuras!

Al ver a Glupy tan triste, las hermanitas Langosta se acercaron a él y con tierna voz preguntaron inquietas:

—¿Por qué estás llorando?

—Es que, Snif! Snif! Yo quiero volar y Aguamala me dijo que no podría hacerlo.

Las hermanitas se miraron una a otra con cierta pena al ver la tristeza de su amigo.

—Debe haber alguna manera de lograrlo —dijo una de ellas...

—Sí, debe haberla —afirmó la otra para animarlo—, la vida nos da sorpresas.

¡De pronto! Se oyó un gran estruendo y una fuerza tremenda revolvió las aguas tranquilas del mar, causando un gran remolino y Glupy desapareció. Cuando Glupy recobró la conciencia medio aturdido y asustado, pudo ver que estaba en el aire ¡Volando! Muchas aves volaban a su alrededor en un brillante, hermoso y soleado día.

—¿Quién es usted? ¡Me voy a morir! ¡Qué hago aquí? —preguntó sorprendido.

—Soy el señor Cano y mis amigos pelícanos —explicó con tranquilidad—, y no te morirás. En mi hocico tengo suficiente agua

para ti. El señor Cano le comentó que un amigo de su amigo le dijo a “un pajarito” (como siempre sucede), y éste me platicó tus deseos. Y yo me dije, pues vamos a ayudarlo a conocer nuevos lugares y nuevos amigos, así que, aquí me tienes dispuesto a pasearte por las nubes para que observes la grandeza de tu mundo y el mío.

Glupy asustado por las alturas, pero maravillado con el panorama, abría sus ojos muy grandes ante tanta novedad. Sentía temor por el aire y la posibilidad de servir de almuerzo al señor Cano, pero llenándose de valor le dijo: —Señor Cano, ¿A dónde me lleva? ¿Me va a comer? Porque yo...

—JA, JA, JA, JA. Tú no me sirves ni de aperitivo, estas muy chiquitito.

JE JE JE. Quiero que conozcas otros lugares para que se cumpla tu sueño.

—¿Qué bien! —contestó más tranquilo—, pero te puedo hacer daño con mis espinas y mal sabor —agregó para asegurarse de no ser tragado.

Mientras volaban empezaron a caer grandes gotas de agua, anunciando una gran tormenta.

—¿Qué son estas bolitas? —preguntó curioso.

—Esto se llama lluvia y es parte de un ciclo natural. El ciclo del agua.

—¿Qué es el ciclo del agua?, nunca lo había oído antes.

—Es un proceso. Mira, el agua del océano se evapora con el calor del sol y forma las nubes. Cuando éstas están muy pesadas, deja caer el agua en forma de lluvia que alimenta a plantas y animales, y...

—¡Señor Cano! ¡Señor Cano! —interrumpió Glupy muy emocionado

—¿Qué es eso de allá? ¡Tiene tantos colores!

—Eso se llama Arco Iris y siempre que llueve se forma uno.

—¡Aaaaah, qué bonito! ¡Y, por qué se forma? —preguntó queriendo saber más de él.

—Lo forman los reflejos del sol sobre las gotitas, al pasar a través de ellas.

—¿Puedes llevarme hasta allá? Su curiosidad no tenía límites.

El señor Cano llevó a Glupy volando hacia el horizonte donde ya el sol se empezaba a ocultar. Glupy pudo conocer la belleza natural de un día claro, despejado y sereno. Maravillado por todo esto exclamó

—¿Cómo se puede lograr tanta belleza!

Complacido por las inquietudes de Glupy, el señor Cano le responde muy ceremoniosamente. —Todo esto nos ha sido regalado por el Ser Supremo. Es bueno que lo valoremos. Pero, lo más importante es que lo cuidemos, lo mantengamos limpio y sin contaminar para que pueda ser disfrutado por las futuras generaciones.

—Y, ¿Cómo se logra eso? —preguntó intrigado Glupy.

—Pues, haciéndoselo saber a todos tus amiguitos. Que sepan que no deben ensuciar su medio ambiente. Que hay lugares que necesitan ayuda para la conservación de este bello mundo que es nuestro hogar. Evitar deforestar los manglares para que el sedimento no dañe los arrecifes —contestó mientras lo devolvía al mar de nuevo.

—¡Así lo haré! ¡Cuenta conmigo!, ahora tengo una importante tarea por hacer. ¡Cuidar de la naturaleza! —le dijo lleno de entusiasmo Glupy.

—Sí, debemos comprender que en los océanos y en la tierra hay muchos seres vivos que necesitan conservar limpio su medio ambiente para poder sobrevivir. No sólo limpio y cuidado, sino en constante renovación para evitar la pérdida del equilibrio natural.

Y dicho esto, el señor Cano emprendió su vuelo, muy feliz escuchando a Glupy decir con algarabía

—¡Gracias! ¡Gracias! Por este interesante paseoooo. Les daré a todos tu mensajeeee. Y pensativo suspiró —Cómo desearía que el ser humano también escuchara su mensaje y se uniera a esta buena causa...

El pez Tillo

Por: *Annabel Miguelena*

Muy cerca del palacio de la Bella Durmiente, existía un océano gigantesco donde habitaban millones de maravillosas criaturas marinas. Entre ellos se hallaba un pececillo inteligente, muy ágil y de hermosos colores, pero tenía un gran defecto: era muy mentiroso. Todos lo llamaban el pez Tillo, porque guardaba cada una de sus mentiras dentro de una enorme habitación oscura que cerraba con un fuerte pestillo de coral.

Cierto día, en la escuela Marina, el maestro pulpo le asignó una tarea al pequeño caracol, a la tortuga y al caballito de mar. Cada uno debía investigar una pregunta diferente. Al pequeño caracol le preguntó cuál es el primer color del arco iris. A la tortuga, de qué color es el pájaro azulejo, y el caballito de mar debía averiguar el color del sol. Todos juntos fueron a casa del pez Tillo, pues como era muy inteligente seguramente los podría ayudar. En cuanto llegaron a su casa, tocaron muy fuerte a la puerta:

— ¡Buenas tardes, señor pez Tillo! Hemos venido a hacerle unas cuantas preguntas.

— ¡Por supuesto, niños! ¿En qué los puedo ayudar? Dijo el mentiroso pez.

Luego, cada uno le comentó su tarea, y el pez Tillo sin dudarlo, se dirigió a su habitación oscura a sacar unas cuantas mentiras para dar su respuesta. Al pequeño caracol, que deseaba conocer el primer color del arco iris, le dijo que era el negro. A la niña tortuga, que con muchas ganas de aprender le preguntó de qué color era el pájaro azulejo, le respondió que rosado, y al caballito de mar, que estaba muy ansioso por saber el color del sol, le contestó que era verde.

A la mañana siguiente, cuando cada uno entregó su tarea, el maestro pulpo no pudo ocultar su cara de asombro, e inmediatamente les preguntó a sus alumnos:

¿¡Puedo saber de dónde han sacado semejantes barbaridades!?! El primer color del arco iris es el rojo. No, el negro. El pájaro azulejo, es azul. No, rosado. Y el hermoso sol es amarillo, niños. No verde. ¡Díganme entonces, quién les ha mentido!

Los tres contaron todo lo sucedido, y no sólo se enfadó el maestro pulpo por el engaño a los niños, sino que también, los demás animales marinos se enfurecieron muchísimo. Todos juntos fueron molestos a casa del mentiroso pez, y con voz muy fuerte lo acusaban: ¡Pez Tillo mentiroso! ¡Pez Tillo mentiroso! ¡Pez Tillo mentiroso! Los gritos eran tan altos, que los pudo escuchar el oso goloso que tomaba el sol en la playa, y éste, rápidamente nadó hacia donde se oía el alboroto.

— ¡Conque el pez Tillo quiere mentir al oso! Dijo el oso goloso muy enojado.

Las criaturas marinas, aunque molestas por las mentiras del pez Tillo, no permitirían que le pasara nada a su amigo, y trataron de calmar al oso goloso, contándole la verdad.

—Se equivoca, señor oso goloso. Usted ha escuchado mal. Nosotros nunca dijimos que el pez Tillo quería mentir al oso, simplemente gritábamos: ¡pez Tillo mentiroso!

Pero el oso goloso no hizo caso a ninguna explicación, y se comió al pez Tillo. Todos sus amigos lloraban tristemente, hasta que al ingenioso delfín se le ocurrió una idea fenomenal. Recordó que muy cerca de allí se encontraba el palacio de la Bella Durmiente, y que podrían ir en busca de un hada para pedirle ayuda.

El hada con mucho gusto quiso hacerles el gran favor. Y tocando con su varita la panza del oso goloso, dijo unas preciosas palabras mágicas:

Colores primarios hermosos:
rojo, azul y amarillo
Que salga del Oso Goloso,
nuestro amigo el pez Tillo

Que es cierto que está arrepentido
Que vuelva a la felicidad
Que salga que ya ha comprendido,
que libres nos hará la verdad.

En cuanto el hada terminó, el oso goloso dio un estornudo tan fuerte, que hizo que el pez Tillo saliera de su inmenso estómago.

Todos estaban muy felices de tenerlo de vuelta, aunque todavía se sentían rabiosos por sus mentiras. Pero el pez Tillo pidió perdón. Les agradeció a sus buenos amigos por rescatarlo del oso goloso y prometió que cambiaría. Para demostrarlo, entró a su enorme habitación oscura y cada una de sus mentiras las lanzó hacia la parte más profunda del mar, donde nunca nadie más las podría encontrar.

El pez Tillo aprendió la lección y quiso enseñársela a todo el mundo. Por eso, obsequió sus hermosos colores a las flores, para que cada vez que los niños las observen, recuerden que una vez existió el pez Tillo, pero sobretodo, para que jamás olviden, que sólo la Verdad nos hará libres.

El mundo de Belfor

Por: *Annabel Miguelena*

Justo al lado del bosque, donde las hadas convierten los cristales en flores, existe el maravilloso mundo de Belfor, un lugar que por muchos años había sido el más unido y floreciente, hasta que pasó la estrella fugaz de primavera y se realizaron las tan esperadas elecciones. Uno de los candidatos era don gato Fortunato: el ser más honesto, amigable y generoso entre todos los del reino. El otro candidato era el león Peleón: el animal más engreído, egoísta y malintencionado que haya existido jamás, que por medio de trampas y utilizando su gran fuerza logró ser coronado el nuevo rey de Belfor. Desde ese entonces las cosas empezaron a ser totalmente diferentes y toda esa mágica unión, poco a poco comenzó a desaparecer.

Todos estaban realmente preocupados por la actitud del león Peleón, pues éste se había hecho la equivocada idea de que gracias a su inmenso tamaño y fortaleza podía pasar por encima de cualquiera para satisfacer sus caprichos y antojos, sin importarles cuánto daño le ocasionaría a los demás.

Una vez obtuvo la corona, al primero en humillar fue a don gato Fortunato:

—¡Hola, tonto gato Fortunato! ¿Pensaste que podrías ganarme en estas elecciones? ¡Imposible! Si eres más débil que un gusano enfermo. ¡Mira cuán flaco y escuálido estás! En cambio, yo soy el más guapo y fuerte de todos. Ahora que soy el rey ¡nadie en este mundo podrá detenerme!

Don gato Fortunato nunca le respondió con ninguna mala palabra, pues detesta el rencor y la venganza. Simplemente suspiró profundo y dijo ¡Qué miserable el león es! ¡Tan rico y tan pobre a la vez! Luego continuaba con sus arduas labores de construcción. Era muy trabajador y por eso llegó a ser el mejor albañil de Belfor.

¡Era preocupante la situación en que se hallaba el reino! Todos los animales se sentían intranquilos y nerviosos porque el león Peleón se pasaba el día entero hiriendo a todos y robando lo que se antojara. Pero nadie se atrevía a enfrentarlo. Era tan fuerte que todos le temían muchísimo.

Después de don gato Fortunato el señor elefante fue el siguiente perjudicado.

—Hola, señor elefante. ¡Qué colmillos de marfil tan preciosos tiene usted! Los tomaré y mandaré a fabricar los adornos más esplendorosos para mi enorme palacio. Ahora que soy el rey ¡nadie en este mundo podrá detenerme!

El señor elefante nada pudo hacer. Simplemente suspiró profundo y dijo: ¡Qué miserable el león es! ¡Tan rico y tan pobre a la vez!

El león Peleón cada vez deseaba más y más lujos. Su única preocupación era obtener todas las riquezas de Belfor. Había obtenido tantas que ya no sabía donde guardarlas. Por eso, cuando se encontró con la señorita pajarita se le ocurrió otra de sus espeluznantes ideas.

—¡Hola, señorita pajarita! ¡Qué nidos tan preciosos tiene usted! Los tomaré y mandaré a tejer las canastas más inmensas del universo. Así tendré lugar para conservar mis tesoros y finas joyas. Ahora que soy el rey, ¡nadie en este mundo podrá detenerme!

La señorita pajarita nada pudo hacer. Simplemente suspiró profundo y dijo: ¡Qué miserable el león es! ¡Tan rico y tan pobre a la vez!

Cada vez, las cosas se hacían más graves. Ya no sólo hacía sus fechorías durante el día; también en las noches iba en búsqueda de una estrategia deshonesto para enriquecerse.

Una madrugada, mientras robaba sin medida, empezó a sentir mucho frío, y en cuanto vio al señor oso, quiso aprovecharse de él.

—¡Hola, señor oso! ¡Qué piel tan tierna y esponjosa tiene usted! La tomaré y mandaré a fabricar un hermoso y cómodo abrigo para mí. Ahora que soy el rey ¡nadie en este mundo podrá detenerme!

El señor oso nada pudo hacer. Simplemente suspiró profundo y dijo: ¡Qué miserable el león es! ¡Tan rico y tan pobre a la vez!

La actitud injusta del león Peleón estaba destruyendo poco a poco al maravilloso mundo de Belfor. Por esa razón, don gato Fortunato empezó a hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a sus amigos, pues se dio cuenta de que para servir a los demás, no hace falta ser rey. Pero todo era en vano. El desconsiderado león, seguía robando y haciéndoles daño a todos sin importar las consecuencias.

Una linda tarde las hadas del bosque vecino fueron a obsequiar unas preciosas rosas a los animales de Belfor. Estando allí se dieron cuenta de la triste situación y se apenaron muchísimo. No podían creer que después de haber sido el reino más unido y floreciente, se estuviese arruinando sin control.

Todas las hadas contaron lo sucedido a don viento violento, y éste se enojó tanto que descargó su furia sobre el inmenso palacio del león Peleón. Todo se destruyó por completo: sus bellos y valiosos adornos; sus joyas y sus abrigos de pieles. Su hogar entero quedó hecho pedazos.

El león Peleón lloraba desolado, y al enterarse los animales de la gran desgracia del malvado rey, empezaron a alegrarse por su desdicha.

—¡Bien hecho, por robarme mis colmillos! —dijo el señor elefante.

—¡Bien hecho, por robarme mis nidos! —dijo la señorita pajarita.

—¡Bien hecho, por robarme mi tierna y esponjosa piel! —dijo el señor oso.

Al saber la mala noticia don gato Fortunato se preocupó muchísimo y se lamentó de que el señor elefante, la señorita pajarita y el señor oso tomaran esa actitud tan vengativa. Por eso reunió a todos los animales de Belfor y así les dijo:

¿Creen ustedes que la venganza es la mejor opción para salvar a nuestro reino? No podemos alegrarnos de las tristezas ajenas,

escúchenme bien. El león Peleón no ha sido un buen amigo, pero en este momento está completamente solo, no tiene qué comer ni dónde vivir. No es justo abandonarlo en este momento. Yo soy un buen albañil y he trabajado duro para ello. Les enseñaré a construir para que entre todos le edifiquemos un nuevo hogar al rey.

Los demás animales estaban asombrados de la bondad de don gato Fortunato y finalmente le dieron la razón. Por eso fueron juntos a visitar al león y le ofrecieron su ayuda incondicional.

El triste rey lloraba arrepentido y se lamentó mucho por haber tratado a todos de la manera en que lo hizo. Se dio cuenta de lo importante que es la amistad y que la felicidad no se encuentra sólo en la fuerza ni en las riquezas. Agradeció a sus amigos por construirle una nueva casa, que aunque pequeña, era la más acogedora que jamás haya tenido, y les pidió perdón de todo corazón.

El león Peleón dejó de ser peleón y se arrepintió por sus maldades. Luego, para que todos creyeran en su arrepentimiento, le colocó la corona a don gato Fortunato y se disculpó:

— ¡Lo siento muchísimo! Son ustedes muy buenos. En cambio yo, me he portado muy mal. ¡Me arrepiento tanto! Usted, gato Fortunato es un verdadero rey; es quien merece ser coronado. ¡Viva don gato Fortunato, rey de Belfor! ¡Viva!

Desde ese instante, Belfor volvió a ser el mágico reino tan unido y floreciente que alguna vez fue.

El señor Dios se alegró tanto que quiso que todo el mundo recordara ese maravilloso momento. Entonces, hizo caer agua bendita del cielo y pidió al resplandeciente sol que alumbrara al mundo con sus radiantes rayos. Luego, empezó a aparecer un hermoso y colorido arco iris, por el que caminó don gato Fortunato con su nueva corona.

Desde ese entonces, cada vez que se une la lluvia con el sol, aparecen siete colores en el firmamento, para que la humanidad entera pueda recordar la gran lección de amor, que nos dejaron nuestros amigos del mundo de Belfor.

Cándido y el árbol de nance encantado

Por: *Tilsia Perigault Hayams*



Ilustradora: Estela Perigault de Malgrat

Cándido era un simpático niño que tenía ocho años cuando sucedió lo que les voy a relatar. Vivía en un pueblecito del interior, y aunque no tenía hermanos, no la pasaba tan mal, pues en el pueblo vivían muchos niños de su misma edad. En el invierno, iban a la escuela que quedaba un poco lejos, por lo cual tenían que andar un buen trecho, subir un cerro y cruzar una quebradita.

En el verano disfrutaban bañándose en la cercana playa o en el río. Perseguían mariposas, subían a los árboles de ciruela, asaban pepitas de marañón y jugaban al escondido y a muchos otros juegos que ahora no recuerdo.

Nuestro amiguito vivía con su abuela en un humilde ranchito, arriba de un cerro. Eran muy pobres. La viejita hacía bollos y preparaba cocadas, melcochas y otras golosinas que Cándido vendía en el pueblo los domingos y días de fiesta, cuando llegaban turistas y veraneantes. Con el producto de estas ventas vivían.

Una mañanita, la anciana despertó a su nieto:

—Levántate, hijo, hoy amanecemos sin un real. Vas a tener que ir a la playa a recoger almejas para el almuerzo. Con un puñadito de arroz que me queda haré un sabroso guachito.

—El niño se despidió de su abuelita y partió al mandado.

Caminó, caminó y caminó. En una chácara llevaba medio bollo y un mango. Era lo único que le había podido dar su abuelita para desayunar. Cándido prefería dejarlos para cuando sintiera mucha hambre.

Cuando llegó a la playa, se sacó las cutarras y las colocó junto con la chácara sobre una roca. Luego empezó a escarbar de rodillas en la arena húmeda. La marea estaba subiendo.

Ya tenía la totuma llena, cuando empezó a soplar una brisa muy fuerte. El viento levantó arena y un poco de ésta cayó en los ojos del chiquillo, obligándolo a cerrarlos. Cuando el ardor cesó, pudo abrir los ojos y se dispuso a volver a casa. Al acercarse a la roca para recoger su escasa comida, quedó sorprendido por lo que veía. Un niño de pocos años, rubio, completamente desnudo, se comía glotonamente su bollo de maíz y en el suelo, esparcidas por la arena, estaban las cáscaras y la semilla del mango.

Cándido no había visto muchos niños fulos. Pensó que sería hijo de alguno de los extranjeros que pasaban las vacaciones por allí.

Como era de buen carácter, no se sintió disgustado por la travesura del pequeño. Se acercó exclamando:

—Vaya ¡qué gracia! ¿Qué haces aquí solo y por qué te comiste mi desayuno?

El niño desconocido se rió y saltando corrió en dirección al monte.

El pequeño campesino notó que sus ojos eran azules y transparentes como botones. Pensó en las víboras y en los insectos venenosos del monte y corrió tratando de detener al alocado fulito.

¡Eh, cuidado! ¡Espérame! —gritaba Todo inútil. El otro niño corría velozmente a pesar de su corta edad. De este modo se fueron internando más y más en el monte.

De pronto nuestro amiguito, al pasar al pie de un enorme árbol de nance, sintió una carcajada burlona. Miró hacia arriba y allí, sentado sobre una rama, estaba el pequeño rubio, riendo a más no poder.

— ¡Mira cómo me has hecho correr! Gritó al otro niño, quien se veía tan fresco y descansado como si acabara de levantarse de una hamaca.

La traviesa criatura continuaba sonriéndole con aire de burla.

—Vaya, esto no tiene ninguna gracia — lo regañó nuestro amigo, —Si fueras nieto de mi abuela ella te daría tu merecido.

Al mencionar a su abuelita, Cándido recordó que había olvidado las almejas en la playa. La marea ya habría subido y todo su trabajo estaría perdido. Para colmo, el agua se habría llevado la totuma, la chácara y las cutarras.

Sintió tal tristeza pensando en el disgusto de su abuelita, que le saltaron las lágrimas. ¡Eran tan pobres!

Con los ojos húmedos, Cándido miraba al suelo. Vio entonces que estaba lleno de nances. Eran grandes como nunca los había visto. Levantó la cabeza y notó que las ramas del árbol estaban repletas. Se le ocurrió entonces una feliz idea: recogería cuantos pudieran caer en su sombrero y en la camisa y trataría de venderlos en la carretera, a los automovilistas que iban o venían de la ciudad.

Empezó a recoger las frutitas animadamente. El pequeño desconocido saltó al suelo a observarlo. Cándido trepó y sacudió las ramas y el otro niño bailó bajo la lluvia de pelotitas amarillas que caían suavemente en la hierba acompañadas de gotas de agua de las húmedas hojas del árbol.

Cuando calculó que tenía bastante, Cándido llamó al otro:

—Vamos, tenemos que salir de este monte y llegar al pueblo para buscar a tus padres. El fulito dócilmente tomó la mano de Cándido y echaron a andar mucho rato. Divisaron al fin el campanario de la pequeña iglesia blanca del pueblito y nuestro amiguito preguntó:

—¿Sabes llegar a tu casa?

El otro niño, afirmando con la cabeza, echó a correr.

Poco después Cándido trató inútilmente de vender los nances. Ningún automóvil detuvo la marcha y nadie se interesó en ellos. Muy triste volvió a su casa. La abuelita estará preocupada por su demora. Le dolía volver con un puñado de nance, después de haber perdido sus pertenencias.

La bondadosa anciana, lo recibió con gran alegría. Sentía un gran alivio con el regreso de su nietecito, cuya demora la tenía preocupada. Escuchó todas las explicaciones del niño y nuestro amiguito dio a su abuelita el bulto con los nances y cuando ella desamarró la camisa exclamó sorprendida:

—¡Cándido, aquí no hay nance!

El niño miró lo que contenía el sombrero y la camisa y quedó más sorprendido que la abuela.

—Parecen pepitas de oro abuelita. Pero te juro que yo traía nances.

—Entonces, tú te has encontrado con el árbol de nance encantado de los duendes — dijo la abuelita.

—Es una vieja leyenda que tengo que contarte.

¡Somos ricos! ¡Es oro de la mejor calidad! Para no cansarles con la historia, las pepitas de oro los hicieron ricos, y Cándido y su abuelita vivieron por siempre felices, sin privaciones, ayudando a muchas familias pobres.

La vecina entrometida

Por: *Tilsia Perigault Hayams*



Ilustradora: Estela Perigault de Malgrat

Érase una vez, una bondadosa campesina llamada Toribia, quien vivía en su humilde vivienda de un pueblecito del interior. No tenía más compañía que un loro viejo y marrumanciero, de nombre Purrungo, un perro flaco llamado Talingo, por su color requete negro, un par de palomas y unas cuantas gallinas ponedoras.

Con estos animales, que eran su única compañía, estaba muy encariñada, aunque su preferido era el loro, hablador como él solo.

Tenía la anciana de esta historia, una vecina muy entrometida y amiga de hablar de todo el mundo. Además del defecto mencionado, dábale por destapar las ollas de sus vecinas para averiguar lo que cocinaban y también tenía la mala costumbre de pedir prestado

cuanto Dios creó; que si un poquito de sal, que si media tacita de manteca, que si un puñadito de arroz. En fin, de más está decir que estos préstamos no eran devueltos.

Ña Toribia no sabía cómo hacer para librarse del engorro. Como es creencia de gentes del campo, pensó que la mejor forma de alejarla, era colocando la escoba en posición invertida, detrás de la puerta.

Así, pues, cuando se aparecía por allí la vecina entrometida, Toribia, disimuladamente, colocaba la escoba como señala la tradición popular.

No dejó de notar la fisgona, que cada vez que llegaba a la casa de Toribia, ésta andaba detrás de la puerta con cualquier pretexto. Cierta día que, como de costumbre, venía a pedir algo prestado, Toribia salió al patio, para ventear una batea de arroz pilado.

—Vecina, ¿onde tá usted?

—Acá toy, espulgando el arró, contestó Toribia desde el patio.

Aprovechando la oportunidad, la mala vecina miró detrás de la puerta y descubrió la escoba al revés. Sintiose ofendida y decidió disimular y esperar la oportunidad de cobrar venganza.

Consultó en otro pueblo, con un hombre que tenía fama de brujo y por un par de gallinas y una totuma de guandú sacó unos polvos mágicos que tenía la propiedad de pegar para siempre cualquier cosa.

Al otro día muy temprano, encontró la oportunidad propicia. Ella sabía que lo primero que hacía Toribia al levantarse, era barrer su rancho. Aprovechando que ésta salía a espantar a las palomas que se habían metido en la cocina, roció la escoba con los polvos y corrió de regreso a su rancho para atisbar detrás de la ventana, lo que ocurría.

El loro de Toribia había visto todo con un ojo cerrado y el otro abierto. Cuando su ama, entró nuevamente a la casa y se disponía a tomar la escoba, empezó a batir las alas gritando:

— ¡Cuidadito, cuidadón, prende primero el fogón!



A ña Toribia no dejó de extrañarle este capricho de Purrungo y decidió seguirle la corriente, por lo que picó unos palitos con el machete y encendió el carbón, soplándolo con un cartón. Todo esto le tomó un buen rato. Finalmente se dispuso a barrer. Pero cuando iba a coger la escoba, el loro empezó a gritar

— ¡Cuidadito, cuidadito, busca agua en el pocito!...

— ¡Que loro más retobao este! — exclamó Toribia, pensando que Purrungo se estaba poniendo caprichoso con la vejez. Sin embargo, le siguió la corriente y se fue a buscar agua al pocito, al fondo del patio.

Entre tanto, la mala vecina, impaciente al ver que nada ocurría, se asomó a la puerta de Toribia. Como no vió a nadie, entró y se quiso asegurar de que la escoba seguía en su lugar. En el momento en que se asomaba detrás de la puerta, el loro agitó las alas con fuerza y gritó:

— ¡Al ladrón Talingo! ¡al ladrón Talingo!

Talingo saltó sobre la vieja chismosa quien del susto manoteó y tocó la escoba a la cual quedó pegada de la mano derecha. Forcejeó un momento y como no logró zafarse, huyó a su rancho, donde siguió batallando por librarse del encantamiento, sin poder conseguirlo.

A todo esto, Toribia volvió del pozo con el agua y continuó en sus quehaceres, extrañada de no encontrar la escoba en su lugar.

La mala vecina, al cabo de unos días, viendo que no le era posible despegarse la escoba, no tuvo más remedio que salir con la escoba en la mano, lo cual despertó la malicia de los pobladores del lugar. Las mujeres comentaban que alguien había visto a la chismosa lavando ropa en el río, con la escoba en la mano. Otras decían que cocinaba y remendaba sin soltar la escoba.

Los chiquillos empezaron a espiarla por el pueblo y al verla, echaban a huir, patitas pa'que te quiero, gritando:

— ¡Viene la bruja con la escoba!

No le quedó más remedio a la mala vecina, que mudarse del pueblo, a un rancho retirado para librarse de las consecuencias de su mala intención.

Toribia vivió dichosa y querida por todos los chiquillos del vecindario a quienes regalaba cocadas los días de fiestas.

Purrungo y Talingo, los héroes de esta historia, siguen iguales. El loro marrumanciero en su estaca, saboreando mangos y guineos y el perro asoleándose en la puerta del rancho.

Gallo

Por: *Rolando Augusto Rangel M.*

Era uno de los pocos gallos que quedaban en esa parte de la ciudad donde antes la gente tenía gallos y gallinas en sus patios. Pero el progreso había cambiado todo. Habían cortado los árboles para dar paso a la construcción de barriadas y a pesar que ya tampoco había bichos que se lo pudiesen comer, él estaba acostumbrado a dormir en el único árbol que quedaba en el vecindario, un frondoso mango, donde además, anidaban algunos pericos.

Gallo tenía de nombre lo que era, gallo. Su edad era indeterminada, pero el paso del tiempo ya se reflejaba en su aspecto. Sus plumas antes brillantes se estaban volviendo opacas y su cresta antes de un rojo intenso tenía ahora un color gris cetrino. Había sobrevivido los tiempos en que aprendió a volar al menos treinta metros sin aterrizar, para poder huir a la voracidad de las zorras y las zarigüeyas que se relamían el hocico por comérselo, trepándose rápidamente en su árbol, donde los pericos armaban un escándalo de pájaros enojados para ahuyentar a los atacantes.

Gallo era un superviviente y se sentía orgulloso de ello. Sus orígenes se remontaban a una feria escolar donde su dueño lo compró por cinco centavos. Era, en ese entonces, un pollito plumoso y amarillo que acabó encerrado en la cocina de la casa porque nadie soportaba el pío—pío que lloraba toda la noche, hasta que en la madrugada se dormía de puro cansancio.

Ya siendo un pollo robusto cuya cresta despuntaba, su dueño, Anthony, un niño de cinco años lo metía en su cama y lo arropaba dejándole sólo la cabeza afuera. Siempre había querido tener como mascota un perro, pero sus padres no eran amantes de perros, de forma que Gallo se convirtió para él en un gallo que era tratado como perro, al menos cuando dormía. Era casi poético ver a un niño durmiendo cabeza a cabeza con un pollo a quien ya le dolía el pescuezo por no haber nacido para dormir con almohada.



Ilustradora: Andrea E. Alvarado

Fiel a sus genes comenzó a cantar al despuntar el sol y eso sí era intolerable. En el silencio del nuevo día que se iniciaba, su qui-qui-ri-quí retumbaba en toda la casa y despertaba a todos, así es que lo pusieron una tarde en la rama del mango para que su canto matutino se diluyese en la inmensidad del cielo que aclaraba. Gallo aceptó el cambio no sin dejar de sentir mucha nostalgia de no poder dormir

con su amo. Pero al menos podía meter la cabeza entre una de sus alas y dormir sin despertar con dolor de pescuezo.

Y así fueron pasando los años, Anthony se había convertido en un adolescente, y todas las mañanas salía al patio de la casa a darle de comer succulentos granos de maíz que Gallo le agradecía subiéndose a su hombro y picoteándole cariñosamente la oreja. Los nuevos vecinos aceptaban de buena gana que los despertara Gallo en las madrugadas. Ya nadie ponía el despertador del reloj, todos sabían que cuando Gallo cantaba eran las cinco de la madrugada y era hora de prepararse para salir al trabajo.

Pero el tiempo cambia las cosas. Gallo comenzó a confundir los horarios. Ya viejo, su reloj biológico no estaba funcionando bien y empezaba a cantar cuando la luz del farol de la calle atravesaba las plumas de las alas y se colaba dentro de los parpados de sus ojos. Pensaba que era el sol y fiel a sus principios de buen gallo cantaba a la una, a las dos, a las tres, a las cuatro y finalmente, cuando debería cantar se dormía cansado de tanto cantar.

Las protestas no se hicieron esperar. Había vecinos que se despertaban y se arreglaban al primer canto para darse cuenta cuando arrancaban el carro que habían perdido muchas horas de sueño. Una delegación fue a la casa de Anthony para tratar de buscar una solución al problema. Dijeron que no confiaban en los despertadores ya que durante tantos años Gallo había sido el suyo. Felizmente, entre ellos estaba un médico oftalmólogo quien dio la solución al problema. A Gallo le pondrían lentes oscuros de contacto antes de dormirse para que la luz del farol no lo confundiera. Y así lo hicieron. Y Gallo comenzó nuevamente a cantar al amanecer. Ya el farol no lo despertaba, y además había hecho un trato con los pericos; que le picotearan el coco cuando las primeras luces del día despuntaban para no quedarse dormido de lo viejo que estaba.

El árbol de mango todavía sigue en pie, igual que el recuerdo de Gallo quien después de mucho tiempo amaneció dormido para siempre, nadie sabe como, junto a Anthony, ya no con la cabeza sobre la almohada, sino sobre el regazo de su dueño. Sus plumas habían recobrado el esplendor de sus años jóvenes y su cresta despedía rojos fulgores de amaneceres. Era su despedida, para que lo recordaran como lo que siempre había sido, un hermoso gallo.

Burundanga

Por: *Rolando Augusto Rangel M.*



Ilustradora: Andrea E. Alvarado

Como puerquito privilegiado, nació en el año chino del puerco. Y le pusieron como nombre BURUNDANGA, porque como buen puerco se comía todo lo que encontraba en el suelo, es decir, todas las burundangas que encontraba. Era blanco albino con el hocico marrón oscuro. Hijo de padres pura sangre, nadie comprendía el por qué de su aspecto ya que estaba supuesto ser de colores mixtos, blanco y chocolate, pero de chocolate solo la trompa. Decía el chino de la abarrotería del pueblo que era un mensaje de los dioses chinos, porque en ese año nacería un bicho diferente. Nadie le creyó hasta que nació el puerquito y precisamente en el año del puerco.

En el pueblito donde vivía, deambulaba por las calles y todos los moradores le ponían las sobras de sus comidas. Eran los tiempos en que nadie recogía la basura, el progreso no había llegado a esos lugares, de forma que él se convirtió en el recogedor oficial de los desperdicios que para él eran burundangas. Los gallinazos lo miraban con envidia ya que no dejaba para ellos nada de lo que le daban, al final, era un pueblito de sólo cien habitantes y los desperdicios solo daban para comer a un solo ser, a Burundanga.

De ser un puerquito chiquito, empezó a convertirse en un chanco enorme. Los más malvados de los habitantes se preguntaban cómo sería comerse a ese puerco albino asado a las brasas. Ya lo veían con las patas para arriba encima de los maderos y carbones ardientes, pero BURUNDANGA les tenía una sorpresa. Comenzó a adelgazar hasta quedar en huesos y pellejos, —A mí no me comen— reflexionó—, y aunque me muera de hambre estos malvados se quedarán con las ganas.

Una mañana el chivo del pueblo lo fue a visitar.

—Burundanga, ¡que flaco que estás! —exclamó—. Si sigues con esa dieta, te vas a morir de hambre. Ya hasta los gallinazos están preocupados porque no te comes las sobras y de tan flaco ya pareces transparente.

—Y ¿qué hago? —repostó—. Si ya veo en los ojos de los malvados que ya no soy tan apetecible como antes, de manera que tendré que seguir así para que no me coman.

Chivo se acarició la barba, Burundanga tenía toda la razón. Había que hacer algo, y se acordó que una delegación de turismo vendría al pueblo a hacer un reportaje sobre las hermosas playas que hacían famoso al pueblo. Raudo y veloz fue a buscar a Perro—Guau, un perro que tenía dones de pintor y alma de artista.

—Burundanga y yo necesitamos que nos ayudes —dijo Chivo—, ¡necesitamos que nos hagas un letrero!

Perro—Guau lo miró con benevolencia.

—Para eso estamos los amigos y los artistas, —dijo y armándose de un carbón que encontró tirado en la calle y una cartulina

vieja, Perro—Guau confeccionó un letrero que decía: “Se ofrece en adopción un hermoso chanchito, sólo hay que quererlo y no comérselo” y lo puso en la calle principal a la entrada del pueblo.

Cuando llegaron los reporteros, vieron a un chivo barbudo y un puerco flaco al lado del letrero, quienes los miraban con ojos de esperanza.

BURUNDANGA inició una canción de Ohink, Ohink y Chivo lo acompañó danzando a su lado. A la fiesta se sumaron los gallotes, quienes hacían vuelos rasantes y acrobacias sobre los árboles del parque del pueblo y donde los pericos, las guacamayas y los jilgueros improvisaron un coro con tiernos cánticos de cuna.

Ni los reporteros ni los habitantes del pueblo podían creer lo que veían y las cámaras de televisión grabaron toda la ceremonia que duró casi una hora. Esto sí era una primicia que haría furor en la tele audiencia, y así fue.

Cuando el reportaje fue visto por los televidentes, llovieron ofertas para adoptar o comprar a BURUNDANGA. Pero los moradores del pueblo hicieron una promesa: que jamás se comerían este hermoso bicho. De hecho, el alcalde lo nombró miembro distinguido del pueblo, al que ahora acudían miles de turistas no solo por sus playas sino para conocer a este personaje.

BURUNDANGA había dejado su dieta y a los tres meses se había convertido nuevamente en el puerquito gordo y hermoso de antes. Chivo siempre lo acompañaba y se dice que muchos años después, en los atardeceres de verano, todavía se escucha en la suave brisa que viene del mar recuerdos de dulces cánticos que hacen que nadie pueda jamás olvidar a BURUNDANGA.

Un pícaro ratoncito

Por: *Isabel M. Roldán*

Una mañana de invierno en que hacía mucho frío, un pícaro ratoncito buscando, buscando y buscando, un lugarcito en donde vivir, que estuviese protegido del frío y que no le dolieran sus huesitos, llegó frente a la casa de Cayito, se detuvo, la miró, y muy contento, decidió mudarse en ella. Pero como él era un ratoncito muy astuto, con mucha maña para que nadie lo viera, logró entrar sin que nadie lo detuviera. Y de seguido, se fue husmeando todos los rincones y un grato olor de comida, lo trajo hasta la cocina. Y el ratoncito sintió como las tripitas de su estómago vacío hacían ruido y como “para luego es tarde”, corrió la aventura de buscar de dónde provenía ese olor... el pobre tenía tanta hambre!

Su suerte fue tan buena porque la cocinera había dejado una bandeja servida de ricos macarrones con queso y ni que decir del atracón que se dio! Luego se escondió como él solo sabía hacerlo y cuando escuchó los gritos de la cocinera y los de la mamá de Cayito, se dijo “yo no sé nada, soy inocente” Y escondido se quedó el resto del día. Pasaron los días y ya la alacena de la cocina en donde se guarda la comida, del ratoncito quedaba saqueada y no había manera que el pícaro se fuera.



Y en una reunión familiar, como no había un Don gato, después de un gran alegato, una trampa decidieron comprar que sirviera al ratoncito atrapar.

La mamá de Cayito soñaba que algún día, el pícaro ratoncito en la trampa caería y por eso, muy esperanzada, un buen pedazo de pastel como cebo, en la trampa colocó.

Pero la buena señora, no contaba con la golosa de su hija Chavita, quien al ver el rico pastel, decidió que sería todo para ella y sin que nadie la viera, se fue sin más dilación a donde estaba la trampa con el pastel a meter su manita. ¡Ah, pero tan buena era la trampa que en vez de atrapar al pícaro ratoncito, atrapó de Chavita... ¡el dedito!

Y mientras Chavita gritaba y gritaba pidiendo auxilio, el ratoncito, orondo y ufano, el pedazo de pastel se llevaba. Pero en esos momentos, muy cerca pasaban, Cayito y su hermano Armandito quienes corrieron a ayudar a Chavita. Mientras Cayito consolaba a Chavita, Armandito, al ver al ratón llevarse el pastel como un indigno ladrón, lleno de valor, lo atrapó con sus manos y aunque éste los dientes le hincó, no lo soltó y lo tiró ...del rabito ...a la calle!

¡Viva Armandito! ¡Pobre Chavita! ¡Pobre dedito!

Un día de fiesta en el bosque

Por: *Isabel M. Roldán*



Cierto día, un pollito llegó al bosque... estaba perdido...no sabía como regresar a su casa y algo asustado, se arrimó a un árbol que estaba cerca de él y comenzó a llorar “pío, pío, pío” —mamita,

papito...¿en dónde están? —y seguía llorando y llorando “pío, pío, pío y de tanto llorar, ya se estaba formando un charquito de lágrimas.

El árbol que estaba a su lado, lo miró y le preguntó —¿Qué te sucede lindo pollito?

—Esta mañana salí de casa con mi mamá y hermanitos a buscar comida —contestó— la tierra estaba suave y podíamos escarbar buscando las lombricitas y otros bichitos. Y yo escarbando, me fui alejando y ahora no sé como llegué aquí, no sé como regresar y no sé quien pueda ayudarme — terminó de contar y empezó a llorar otra vez.

—¡Oh no, no! No estás solo — le replica el árbol y le pregunta—¿Ves mi tronco amarrado con unos bejucos?

—Sí, pero que son bejucos y por qué te amarraron? —pregunto algo curioso el pollito. El árbol, con mucha paciencia y tratando de tranquilizarlo, le explica.

—Hace mucho tiempo atrás, mi tronco estaba delgado y no muy fuerte como ahora y un día hubo una gran tormenta, aguacero y vientos tan fuertes soplaron que mi tronco no resistió y se quebró. Creí que nunca más me iría a levantar y ¿Sabes qué? Después de la tormenta, llegaron muchos pajaritos y cuando me vieron mal, me consolaron y me dijeron que ellos me querían mucho, ya que yo les servía de abrigo y en donde ellos podían construir sus nidos, por lo que irían a buscar ayuda. Y se fueron volando a buscarla. —Y estaba en esa espera, cuando llegaron muchos animalitos del bosque. Y todos comenzaron ayudarme. Mientras el elefante, con su trompa enderezaba mi tronco, los monitos lo sujetaron con una vara larga y fuerte amarrándolo con unos bejucos como si fuera un vendaje. Los bejucos son plantas de tallos largos y delgados que sirven para atar o amarrar muchas cosas, en este caso, mi tronco. Y no me preguntes qué es un vendaje, por favor! —le advierte al pollito y continuó —Y así me salvaron. Quédate tranquilo, junto a mí, que los voy a llamar para que nos ayuden a encontrar a tu familia. ¿Cómo te llamas? —le preguntó y el pollito respondió —Me llamo Pito.

Y el árbol comenzó a mover sus ramas con sus hojas ... sssshhh...ssshhh... que decían “ayuda, auxilio, ayuda, amigos, el

pollito Pito está perdido, busquen a su familia” Y continuaba moviendo todas sus hojas . . . sssshhh. . . sssshhh, como un susurro, porque así es como hablan los árboles.

Los pajaritos que siempre están volando entre los árboles, fueron los primeros en enterarse y dijeron —¡iremos por todo el bosque pidiendo ayuda ¡Y entre trinos y silbidos llamaban a cuantos veían cantándoles lo del pollito Pito.

Y estaban volando sobre un río, cuando uno de los pajaritos vió a la señora tortuga descansando sobre la hierba y bajó hasta donde ella estaba. Luego de saludarla, le contó lo del pollito pidiéndole su ayuda a lo que la tortuga respondió con un ¡Cómo no! Y dijo recordar el día que se cayó de una roca quedando “patas arriba” y no podía levantarse y que fueron ellos quienes la ayudaron, avisando a los demás.

Y la tortuga emprende el camino lenta pero segura y aunque ella sentía que su pancita le ardía porque la tierra estaba recalentada por el sol, no se desanimó. Más le preocupaba encontrar a la familia del pollito Pito. Y caminando, caminando, según ella, a toda velocidad, encontró a un sapito que estaba durmiendo debajo de un hongo o como también se le conoce como “paragueta de sapo”. Lo despertó y pidiéndole disculpas, lo enteró de la búsqueda de la familia del pollito Pito. Y por supuesto que él también se puso a la orden y saliendo de su refugio contra el sol, comenzó su búsqueda saltando entre hierbas y charcos. La piel del sapo es gruesa y el calor del sol lo debilita, pero éste amigo, tampoco lo detenía esta molestia, sólo quería poder ayudar a otro. Y así siguió, salta que salta, cuando se encontró con un conejo que estaba comiendo una zanahoria, la cual debía estar muy rica ya que cerraba los ojitos del puro gusto.

Después de saludarlo, el sapito en un suspiro lo entera de la famosa búsqueda. El conejo, presto, dió un gran salto y otro, feliz de poder ayudar. Pero en uno de esos grandes saltos, casi aplasta a un ciempiés que descansaba entre la hierba y que tenía a su lado unas muletitas de madera.

—¡Oiga amigo, casi me mata, fíjese por donde anda!—le dijo al ciempiés muy asustado. El conejo le pidió perdón y le contó por

qué estaba corriendo y saltando. Éste le perdonó al enterarse de la razón.

—Hace un largo tiempo atrás que tuve un accidente con una vaca perdí dos de mis patitas, pero mis amigos del bosque, me hicieron estas muletitas y ahora ya puedo andar muy bien. Así que yo también ayudaré —dijo. Y muy afanoso, arregló sus muletitas y emprendió el camino. Rato después encontró a unas flores de colores brillantes y hermosas, a las cuales les contó la historia del pollito. Ellos prometieron avisar a las mariposas y a las abejitas también.

Y fue así como todos los animalitos, árboles, plantas y flores del bosque, cada uno hizo su esfuerzo según podían, todos con el deseo de ayudar a Pito, el pollito.

Hasta que al fin, encontraron al gallo don Coqui, papá de Pito, que estaba trabajando en la Corte Real. Pues ni que decir la alegría de todos y Don Coqui para celebrar, decidió hacer una gran fiesta, en honor de ellos.

En esta ocasión, los pajaritos se encargaron de anunciar la invitación a la fiesta, la cual se celebró de noche, en el bosque.

Cientos de luciérnagas y cocuyos, acudieron para iluminarla con sus lucecitas, volando alrededor de los invitados. Las ranitas cantaban “túngara, túngara, túngara”, mientras los sapos coreaban “croac, croac”. Los grillitos llevaban el compás musical con su “criii, criii”

Todos bailaban y saltaban, como Tita la linda patita con sus hijitos que cantaban “cuac, cuac”. Ruperta, una graciosa cerdita y sus hermanitos, también cantaban “hoink, hoink... ¡Había que oír ese concierto! El Buho, de vez en cuando, se atrevía a cantar un “uho, uho”

Las mariposas con sus alas de vistosos colores, volando en círculos, alegres, parecían banderines de fiestas. Y de pronto...llegó un gracioso loro, que nunca se perdía una fiesta porque siempre lo invitaban debido a que cantaba alegres canciones, tonadas o rondas, ideadas por él. Saltó en medio de todos y dijo —A cantar y a bailar una ronda, vamos, vamos todos, yo canto y ustedes cantan el coro y comenzó.



*La Luna no sale, que oscuro está el cielo
¿En dónde estará el farolero
que las estrellas no enciende?
¿Y quien sale en noche sin luces?*

Y los demás cantaban a coro, contestando la ronda.

*Sin duda la Bruja malosa
El Duende silente
Y el Buho sapiente!*

Y continuaron cantando y bailando hasta que terminó la fiesta. Pero no la amistad entre ellos. Siempre se siguen ayudando unos a otros y de vez en cuando, celebran sus fiestecitas. Es entonces cuando podemos ver, admirar, en los jardines, campos, bosques y montañas, las lucecitas de las luciérnagas y cocuyos, tililando como las estrellas, durante las noches.

¿Y qué fue de Pito? Bueno, del susto que se llevó al verse perdido en el bosque, prometió no alejarse nunca más de su casa y ahora ayuda a su mamita a cuidar a sus hermanitos para que a éstos no les suceda algo igual.

El gol de Juanito

Por: *Ben Dario Saavedra Rodríguez*



Juanito era un niño que había nacido y crecido con dos problemas de discapacidad; primero, tenía su brazo izquierdo más corto y en su mano los dedos no se desarrollaron del todo; y segundo, sufría de cierto grado de sordera por lo que se le tenía que hablar más fuerte que a los demás niños.

Aun así, pertenecía al equipo de fútbol de su escuelita y a pesar de que nunca lo metían a jugar, Juanito no faltaba a los entrenamientos y mucho menos, a los juegos. Ya se habían celebrado casi todas las

fechas de los partidos y sólo faltaba una para el Campeonato Inter escolar, que jugarían las dos escuelitas que mejor puntaje tuvieran. La escuelita de Juanito mantenía un buen puntaje, ya que sólo habían perdido un juego por la ausencia de su más grande goleador, el niño Roger; la otra escuelita parecía ser aún mejor, debido a que durante la ronda regular no perdió un solo juego.

Llegó, al fin, el día del famoso campeonato y todos los niños en el campo, hacían su mejor esfuerzo para que su equipo ganara. En el segundo tiempo, la escuela de Juanito perdía dos goles a uno y al minuto cuarenta, empató el marcador. Después de celebrar el gol y continuar con el juego, Roger dio una mala pisada y se torció el tobillo; el director del equipo se vio en la obligación de sacarlo.

Como no había más jugadores, miró a Juanito y con una sonrisa le dijo: ¡Al campo campeón! Juanito no se hizo mandar dos veces y corrió para aprovechar una jugada de tiro de esquina. Para su fortuna, cuando su compañero de equipo dio la patada, el balón se dirigió hacia él, cosa que no desaprovechó y con un fuerte cabezazo mandó el balón hasta las redes de la portería contraria; todos celebraban el gol y a los pocos minutos terminó el partido, ganando el campeonato, la escuela de Juanito, gracias a su gol.

Los niños de ambas escuelas lo felicitaron por su logro y al final Roger le dijo: perdóname porque dudé de ti debido a tu discapacidad y Juanito, como respuesta, le dio una gran sonrisa y un fuerte abrazo.

El niño fuerte

Por: *Ben Dario Saavedra Rodríguez*

Había una vez un niño al que le decían “Fuerte”, aunque su verdadero nombre era Carlos. Le decían fuerte porque era el que en su salón de clases se encargaba de ayudar a la maestra cuando necesitaba colgar o mover algún objeto, ya fuera una silla, una de las pequeñas mesas o cualquier otra cosa que la maestra considerara que Fuerte pudiera cargar.

Fuerte también era obediente y respetuoso, gracias a la educación que recibía en casa y en la escuela. Su atención hacía que tanto niños como adultos se admiraran; siempre estaba dispuesto a abrirle la puerta a una niña, maestra o también niños y maestros. A pesar de que cursaba el primer grado, Fuerte era conocido en toda la escuela.

Cierta día, un niño del tercer grado, que salió corriendo al escuchar sonar el timbre del recreo, se cayó y fue tan dura la caída que no podía levantarse. Casi todos los que se encontraban cerca se echaron a reír. Por el contrario, Fuerte se apresuró a ayudarlo y después que lo levantó le dijo que tratara de no correr porque hacerlo en los pasillos era muy peligroso; el niño le dio las gracias y luego se fue caminando.

En el salón y fuera de éste, a cada rato Fuerte causaba asombro a los demás, por la facilidad que tenía para levantar algo pesado. Todos los días un grupo de niños se reunían para hacerle la misma pregunta una y otra vez, ¿Por qué tienes tanta fuerza?, era la pregunta diaria de los niños, a lo que él les



respondía siempre de la misma forma: hago algo todos los días para mantenerme sano y fuerte, ¿Y qué es? Preguntaron los niños casi en coro. A lo que él como respuesta les dijo: me como todos los alimentos que mamá prepara.

Desde aquel día, muchos niños iniciaron por comerse todo lo que sus madres le servían, sin dejar nada en sus platos, con la idea de poder llegar a tener la misma facilidad de Fuerte, para levantar objetos pesados.

De esta forma, Fuerte se sintió feliz, ya que gracias a él, los demás niños se comían todos sus alimentos y las madres estaban felices por esto.

Los acertijos del Morro

Por: *Mitzy Sandoval*



Después de haber recorrido gran parte de los almacenes del área, Ernesto y Camilo, deciden llegar hasta la tienda, situada al final del callejón, por donde siempre cruzan para ir a la escuela. Ellos nunca han entrado allí, aunque, sí les llama la atención el nombre del local: “Los acertijos del Morro”. Esa tienda parece misteriosa — le dice Ernesto a Camilo, empujando con sigilo la puerta de entrada, haciendo sonar las campanillas que cuelgan.

Los muchachos, admirados, recorren con la vista todo el local que luce pequeño, pero con gran variedad de objetos dignos de un museo, ya que la mayoría son obras de arte. Curiosos, se acercan para observar mejor las figuras humanas talladas en madera oscura, cabezas de bronce, máscaras que parecen reír, y otras que miran fijamente. Camilo se adelanta para observar mejor lo que exponen. — ¡Hey Ernesto, mira esto! — le dice Camilo bajando la voz, y le

muestra unos soldaditos de plomo en perfecta formación. Igual le muestra el caballo de madera algo descascarillado. Ernesto observa la bicicleta que cuelga. —¡Qué bicicleta tan rara! — dice —tiene una rueda súper grande y la otra chiquitita. No sé quién montará eso — y ambos se miran a los ojos apretando la boca para no soltar la risa.

Y los dos amigos siguen escudriñándolo todo, despacio, asombrándose de las cosas raras que ven, como son las muñecas de porcelana vestidas con ropa de hace por lo menos dos siglos, desteñidas por el tiempo, también cajas de música e instrumentos musicales, y otras cosas más. A todo esto, nadie aparece para atenderlos.

Al fin, después de largo rato, se mueven las cortinas floreadas que cubren la entrada a la habitación del fondo, y aparece un anciano con barba, medio calvo, y con ropón largo de árabe trasnochado, arrastrando unas chancletas amarillas.

—Muchachos— les dice — ¿Qué buscan?

Ellos lo miran y... —Queremos papel de seda y virulí para hacer cometas — le responde Camilo.

Y el anciano, con sonrisa socarrona les pregunta:

—Quieren papel de colores, ¿verdad?

—Sí señor — le contestan.

Camilo le dice que habían estado toda la mañana buscando papel de seda sin conseguir nada. Querían participar en un festival de cometas.

Ayuda, les prometió el anciano vendedor, pero con la condición de que antes tendrían que resolver unos acertijos, pues sólo así, el dueño de la tienda dejaría que les vendiera los papeles. Los muchachos, esperanzados, aceptaron el reto sin pensarlo mucho, pues confiaban poder resolverlo. —¡Qué bien! — les dijo el anciano y vuelve a desaparecer, tras las cortinas floreadas, arrastrando las chancletas amarillas. Un momento después, regresa trayendo con él, papel y lápiz.

—Solamente son cuatro acertijos los que tienen que resolver.
—les dice.— Las respuestas deben ser en relación con los colores.
Ahora, escriban lo que les dicto:

1. De cielo y sol se visten los campos esmeraldinos. ¿Qué soy?
2. Visto al mar de cielo y llevo espuma de paloma. ¿Qué soy?
3. Soy brillante, soy calor, soy espiga de sol. ¿Qué soy?
4. Mi rubor es grande, soy granada pura de España. ¿Qué soy?

— Sólo les doy tres minutos para resolverlos, empezando desde, ¡YA! — dijo el viejo y se retira.

Ernesto y Camilo empiezan a analizar los acertijos mirando el reloj con gran nerviosismo. De cielo y sol... —decía uno — Visto al mar de... —decía el otro. Camilo se acordó de las clases de arte en la escuela, especialmente cuando tienen que sacar los colores secundarios. Al menos, dos acertijos tratan de eso — pensó — Hay dos que son fáciles de sacar, — comenta Ernesto.

Y antes del tiempo señalado ellos acabaron, pues, entre los dos lo resolvieron. A los tres minutos, el viejo vendedor regresó recibiendo de manos de Ernesto los acertijos resueltos.

—¡Hum!, me parece que lo han hecho bastante rápido — dijo el viejo mirando las respuestas en el papel — y parece que han acertado en todo. El primero es verde, el segundo es celeste, el tercero es amarillo y el cuarto es rojo. Correcto — terminó de decir. Los muchachos, muy ufanos, sonríen. El vejete abre una gaveta de la vitrina y extrae unos papeles de seda que tiene enrollados.

— Bueno niños — les dice — aquí tienen los papeles de seda. Al verlos, Camilo y Ernesto dicen al mismo tiempo: — No señor, no queremos papeles blancos, los queremos de colores. El viejo barbudo sonríe con malicia, y les dice: — Lo siento, sólo hay papel blanco, pero no se preocupen, yo los voy a ayudar, se los prometí y una promesa es deuda. Desilusionados, con ganas de irse, los muchachos esperan impacientes.

El viejo árabe, saca una caja de lápices de cera de colores de una gaveta y dice:

— Por haber terminado correctamente los acertijos con buen tiempo, les obsequio esta caja de colores.— Los muchachos la reciben con desgano, sintiendo que con ella no resuelven el problema. Ahora, sin esos papeles, no podrán hacer las cometas deseadas.

Al verles las caras largas de decepción, el anciano les dice:

—Antes de que se vayan, observen lo que hago:

Sacó un pedazo de cartón corrugado de otra gaveta y colocándolo encima del mostrador, puso uno de los pliegos del papel de seda encima del cartón, y con los lápices de cera empezó a rallar y a rellenar, dándole color al papel con mucha energía, reproduciendo las figuras que el cartón, por sus relieves, le proyectaba.

Camilo y Ernesto no pierden detalle. Terminado el trabajo, el anciano les muestra la hoja de papel coloreada con figuras sugeridas por el cartón. Los muchachos se impresionan, pues, la hoja es, sencillamente, hermosa.

Y la ilusión vuelve, y es mayor el entusiasmo, pues compran las hojas blancas de papel de seda, el virulí y el pegamento, llevándose la caja de lápices de cera. Y felices, se dirigen a la puerta de salida, haciendo comentarios entre ellos, hablando atropelladamente sobre lo bien que les van a quedar las cometas, — serán pifiosas— dice Ernesto — serán diferentes, llamarán la atención de todos,... — dice Camilo. Mientras, detrás del mostrador, el viejo árabe de las chancletas amarillas, los observa y sonríe para sí, ya que no puede dejar de sentirse, más que satisfecho.

Jack, el limpiabotas y la estrella de mar

Por: *Marta Aurelia Jiménez de Stanziola*

Jack tenía solo nueve años, pero eso no le impedía trabajar de limpiabotas cuando terminaba las clases en la escuela primaria.

Vivía en Colón con sus padres que eran muy pobres por lo que Jack no tenía muchas oportunidades de divertirse y por eso, su recorrido favorito era la Avenida Séptima con sus comercios y oficinas; además, a través de los meses había logrado una pequeña pero fiel clientela que lo prefería por su seriedad y responsabilidad, ya que siempre tenía una frase amable para todo el mundo.

Al terminar sus labores regresaba a casa por el malecón porque le gustaba ver el rompeolas y jugar en la arena con las conchitas.

En uno de esos días encontró tirada una gran estrella de mar y al acercarse curioso, cual no sería su sorpresa cuando ésta le habló. Ella le pidió con una voz muy triste que la devolviera al mar. Le contó que había caído en las redes de un pescador y éste al llegar a la playa la tiró en la arena.

Jack se compadeció de ella y con mucho cuidado buscó una gran hoja de palma y la colocó en el centro, luego fue despacio hasta la orilla y la depositó entre las olas, éstas la devolvieron con mucho cuidado y ella después de darle las gracias se fue sumergiendo.

El limpiabotas volvía todos los días con la esperanza de encontrar a la estrella, pero fue inútil.

Llegó el invierno y con él los aguaceros y Jack dejó de pasar por el malecón. Al irse las lluvias y entrar el verano, el niño regresó al malecón con la esperanza de volver a ver a la estrella.

Una tarde, se alegró al ver que las olas depositaban en la orilla a la estrella de mar y ésta lo saludó. Jack corrió hacia ella y le contó

que la había buscado por mucho tiempo sin encontrarla. Ella le contó que su padre, el rey del océano, la había llevado a pasear por mares lejanos.

De allí en adelante, el limpiabotas pasaba todos los días por el malecón y la estrella lo esperaba en la orilla. Ella le contaba como era la vida en el fondo del mar y él le contaba de su escuela y de la gente que conocía limpiando zapatos.

Él la llamaba Estrellita y ella Jack, mi salvador.

Ya casi se terminaba el verano cuando una tarde encontró a Estrellita muy triste porque la querían casar con el hijo del gran Pulpo, pero ella estaba enamorada de un gran Caracol Rosado que conoció en los lejanos mares y no tenía cómo avisarle lo que estaba pasando. Jack al verla tan triste le prometió que la ayudaría. Al oírlo, ella se alegró mucho y le explicó que para poder viajar por el fondo del mar tendría que reducir su tamaño con unas algas especiales, y además usar un anillo hecho de una concha hueca. Ambas cosas se las facilitó la estrella.

Al comerse las algas, Jack se achicó y además se dio cuenta que podía nadar tan rápido como un pez. Se despidió de Estrellita y comenzó su viaje.

No había ido tan lejos cuando una gran ostra lo atrapó, encerrándolo dentro de su concha, pero él comenzó a hacerle cosquillas y al reírse la ostra abrió la boca y el niño pudo escapar fácilmente.

Pero allí no terminaban los problemas de Jack. Una enorme langosta se le abalanzó para comérselo, pero él logró esconderse entre unos corales. Más adelante se hizo amigo de una tortuga que se ofreció a llevarlo, pero era muy lenta y él llevaba prisa.

Pronto llegó a un lugar de aguas muy frías. Sentía que se iba a congelar, cuando un hermoso delfín se le acercó y le preguntó qué le pasaba, al decirle Jack que tenía mucho frío y que casi no podía nadar, el delfín le dijo que se metiera en su boca que estaba caliente y él lo sacaría de allí. El hermoso pez lo dejó en aguas tibias y tranquilas y se despidió del niño. Jack siguió nadando, pero pronto se dio cuenta

que una corriente lo había empujando hasta unas esteras donde una enorme grulla lo atrapó y al ver que era algo raro decidió no comérselo, sino llevarlo donde sus amigas. Al llegar con Jack, las encontró alborotadas porque habían recibido una invitación al baile de gala de los flamencos y nadie tenía zapatos limpios para asistir. Al oír eso, Jack les propuso que si él les limpiaba los zapatos, ellas lo ayudarían a salir de allí. Las grullas aceptaron encantadas y él, que era un experto limpiabotas, les dejó los zapatos relucientes. Eso sí, tuvo que trabajar muy duro, pues estaban llenos de hierbas y lodo. Antes de irse para el baile, una de las grullas lo cogió en el pico y lo depositó en la desembocadura del río por lo que el niño pudo llegar al mar y continuar su viaje.

Al pasar por los restos de un naufragio, conoció a unos caballitos de mar, que vivían en el gran buque hundido y uno de ellos se ofreció a llevarlo hasta la lejana playa donde se encontraba el gran caracol.

El caballito lo dejó cerca de la orilla, y allí unas amistosas olas lo empujaron a la arena. Mientras buscaba al caracol, fue perseguido por un cangrejo rojo, que no pudo alcanzarlo, pero que lo dejó muy cansado. Estaba a punto de echarse en la arena, cuando divisó al gran Caracol Rosado y pudo darle la noticia de Estrellita. El habló inmediatamente con las olas y éstas los envolvieron y rápidamente los llevaron junto a Estrella.

La Estrella y el Caracol Rosado se presentaron ante el Rey del Océano que, les dio su consentimiento para la boda.

La fiesta fue fabulosa y Jack fue felicitado por todos. Todos los peces, conchas, pulpos, delfines, tortugas, cangrejos, en fin, todos los habitantes del mar se encontraban presentes. Después de la boda, los novios se fueron a un lugar lejano y Jack se encontró en su playa y de su tamaño normal, y en ese momento fue que perdió el anillo.

Desde ese día, Jack recorre la playa para ver si las olas han encontrado el anillo, pues le gustaría volver al fondo del mar y tener nuevas aventuras; es su secreto, pues piensa que si cuenta sus aventuras en el mar, nadie va a creerle.

Reto de Lunáticos

Por: *Francisca de Sousa*

— Mira Fredy — llamó curiosa Cuqui —, ¿qué será eso que viene caminando por el sendero?

— No se — contestó el primero — es extraño, parece una persona, pero se ve muy raro.

Iban a salir huyendo, pero de pronto, algo los paralizó y aunque no le veían boca al sujeto que ahora estaba frente a ellos, sentían como una voz que les resonaba en el cerebro.

— ¡No huyan! — pidió la voz — soy un habitante del lado oscuro de la luna.

— ¡Caramba! — se asustó Cuqui —, ¡vámonos!

— ¡No, no por favor! — rogó el hombrecillo — o lo que parecía serlo — necesitó su ayuda — no teman, no les haré daño.

— ¿Cómo podemos oírte hablar, si no tienes boca? — se admiró Fredy.

— Ustedes me escuchan por telepatía, yo les transmito mi pensamiento y ustedes reciben el mensaje como si me escucharan.

— Y, ¿cómo nos escuchas, si no te vemos oídos? — observó Cuqui.

— ¡Niños y niñas lunáticos, vaya!

— ¿Telepatía? — preguntó Fredy.

— Sí, — contestó — el “hombrecillo” — no hace falta que hablen, con que piensen lo que me quieren transmitir y los escucho.

— Vaya, vaya, ¡qué espacial! — se regocijó — Fredy — ¡me gusta! ¡será un ejercicio mental!



Ilustrador: Gustavo González

— Me llamo Zal — se identificó el hombrecillo—, en la nave quedaron Zelén, Zolo y Zeta, mi hermanita, somos niños y niñas como ustedes.

— ¡Ay, mi abuela! — exclamó Fredy — son muchos, mejor vamos a avisar a los muchachos.

Iban a salir corriendo, pero de nuevo, algo los detuvo y oyeron la “voz mental”.

— ¡No se vayan! Queremos jugar con ustedes, ¡es un juego espacial!

— Pero no vemos ninguna nave — se extrañó Cuqui, mirando a todos lados. — Aquí está! — mostró Zal — los niños y niñas se volvieron y efectivamente vieron un artefacto en forma de hogo, con colores, rojo, verde y azul, con luces ultra violeta, suspendida en el aire y observaban que la arena del suelo, se movía como un remolino.

— ¿Cómo es que nadie viene acá a ver la nave? — preguntó Fredy — no estamos tan apartados de la gente y además, es grande, se observa perfectamente sobre la playa.

— Los demás no están conectados mentalmente con nosotros y por eso no la ven — contestó Zelén.

— ¡Wa! ¡Qué espacial! — se admiró Fredy — ¡me gusta!

— ¿Se animan a jugar? — se alegró el de la luna — si es así, llamaré a mis amigos y hermanita.

— ¡Bien! — asintió Fredy — si hay que imaginarse cosas, yo soy campeón en eso.

— Cuquí y Fredy — éstos son Zelén, Zolo y Zeta mi hermanita.

— ¡Niños y niñas lunáticos!, ¡yaya! — se admiró Cuqui.

— ¡Qué lunáticos ni que nada! — se enojó Zolo — lunáticos con los terrícolas.

— Habrase visto, un niño sin oídos y sin boca que pretende juzgarnos.

— ¿Ustedes son tan raros? — les explicó Zeta — están muy felices y en un instante se enojan, además, ¡son muy agresivos!

— Entonces, si no son lunáticos, ¿qué son? — preguntó Fredy.

— ¡Somos selenitas! — contestó alegremente Zelén.

— ¡Qué espacial! ¡me gusta! — rió Fredy.

— Ja, ja, ja! — rieron todos juntos.

— Oye, Zal, ¿y por qué con tantos viajes que se han hecho a la luna incluso a la parte oscura no los han visto?

— Por eso, porque está oscuro — rió Zolo — además, agregó, ellos tienen que percibir nuestra mente y si nosotros no lo hacemos, no nos ven.

— ¿No pueden enseñar cómo desaparecer mentalmente? — se entusiasmó Fredy.

— Claro que sí, afirmó Zolo, les enseñaremos jugando, sólo se requiere concentración.

— Empecemos — se impacientó Zal.

— Pero tú primero dijiste que necesitaban ayuda recordó Cuqui, ¿para qué era?

— La ayuda es ésta, — jugando con ustedes, nos damos cuenta cómo son.

— ¿Y para qué quieren saber cómo somos? Preguntó Cuqui.

— Para saber si son inteligentes o no — dijo Zeta.

— ¡Habrás visto!, un niño sin oídos y sin boca, que pretende juzgar nuestra inteligencia — se burló — Fredy.

— No los necesitamos para nada, ustedes hablan demasiado y gritan mucho, — ¿qué edad tienes? — le preguntó Zeta a Fredy.

— Nueve — contestó éste.

— Yo también tengo nueve y manejo la nave espacial — presumió el selenita.

— Dime, ¿se divierten ustedes como nosotros? — quiso saber Cuqui.

— ¿Haciendo castillitos de arena y jugando a la pelota? ¡Fuchi no! ¡qué atrasados!

— Nosotros somos niños normales y nos gusta serlo — afirmó Fredy.

— Juguemos, apúrate Zal, que no queda mucho tiempo — apresuró Zeta.

— Si saben tanto ¿por qué no juegan ajedrez con nosotros? — invitó Fredy.

— Hum... m... veremos, creo que si podemos leer las jugadas en su mente, les ganaremos fácilmente — pensó Zal.

— ¡Eso es si las pueden leer! ¡veremos quién gana! — retó Cuqui.

¡Nosotros por supuesto! — afirmó — Zelén. Se inició el juego entre Fredy y Zal.

No se oía ni un ruido, casi podrían oírse los “ruidos cerebrales” de los contrincantes.

Fredy movió la torre — te toca a ti — le dijo a Zal.

— Tú me haces trampa, no puedo leer tu mente y no sé qué ficha mover — se quejó Zal.

¿Tú eres tan inteligente? — demuéstralo volvió a retar Fedy.

— ¡Dale, dale! — corearon los selenitas — ¡gánale ya, Zal!

— Fredy movió la torre, el selenita movió el alfil, Fredy movió la reina y se comió el alfil.

— ¡Oye! ¿qué es esto? Gritó el selenita.

— Es el juego, — contestó Fredy — sigamos.

Ahora Fredy movió sucesivamente el caballo, las torres y Zal movía sus peones, sus torres, su otro alfil, el caballo y por último... .

¡Jaque Mate! — gritó alegremente Fredy — ¡te gané!.

El selenita se puso rojo y los ojos le echaban chispas, los otros se pusieron casi morados.

— ¡Ja, ja!, ¿quiénes son los “lunáticos agresivos”? — rió Cuqui.

Trampa fue trampa — repitió Zelén.

— ¿Trampa? ¿a alguien tan inteligente? — se burló Fredy.

— Ahora jugaremos un juego de nosotros — propusieron los selenitas.

— Bien — aceptaron — Fredy y Cuqui.

— Siéntate alrededor con las manos juntos como si rezaran, ahora ustedes piensen, nosotros adivinamos, y ustedes tratarán de hacer lo mismo.

— ¡Qué especial! ¡me gusta! — aceptó Fredy.

— Empecemos — urgió Zeta.

— ¡Fredy! Tú te estás acordando que dieron un aviso, sobre una lluvia de meteoritos, justo en el área que está nuestra nave! — Se asustó Zal.

— Y tú, estás pensando, qué deben correr antes que les rompan su nave y se tengan que quedar aquí — sentenció Fredy.

— No puedes adivinar mi pensamiento, ustedes son inferiores — se indignó Zolo.

— ¡Ahora piensas que esos meteoritos nos pueden hacer papilla y formar cráteres aquí, como los de la luna! — se aterró Zeta.

— ¡Huyamos! Corran a la nave — llamó Zal a sus compañeros y ya no los vieron más.

— Ja, ja, ja, ¡Qué espacial! Rió a carcajadas Fredy.

— ¡Qué hicistes? Preguntó Cuqui — ¿cómo pudiste ganarle? Y ¿qué es eso de la lluvia de meteoritos?

— Primero — contó Fredy — yo pensaba las jugadas, haciéndolo pensar a él, que ganaría con ellas y yo me hacía el asustado — entonces, yo — prosiguió Fredy — como ya sabía lo que iba a hacer, me fue fácil acabar con él.

— Ja, ja, ja, ¡qué listo eres! Fredy.

— Lo otro, se me ocurrió para hacerlos irse, yo sabía que se aterrorizarían.

Ellos viven bajo la superficie lunar, debido al temor, por los meteoritos que formaron los cráteres.

— Ahora, soy yo la que digo ¡qué espacial! — gritó alegremente Cuqui.

— Demostramos, que en realidad somos más inteligentes y menos lunáticos.

Ja, ja, ja, rieron Cuqui y Fredy felices.

Mi planeta verde azul

Por: *Francisca de Sousa*

La nave espacial descendió suavemente sobre el césped del montículo y de ella salieron dos figuras verde azuladas de un aspecto nada agradable y nada temibles, que en lo único que se diferenciaban de un hombre común, era el color de su piel y el de sus ojos. Unos ojos anaranjados con una rayita negra, brillantes como los de un gato, muy rasgados pero grandes, en los que aun teniendo un mirar aguda, se notaba en los de uno de ellos, una gran tristeza, los del otro se veían esperanzados y hasta dulces, al mirar aquel niño que se oprimía contra la hierba más alta, tratando de no ser visto y apretando entre sus brazos un perrito blanco con manchas negras que aullaba asustado.

La criatura de la mirada triste se acercó al niño y éste comenzó a gemir atemorizado.

— No me lleven — se lamentaba — no me hagan daño por favor, y no diré que los he visto.

— No vamos a hacerte daño — le dijo — ¿Cómo te llamas?

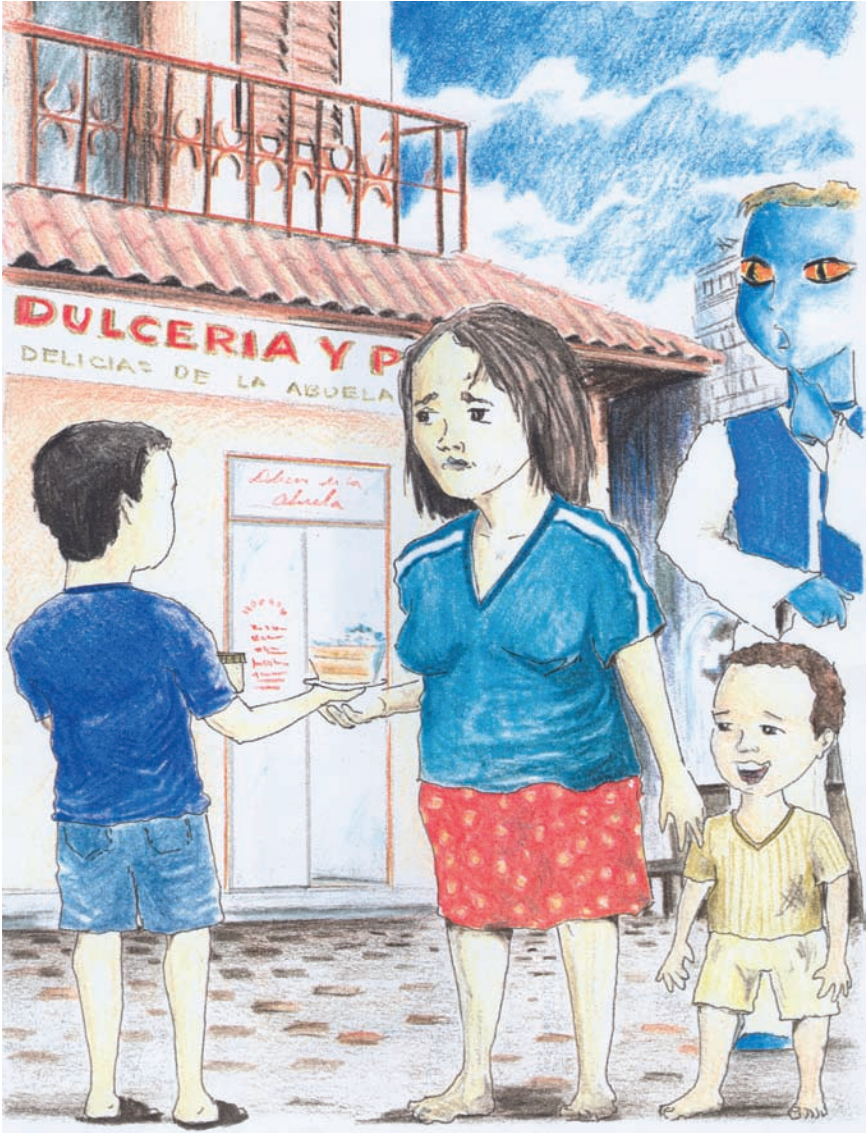
— Ángel — le respondió el niño — y mi perrito “tigre”.

La criatura sonrió para sorpresa del niño y humorísticamente comentó — “¿tigre?”, pero si no tiene ni siquiera su color y su figura no es la de un perro fiero.

Es que le puse “tigre” — repuso Ángel — para que la gente se asuste con su nombre ya que su tamaño no infunde temor.

Los dos hombres verde — azul rieron francamente ante la ocurrencia de Ángel, que no dejaba de mirarlos asustados, pero con la inocencia innata de los niños, la risa de ellos, le iba dando cierta confianza.

— ¿Quiénes son ustedes?— preguntó Ángel.



Ilustrador: Gustavo González

—Venimos de una de esas estrellas que ves en las noches brillar
— respondió uno de ellos — la nuestra se llama Serena.

— ¿Serena? — preguntó Ángel.

— Sí — contestó uno de los hombres — allá todos somos de color verde — azul y los alrededores son cascadas de aguas azulosas

y montes verdes, las noches son azules y serenas y los días verdes brillantes. ¿Te gustaría conocerla?

Ángel iba a salir corriendo, pero los dos seres le cerraron el paso.

— Mira, — le dijo el de la mirada triste — mi nombre es Yaro y él es Zaro. Estamos e tu mundo, porque hicimos una apuesta sobre los niños y niñas de este planeta y queremos ver si tú eres igual a los que hemos visto; yo estoy muy triste porque estoy ganándole a Zaro. Pero él todavía tiene esperanza de ganar.

— ¿En qué consiste la apuesta? — preguntó Ángel — ¿comen ustedes niños y perritos?

— ¡No! — exclamó Zaro — ¡No se trata de eso!

— ¿Qué es lo que más desearías Ángel? — preguntó Yaro — ¿si alguien te dijera que puedes tener todo lo que desearías con solo pedirlo?

— A Ángel se le agrandaron los ojos y contestó — una casa con un jardín grande, donde pueda correr “tigre”.

— ¿Te atreverías a dar un paseo con nosotros en nuestra nave? Te prometo — dijo Zaro — que no te haremos daño y te traeremos de vuelta en poco tiempo.

— Todavía Ángel atemorizado dijo — si mi mamá me llama y no estoy se asustará mucho.

— No tardaremos, te traeremos en media hora, — prometió Yaro.

La curiosidad y el deseo de ver la nave por dentro fueron más fuertes que el miedo y Ángel accedió.

Abordaron la nave que dejó maravillado a Ángel. Esta se parecía mucho a las de “Viaje a las Estrellas” y “Guerra de las Galaxias”, que él había visto en el cine.

Venimos de una de esas estrellas que ves brillar de noche. “La nuestra se llama Serena”.

Te vamos a llevar para que veas algunas cosas y tú decidas cuáles quieres.

— Lo llevaron al centro de la Avenida Central y parecía que nadie de los que estaba a su alrededor los veía, en un almacén de ropas le dijeron a Ángel que cogiera el vestido que más le gustara de los que ahí veía. El niño estaba jubiloso y escogió uno que hace tiempo deseaba, un pantalón jardinero de diablo fuerte y una camiseta con una calcomanía de un carro. Salieron contentos del almacén y solo un niño triste de ropas rotas pareció notar su presencia.

— Oye, amiguito — le dijo a Ángel — Mira, mi pantalón está roto, me muero de frío y no tengo camisa. ¿No me das algo para ponerme?

Ángel se miró a sí mismo y luego miró al niño, apretó mucho, mucho contra su pecho la ropa que acababan de regalarle pero inmediatamente la tendió a quien pedía ayuda — Toma, tú la necesitas más que yo — concedió Ángel.

— ¿Cómo? — preguntó Zaro — ¿Regalas algo que deseabas tanto?

— Sí — dijo Ángel — él es más pobre que yo.

— Pero ante la mirada atónita de Zaro, Ángel le dio la ropa.

— Será, como tú quieras, vamos.

La próxima parada, fue en una heladería y dulcería

— ¿Qué quieres? — preguntó Yaro a Ángel.

— Un helado grande, grande, con un pedazo de pastel — respondió éste.

Hace mucho, que mi mamá no tiene dinero ni para comprarme un barquillo.

— ¡Sea! — accedió Zaro.

— Cuando Ángel iba a comenzar a comer, se acercó una señora triste y harapienta con un niño de la mano, que lloraba amargamente.

— Tengo mucha hambre y mi hijo también — les dijo mirando a Ángel.

— ¿Me puedes dar algo de lo que vas a comer?

— Es para mí y mi perrito — contestó Ángel. Hace tiempo que no como ni helados ni dulces, mi mamá no lo puede comprar y no tengo padre.

Pero ante la mirada atónita de Zaro, Ángel le dio el pastel a la mujer y el helado a su niño.

— ¿Cómo? — preguntó Yaro — ¿y te quedas sin nada?

— ¡Ellos tienen mucha hambre! — exclamó Ángel — Yo todavía al llegar a mi casa tengo poco, pero comeré.

— Toma, tú necesitas esto más que yo. — dijo Ángel. Pasaron frente a un banco, Ángel veía que nadie parecía verlos, nadie advertía su presencia.

— Ángel — dijo Zaro — puedes tener todo el dinero que quieras para ti y tu madre sólo con pedirlo.

— Pero ustedes van a robar — les reprochó Ángel.

— Nadie nos ve — dijo Yaro — Además, tú eres tan pobre que no tienes que comer y no tienes padre, es tu oportunidad de tener mucho dinero. ¿No te gusta la idea?

— Puedes comprar muchos helados — añadió Zaro — tener una casa, con un jardín para tu perrito, todo eso y más.

— ¡Por favor! — se lamentó Ángel — llévenme a mi casa, mi madre debe estar preocupada por mí, yo creía que ustedes eran buenos.

— Somos buenos — dijo Zaro — Te daremos todo lo que deseas.

— Mi padre murió porque se cayó de una construcción donde trabajaba — contaba Ángel. — Y mi madre, lava, plancha para mantenerme, pero siempre me han dicho que no es bueno el pan mojado con lágrimas de otros, ni el dinero que no se trabaja.

— ¡Pero hemos traído varios niños antes que tú y han aceptado! — se sorprendió Zaro.

— Cuando seas grande, continuó éste — la riqueza te abrirá todas las puertas, a tu madre la respetarán, no tendrá que trabajar más, tendrás poder y mucha gente a tus pies.

—Además ¿no te gustaría tener muchos carros y llevar a pasear a tu perrito y que los otros niños y niñas te vean bien vestido con muchas pelotas y botes? — preguntó Yaro.

— ¿Con dinero robado? — se espantó Ángel.

— Pero si no eres tú el que roba — dijo Zaro — somos nosotros, además, te repito que no nos ven.

— Pero yo lo sé y me duele mucho — se entristeció Ángel — Creí tener buenos amigos de una estrella con nombre bonito, creí, que ustedes eran honrados y ahora tengo mucho miedo, además si estudio y trabajo, después puedo tener lo que deseo y quitar a mi madre de tanto trabajo.

— No temas — exclamó Zaro con alegría — He ganado la apuesta a Yaro y has salvado tu planeta!

— ¡Sí! —Afirmó alegremente — Creía firmemente que en Gaia, la Tierra todos eran muy ambiciosos y que con tal de tener poder y riquezas, robaban, mataban y secuestraban.

Un lugar así podría ser ocupado y destruido por nosotros que andamos buscando un lugar parecido a Serena, ya que ésta comenzó a extinguirse. Aposté con Zaro que Gaia ya no valía la pena, tener un lugar tan bonito, con personas que lo ven y no lo disfrutan, no lo merecen.

— ¿Entonces ya no nos destruirán?. ¿salvé mi Tierra, querida? — lloró Ángel.

—¡Sí! — concedió Yaro — Todavía hay esperanzas, todavía hay amor, y fe, trata que tus compañeros piensen como tú y jamás tendrán que tener miedo al hambre, ni pensarás en tener cosas que tú no consigas con tu trabajo y con tu inteligencia.

— Ángel — llamó su madre — ¿dónde estás? Ven a comer.

— Aquí estoy mamá, conversando con unos seres extraterrestres.

— Ya sé, ya sé, — dijo su madre — has estado soñando otra vez. ¡qué imaginación tienes!

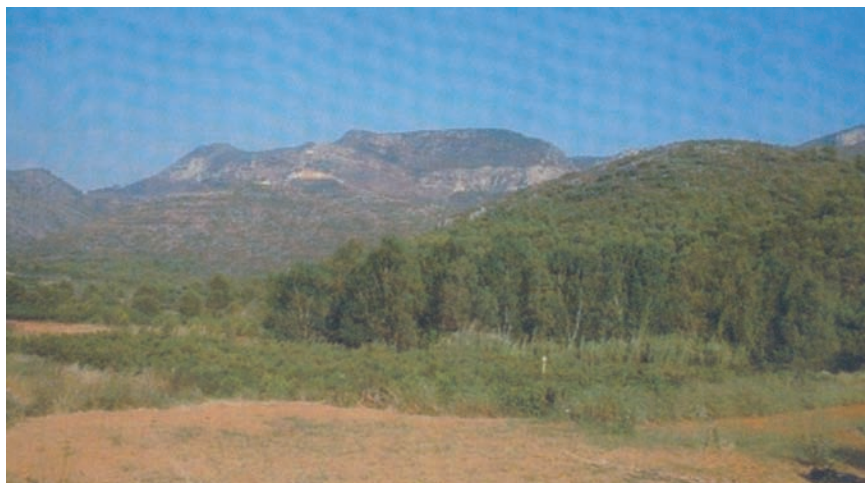
Zaro y Yaro abordaron su nave y se marcharon en busca de un lugar donde ya se hubiese perdido toda esperanza.

— ¿Qué es eso que brilla Ángel?

— ¿Ves? Te dije que estaba conversando con dos amigos de Serena, esta es una réplica con la forma y el color de esa estrella, se parece mucho a la tierra, tiene cascadas con aguas azuladas, y grandes montañas verdes. Qué bueno es saber que si aprendemos a disfrutarla, la tendremos mucho tiempo más.

En la llanura

Por: *Sandra Anabel Saira Atencio*



Corría por la maleza sin detener mis pies, corría y corría ¡qué importaba si las espinas lastimaban mis descalzos pie!, las sandalias las perdí por evadir tres vacas con unos cachos enormes y me querían cornear.

Me miraban bien fijo y me temblaron los pies, no se como logré saltar esa bendita cerca de palos solo sé que ya estaba del otro lado y mi amigo Silvo se moría de la risa de verme como salí, como alma que lleva el.....el muy desatento no me ayudó ni tantito, en ese instante de la huida, perdí la cuenta de las pisadas que hice a los estiércoles de vaca recién puesto por toda la llanura, y ...allí estaban mugiendome como si me las estuvieran prometiendo, a veces pienso que le hacían compañía a Silvo en la risotada de mi huida.

Apenas si me quedaba aire, me desplomé tras un herbazal, lleno de mosquitos ni siquiera un repelentequé horror !!Apeataba a ganado, a caballo!!!

Y allí estaban mirándome con esos ojotes negros de animal rebelde e indómito.

Me levanté rápidamente del suelo y me dirigí hacia ese estante de agua a enjuagarme el estiércol viejo y nuevo acabadito de poner de esos animales.

Y ya el agua era como el follaje de la llanura que había corrido, verdecita y hedionda.

¡Qué aseo! Pero por lo menos ya se podían ver mis dedos gordos.

Y ahora ¿cómo volver? Tendría acaso que esperar que se juntará el ganado para que se fuese al río a la hora de...pero ¿cómo saber a qué hora? si las muy puñeteras no quitaban la vista de la cerca de alambre tupido que me había saltado.

¡Qué furia! Pensé yo, pero mi amigo Silvo me dijo si no las volteas a ver no te harán nada, de nadita —dijo todavía riéndose.

Si ya va pero luego; luego le contesté que ya ví ese encumbrado árbol de guayabo que tanto me gusta trepar.

Y es que treparé presurosamente a ver cuantas guayabas me ha guardado, no puedo negar que las ramas son muchas, pero es lo que básicamente me encanta, recostarme en su fuerte rama y echar un sueño de acariciado por el viento que se sale de la lejana serranía azulada.

Esos sonidos granees, majestuosos, de otro mundo solo podrían venir de ese mágico lugar cuyas colinas se pegaban como gemelas en lo alto del volcán imponente... eran como jeroglíficos a danza virgen de la selva y las aves no ajenas a esto se dejaban llevar por la fuerza de ese viento que hablaba como un silbido de la boca de un dios. Era en esos momentos de entrega inocente que sacaba un papel de cuaderno, le daba forma de alas, le pegaba un hilo o más bien, se lo amarraba al huequito que le hacía en la cola y allí, parado en la cumbre del palo de guayabo, el cometa poco a poco se movía, buscaba dirección, y siguiendo el sonido que salía de la boca del dios, el cometa me halaba con tal fuerza que volaba por las colinas, junto con los pájaros, con las hojas que se desprendían de los árboles.

Volé hasta la serranía, era hermoso! Volví hasta llegar a la cima de mi palito de guayabo. Mi hermoso palito de guayabo!! Cuánto lo quería ¡!!!Qué más me hacía falta!!

Eran las guayabas, ya tenía hambre , así que traté todas las guayabas maduras, sólo encontré cinco.

Me enfurecí, le arranqué unas ramas y le di una rejera por no guardarme suficiente fruta. tanto que yo lo cuido para que no me guarde nada, me provocó tumbarlo, pero cómo? Luego yo mismo me doy puño por talarlo.

Y es que yo le alimentaba, no me creen!!!! Le llevaba cáscara de cerezas, cáscara de aguacate, le ponía alrededor de la pata muchas bananas para que se alimentara perfectamente, trozos de yuca a mediodía, porotos, otoe, ñame, plátano en tentación, bueno un pedacito , y por la tarde, jugo de piña, melocotón y naranja.

Por eso sus ramas fuertes como un cedro, sin mentirles relucían sus hojas....con el sol!

Una vez cuando descansaba en su tronco, no calculé la distancia entre arriba y abajo y creí que sería el día que entregaría los pases a San Pedro, pero una mano me suspendió del aire y quedé viendo el suelo boca arriba, no me pregunten de dónde salió, sólo sé que estaba allí sujetándome con gran y suave fuerza.

Rápidamente me reincorporé, me apoyé de las ramas supe que algo me había sucedido, pero no estaba seguro quién era, cómo se llamaba ni de dónde venía. porqué motivo lo habrá hecho? Aún no lo sé...estuve aturdido largo rato pensando, tratando de buscar un nombre a aquello que me había sucedido.

Por lo menos me ayudó a resolver el problema en el que me había metido...no dejaba de pensar en lo horroroso que hubiera sido...Será que el árbol tienes manos mágicas que yo no puedo ver? Y mi pobre corazoncito se quería salir de la puritita emoción...

Y fue cuando se me ocurrió prender un fósforo!!!! EL calor me hará pensar mejor y fue cuando un chinche me orinó los dedos

gordos del pie, casi lo mato pero el guayabo me pidió que no lo hiciera, así que lo arrojé al otro lado del cerco para que le orinara las pezuñas a las vacas. eso le pasa por andarse de g.raciosito conmigo ese animalito creyó que no lo iba a ver.

Y el palito de fósforo se me había gastado, eso fue lo que más rabia me dio, como tenía tantas si ya quedaban dos palitos en la cajeta...

Cuando encendí el segundo palito de fósforo para contemplar la luz noté que habían pasado los segundos y no se consumía el palito, estaba en el mismo punto en el que se había encendido, le pasé el dedo de broma y no me quemó es más, lo pasé otra vez, y no me quemaba, Dios será que estoy soñando?

Para mí que alguien me está haciendo alguna broma, miré a mi alrededor y no vi a nadie excepto Silvo cortando el pasto clavando la cerca, pero estaba lejos bien lejos... no se dio cuenta de nada.

El palito de fósforo seguía prendido en mi mano y lo miré tanto que me encandiló por momentos, pude ver un río fluir a lo largo, y se me desapareció, y luego una voz dulce me hablaba... pero qué broma es ésta?

Tuve miedo lo apagué, preferí irme por la calle de la selva a contemplar la tarde que ya moría y ya el ganado estaba lejos ni se veía, me aventuré por la llanura. Debí haberme ido a acompañar a mi amigo Silvo, pero la cuesta arriba de la colina me tentó a subir su empinada cima; tenía cierto deleite por las alturas, especialmente porque el viento no para allí.

Y corrí hasta más no poder por la orilla desgastada de tanto caminante que pasa por allí, luego caminé despacio para respirar profundo, pues el cansancio me venció por momentos; llegué, fue sentir y saborear la victoria de haber llegado, y me senté en una elota de piedra a ver a mi amigo Silvo trabajar incansablemente.

Miré hacia a el sur y salía humo de la casa de una vecina. Seguro estaba preparando la cena, o cocinando el maíz para el delicioso chicheme que acostumbraba vender a sus clientes, entre esos yo.

Luego más abajo. en las faldas dei cerro, ví a un gato moverse en la hierba acechando unas tortolitas que romanceaban bajo un palito sin hojas de naranjo.

Y es que las arrieras no descansan, se la pasan cargando todo para él, si pudieran dejarte sin casa, yo creo que lo harían.

Lo que es la supervivencia, el gato lleva en su colmillo una de las tortolitas que romanceaba y otra tortolita que vigilaba de lejos ya se juntó a otra tortolita que quedó solo o sola, bueno no distingo al macho o a la hembra...

En fin, no quise caminar hasta la colina abajo, creanme que lo intenté, pero no sé, sentí la enorme curiosidad de lanzarme hacia abajo a ver qué tal se sentía!!

Y empecé despacio, y la velocidad se aumentó, ya no caminaba sino que rodaba sin saber que a mi paso recogía todos los bichitos habidos y por haber...

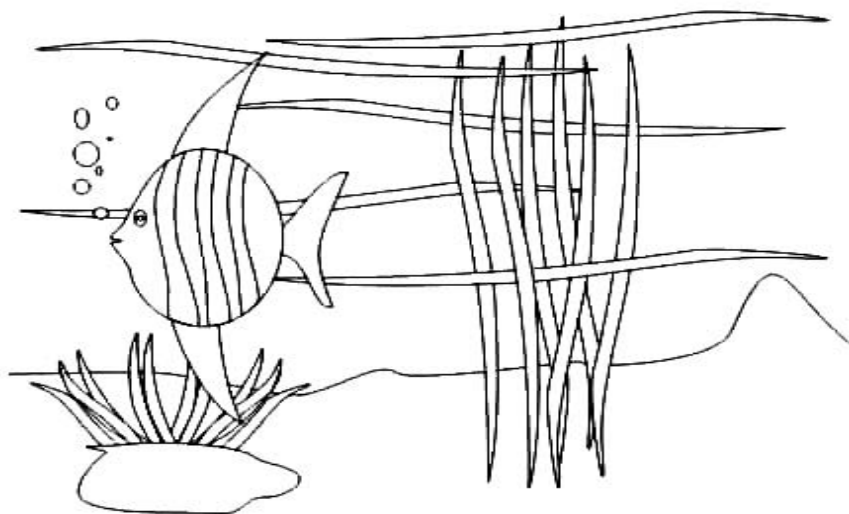
Fui a parar justamente en las piernas de mi amigo Silvo quien dijo —no para rociarte pues estás colorado de coloradillas y no había acabado de hablar cuando me devoraron todo el cuerpo.

Se me ocurrió ir al estanque de agua para quitarme esos bichos con dientes, abrí el grifo, me quité todo hasta quedar en bolas y mi amigo Silvo me dio una pantaloneta y una camiseta toda hedionda y sudada.

Sentí alivio y conocí mejor el espíritu de la selva, del monte, de los herbazales de los árboles, del viento, de la serranía, de las colinas, de ese cielo que se suspende arriba de nosotros y nos hace ver cosas, sentir cosas, oler las cosas, vivir las cosas...

El acuario

Por: *Melanie Taylor Herrera*



En las cristalinas aguas de un acuario nadaban felices seis peces tetra de cuerpos esbeltos y pancita roja. Estos solían moverse con facilidad hacia arriba y hacia abajo, de derecha a izquierda, como si danzaran al compás de una invisible música de piano. El líder del cardumen era Eloy quien con gran entusiasmo movía su cola ágilmente para indicarles a los otros por donde ir. Se sentían los dueños del mundo, y que todo lo que había en el acuario les pertenecía incluso la arena de colores que estaba en el fondo, las algas verdes y pardas que se mecían a su paso, y el molinillo de plástico cuyas aspas se movían con las burbujas que lanzaba el filtro del agua.

La dueña del acuario, quien desconocía el pensamiento de sus peces, decidió traerles unos nuevos amigos, unos peces llamados guramis que eran muy delicados y tímidos, que relucían como perlas. Al encontrarse los seis guramis frente a los seis tetras, corrieron a esconderse asustados cerca del molinillo de plástico. Una gurami llamada Gugi fue la primera en tratar de entablar conversación

con el tetra Eloy quien le informó que no sabía porqué rayos los habían traído a su estanque, pero que fueran sabiendo que los Tetras estaban ahí primero y por eso eran los que mandaban. Esto molestó mucho a Gugi a quien le había costado tanto esfuerzo poder decir algunas palabras a pesar de su timidez. Le comunicó el resultado de su conversación a los otros guramis quienes fruncieron el ceño con disgusto al saber el mal recibimiento que habían tenido. Por eso los dos cardúmenes se evitaban el uno al otro: si los tetras nadaban a la derecha, los guramis lo hacían a la izquierda; si los tetras bajaban al fondo, los guramis subían.

La dueña, una viejecita muy amable y de voz dulce, se contento tanto de ver a sus pececitos nadar tan gráciles que poco después trajo un pez arlequín, quien solito y sin amigos, quedó entre los tetras y los guramis. Los guramis inmediatamente le ofrecieron su amistad y los tetras lo miraron con desdén pues qué se podía pensar de un pez que anda solo, sin amigos, ni parientes, sin nadie que le hiciera sombra. El pez arlequín, llamado Joaquín, se posó triste en una esquina suspirando y quejándose de su suerte. ¿Cómo es posible que me separen de mis hermanos y me dejen aquí solito? ¿Por qué Eloy siempre me molesta y me dice que es el dueño del estanque? Joaquín nadaba y suspiraba, suspiraba y nadaba. A veces trataba de animarse porque Gugi le invitaba a nadar con ella pero aún así pronto se dejaba vencer por el desánimo y volvía a posarse en su esquinita.

No contenta con tener tetras, guramis y un pez arlequín, la señora Carlota decidió añadir a su acuario dos peces millón. Estos peces que en verdad eran millonarios tenían unos vestidos que hacían lucir a los otros peces como unos mendigos. Sus colas eran del color de la piel del leopardo, llena de rayas amarillas y negras que se mezclaban bellamente y que movían como si la música de cientos de violines sonara a su paso. El señor y señora Cobra, que así se llamaban los peces millonarios, pasaron entre los tetras sin ningún problema a pesar de que Eloy los miraba con disgusto pues veía que su mundo se llenaba de más y más peces. La señora Carlota se quedaba embelesada mirando a los señores Cobra pues debido a su belleza los tenía por sus favoritos y, como quería complacerlos y tenerlos felices, la señora

Carlota les puso más comida a los peces y además de las hojuelas que les daba, les añadió larvas de insectos y gusanos en trocitos. ¡Qué deleite!— pensaron los guramis mientras masticaban glotones. ¡Todo porque son los peces millonarios!—dijeron los tetras mientras masticaban con rabia. ¡Todo porque estoy solito!—suspiraba el pez arlequín porque del banquete sólo le tocó una hojuela de milagro.

Como el acuario era muy grande requería de limpieza cada tanto tiempo y la señora Carlota decidió hacer dos últimas compras: un caracol llamado Arnoldo y un pez gato llamado Ukelele. Arnoldo era un tipo muy simpático y pronto se ganó el aprecio de todos en el estanque, pues siempre saludaba amigablemente: le decía a Gugi que era muy linda y a Eloy que era muy fuerte. Joaquín quien solía pedirle que le escuchara todas sus quejas. Arnoldo además ayudaba a mantener limpio el tanque pues era muy cooperador. En cambio el pobre Ukelele le cayó mal a todos desde un principio. Era un pez grande, oscuro y torpe que sólo podía nadar de noche y la mayor parte del tiempo se la pasaba tirado en el fondo del acuario durmiendo.

¡Lo que nos faltaba!—dijo Eloy en una asamblea pública— ¡Que nos pongan a un holgazán a ocupar el poco espacio que tenemos! Debemos votar para que lo saquen del tanque. Los guramis dijeron que Ukelele era un pez peligroso y que ellos habían escuchado de unos primos que ese tipo de peces se comía a otros y que tuviesen mucho cuidado porque cualquier día de estos se iba a comer a alguno de ellos. Joaquín temblaba de miedo de solo pensar en que Ukelele se lo comiera. ¡Y yo que no tengo a nadie!—decía casi llorando. El único que no opinó igual fue Arnoldo que les dijo que a lo mejor debían intentar hablarle a Ukelele y no juzgarlo sin conocerlo. Pero por más que quiso hacerles entrar en razón los peces se ensañaron con Ukelele y le hicieron la vida imposible: no le dejaban comida; lo rozaban a propósito con las colas pasándole muy cerca durante el día impidiéndole dormir; en la noche cuando se levantaba también se quedaba uno que otro despierto para molestarle la paciencia. Ukelele no entendía porque los peces lo trataban así ya que era muy tranquilo y su trabajo era precisamente limpiar el estanque

en las noches mientras los otros dormían. ¿Qué les he hecho?—se preguntaba cabizbajo y confundido pues ya no tenía momento de descanso ni de día ni de noche y también tenía hambre. La señora Carlota viendo a Ukelele comportarse de manera extraña, pues el pez nadaba hasta la superficie casi pidiendo auxilio y luego caía como un tronco en la arena levantando olas que estremecían a los otros peces, decidió sacarlo del estanque y llevarlo a un piscicultor, un especialista en peces, para que le dijera que padecimiento impedía a Ukelele ser el pez tranquilo de siempre.

En la visita al piscicultor la señora Carlota explicó muy triste el cambio drástico que había sufrido Ukelele. El especialista dio su receta a la señora Carlota y ésta al leerla se extrañó un poco, pero no dijo nada. La señora Carlota decidió poner a Ukelele sólo en un acuario más pequeño; lo visitaba a menudo y le daba la mejor comida de peces que pudo encontrar. La semana que pasó Ukelele solito se recuperó, pues ya no lo atacaban los otros peces ni le quitaban su comida y podía dormir. Pero en el acuario grande la cosa fue distinta pues misteriosamente apareció una plaga que empezó a molestar tanto a peces como algas y es que a todos le dio una tremenda comezón. Trataban de rascarse unos a otros o con la arena e incluso contra el vidrio de la pecera. ¿A qué se deberá esto? —gemía Joaquín mientras Gugi le rascaba la colita. Arnoldo los miró molesto: Todos ustedes se merecen esta rasquiña y algo más. ¿Cómo?! —gritaron los tetras, los guramis, el pez arlequín y los millonarios. ¿Nosotros? Sí, precisamente. Les dije que Ukelele no era lo que ustedes pensaban y se dieron a la tarea de hacerle la vida de cuadritos. Ukelele tenía una misión muy importante. Mantener el estanque limpio en las noches y ayudarme a mi qué solo no lo puedo hacer. Pero ustedes se dejaron llevar por su aspecto, que era muy grande, oscuro y torpe, que no relucía como perlas ni tenía vestidos caros; nunca hablaron con él para saber quién era ni qué sentía; no se preocuparon por él dejándole sin alimento como si a ustedes les gustara que los trataran así y no averiguaron la verdad, confundiéndole con un pez peligroso. Ahora como el acuario nunca está limpio porque ustedes comen y comen y comen, y yo sólo no me doy abasto, aguántense la rasquiña que les durará un buen rato. Los peces se sintieron muy avergonzados por su conducta y le prometieron a Arnoldo no volver a molestar a Ukelele.

Una semana más tarde la señora Carlota introdujo a Ukelele al acuario. Se posó en el fondo temeroso de que los peces empezaran a molestarlo otra vez. Se asustó mucho cuando se vio rodeado por los seis tetras, los seis guramis, el pez arlequín, la pareja de millonarios y Arnoldo, el caracol. Yo no he hecho nada—dijo con voz temblorosa. No temas—le respondió Gugi— estamos aquí reunidos para decirte que queremos ser tus amigos. Disculpa por no dejarte comida— dijo Eloy muy apenado y los demás tetras asintieron con la cabeza. Le damos las gracias por la labor que hace— dijeron al unísono la pareja millonaria mientras movían sus bellas colas de rayas amarillas y negras. Bienvenido—dijo el pez arlequín sonriendo por primera vez en mucho tiempo. Arnoldo empezó a hablar: el acuario es bello porque todos somos diferentes y conformamos con nuestros diseños una variedad hermosa. Tu y yo—prosiguió Arnoldo—de manera callada pero constante, permitimos que los peces luzcan sus relucientes vestidos. Ukelele no dijo nada pero sonrió con tanta felicidad que todos los peces se sintieron también felices y prometieron no pelearse más entre ellos y tratarse bien pues compartían el mismo hogar.

La señora Carlota se alegró de ver a todos sus peces nadando en armonía y mientras los contemplaba pensó en la extraña receta que le había dado el doctor de peces para Ukelele: brindarle mucho amor.

Las aventuras y la desventura de Don Ñeque

Por: *Arysteides Turpana*

Numerosos eran los amigos de don Jaguar. Don Ñeque era uno de ellos y el más allegado. Así, temprano, en la mañana, se encontraban diariamente en un recodo y juntos se dirigían al río para bañarse. Se demoraban en la corriente nadando, unas veces, y en otras ocasiones ocupaban el tiempo cruzando de orilla a orilla. El que salía primero del río era don Ñeque. Hacía eso para gastarle bromas a su compañero. Así que cuando don Jaguar venía a secarse no encontraba ni su ropa, ni su sombrero, ni su bastón.

Un día, don Ñeque se enteró de que su queridísimo amigo se encontraba superlativamente delicado de salud y, que sospechando una posible tragedia, había mandado llamarle para platicar, Dios mediante, aunque fuera por última vez con él.

Pero a esa cita don Ñeque llegó tarde. Ya las hijas de don Jaguar lo estaban velando y su cadáver, envuelto en la mortaja y enrollado en la hamaca, esperaba sepultura. Al ver esta escena tan fúnebre, dijo el visitante en alta voz que al fallecer todos detonaban ocho ventosidades y que era así como se sabía si alguien verdaderamente había muerto o no. Don jaguar entonces soltó los ocho vientos del eterno descanso.

—¡Hey! —exclamó Don Ñeque, dando un salto descomunal,— *¿cómo es que puedes reventar ocho vientos si se supone que estás bien muerto y los muertos no pueden aflojar los intestinos... ajá, con que querías que me acercar a ti, ¿no? para atráparme y pensabas almorzarme ¿no?*

Don Ñeque se enrumbó por una de las veredas del país, y don Jaguar se quedó con un gran apetito insatisfecho y como un gran bobalicón.

En su carrera, don Ñeque llegó a una comarca denominada *Achu Biryá*, en una de cuyas fincas vivía un señor con sus cuatro hijas, que recogían zapallos todas las mañanas. Durante varios meses, el viejo encontró las frutas preñadas de suciedades. Cansado de la broma, ideó una trampa para atrapar al bribón: tomó una madera de balsa y le dio figura humana. Luego, la bañó y la recubrió totalmente de resina y finalmente la plantó en su finca.

En la noche, apareció don Ñeque. Detuvo su alocada galopada al ver que el anciano estaba aguardándole. Esperó que se marchara para así robar los zapallos. El viejo, sin embargo, no se movía. Esto llenó de desesperación a don Ñeque. Entonces dio un rodeo, y así de un salto, los protagonistas de nuestro cuento se encontraron frente a frente. Don Ñeque lanzó un golpe con la mano derecha al rostro del anciano, pero su mano se quedó pegada. Luego, tiró la izquierda, que se quedó pegada también. Después, lanzó un puntapié y finalmente otro, de esta forma quedó abrazado del todo a la estatua.

Al amanecer, llegó el dueño de la finca y encontró a don Ñeque adherido a la trampa. Después de amarrarlo con bejuco para que no se escapara, se marchó a su casa en busca de un chuzo al rojo vivo para quemarle la posadera.

Mientras el anciano se dirigía a su casa, don Ñeque comenzó a pedir ayuda, dando grandes alaridos. Don Jaguar que rondaba por allí, escuchó los gritos de don Ñeque y se le acercó:

—Don Jaguar: (Olvidándose de su cólera) *¿Por qué estás amarrado, don Ñeque?*

—Don Ñeque: *El dueño de la finca quiere que me case con una de sus hijas y yo no quiero casarme.*

—Don Jaguar: Pero (Silencio) qué raro. (Se queda pensativo). *Oye, dime una cosa, ¿por qué no te quieres casar?...Yo con gusto estaría en tu lugar.*

Así don Jaguar procedió a soltar a don Ñeque. Así don Ñeque procedió a atar a don Jaguar. Don Ñeque no perdió ni un solo segundo y se esfumó en el aire, burlándose. Al volver el anciano, ciego de ira,

agarró a chuzazos a don Jaguar, que después de este accidente, se curó en el transcurso de una luna.

3

Una noche de luna llena, don Jaguar llegó a la ribera de un río, donde encontró a don Ñeque, que, en ese momento estaba comiendo una fruta de color amarillo:

—*Acércate, hombre, te invito a comer,*— dijo don Ñeque a don Jaguar.

Don Jaguar se le acercó y probó un pedazo de la fruta y dijo que estaba muy rica. Don Ñeque, entonces, aprovechó el momento para decirle que mirara el agua, donde se reflejaba la luna. Don Jaguar miró hacia el fondo del río y se dio cuenta que efectivamente allí había otra fruta.

—*Si quieres más.*— le dijo, —*tú mismo tienes que ir a buscarla.*

Entonces, don Jaguar se lanzó, pero quedó flotando.

—*Eso me pasó a mí también,*— añadió don Ñeque, y continuó, —*para obtenerla tuve que amarrarme una gran piedra al cuello y fue así cómo la alcancé.*

Don Ñeque ató con un bejuco una gran piedra al pescuezo de don Jaguar. Éste volvió a tirarse al río y se precipitó al fondo pesadamente. Don Ñeque, desde lo alto de la ribera, veía los pataleos desesperados de don Jaguar, en medio de burlas y risas. Dio media vuelta y se marchó con aire triunfal.

Don Jaguar, por su parte, logró deshacerse de la piedra con un gran esfuerzo. No se salvó del susto, aunque sí de una muerte casi segura.

4

Un día, don Jaguar encontró en el camino un pájaro de bellas y grandes plumas y le dijo que si fuera don Ñeque, allí mismo se lo comería. El ave le contestó que él no era ningún don Ñeque, sino un plumífero y que además su carne era venenosa por lo que él, don Jaguar, moriría en el acto.

Don Jaguar siguió su camino sin haber reconocido en su interlocutor a don Ñeque, disfrazado de ave.

5

En otra ocasión, don Ñeque vio llegar a don Jaguar y como no tuvo tiempo de esconderse, se ubicó debajo de una gigantesca roca e hizo como si estuviese sosteniéndola.

—¿Qué haces?, —le preguntó don Jaguar.

—Sostengo esta roca, —dijo jadeante don Ñeque. —*Si esta roca se desprende y rueda, todos vamos a morir y va ser el fin del mundo... de tal forma que todo depende de nosotros dos.*

Don Jaguar, al ver lo grave de la situación, se puso a ayudar a don Ñeque metió también el hombro. Hizo tanto esfuerzo que en muy poco tiempo ya estaba completamente fatigado. Don Ñeque al verlo ya casi acabado le dijo que si seguían así no demorarían en caer del todo los dos y que mejor él iba en busca de una palanca para que sostuviera la roca.

Don Ñeque se esfumó entre los árboles del bosque y lo último que se escuchó fue el eco de su voz que decía “*sonso, sonso, tan grande y tan tontooooooooooooooooooooo...*”

6

Otro día, Don Jaguar supo dónde encontrar a don Ñeque, que al verlo llegar empezó a cantar diciendo que el fin de la humanidad se aproximaba, que Dios estaba enojadísimo con los hombres, porque todos se comportaban horriblemente mal. Anunció, igualmente, la llegada de la ira celestial con terremotos y relámpagos, y en ese mismo momento empezó a patallar sobre el piso y echó unos vientos fortísimos y lanzó al aire todo lo encontró a su alrededor, de tal forma que don Jaguar creyó que en efecto la desgracia final había llegado y sin esperar más abandonó el sitio.

Don Ñeque, al ver que Don Jaguar se tiraba hacia el bosque, salió de su ya casi destartalada casa y se marchó en dirección contraria.

Pero, don Jaguar seguía localizando a don Ñeque. Un día, lo encontró en la “Casa de la Poesía Cantada”. Don Ñeque estaba en centro de la casa, en una hamaca cantando una poesía en la que se anunciaba la llegada de las grandes catástrofes, tales como los ciclones, caídas de tormentas, destrucción de pueblos por medio de terremotos, horribles tinieblas y el desbordamiento de un violento diluvio que cubriría toda la tierra.

A lo lejos se oyó el rumor de una tromba marina. Todos empezaron a amarrarse con lianas a los postes. Don Ñeque se encargó de atar con gruesos bejucos a don Jaguar. Los animales, al sentir que la tromba se acercaba, se deshicieron de sus ataduras y salieron despepitados, pero don Jaguar, que estaba atado con un grueso bejuco no pudo escapar. Entonces empezó a pedir ayuda, a amenazar a todos y decía que quien le soltaba a ése él lo decapitaría de un solo tajo. Un río de animales pasó delante de sus ojos, mas nadie le prestó atención: sólo, Joven Borriguero tuvo piedad de él y no le prestó atención a la amenaza y pensó que muy por el contrario, don Jaguar le estaría agradecidísimo si él lo soltaba. Así pues, Joven Borriguero se acercó a don Jaguar y lo desató. Al verse ya libre, saltó sobre su benefactor y le arrancó la cabeza. El resto de los animales, incluyendo a don Ñeque, huyeron al monte, lejos del viento fatal.

Varios días después, nuestros amigos se volvieron a encontrar. Don Ñeque estaba sentado sobre un tronco con la carita llena de tristeza.

—Don Jaguar: *¿Por qué te ves tan triste?*

—Don Ñeque: *Es que de repente me he sentido tan maluco... pienso que me voy a morir.*

—Don Jaguar: *¿Crees que yo te puedo ayudar en algo?*

Don Ñeque: *Sí y mucho. Estoy tan débil que no me valgo por mí mismo. ¿Puedes llevarme a casa, verdad?*

Entonces, don Ñeque se acomodó sobre la espalda de don Jaguar. Sus pies reposaron sobre los hombros del cargador y su cabeza quedó colgando mirando hacia el suelo.

Don Jaguar corrió a toda prisa, recortando distancias por senderos conocidos. Don Ñeque aprovechó la libertad de sus manos y sacó el afilado cuchillo que siempre cargaba consigo y le punzó con él la nalguita a don Jaguar, que, con un quejido largo apresuró la marcha al tiempo que decía que un insecto le acababa de picar. Don Ñeque le punzó otra vez y don Jaguar redobló sus pasos, sin poder espantar al aguijón.

Completamente extenuado llegó don Jaguar con su carga. La esposa de don Ñeque les recibió profundamente preocupada por el malestar de su esposo. Don Jaguar se fue de allí en el acto, y don Ñeque, abandonando su papel de actor, se limitó a reírse con sorna...

9

Pero don Jaguar no se cansaba de perseguir a don Ñeque. Un día lo encontró entre las ramas de un árbol de aguacate. Don Jaguar se acaloró tanto al verlo y creyó que en esta ocasión sí iba a matarlo.

Pero don Ñeque, astuto como siempre, le dijo que el aguacate era una fruta deliciosa, que si quería probarlo también. Don Jaguar le dijo que sí. Don Ñeque le ofreció uno que Don Jaguar después de comerlo, exclamó que el aguacate estaba muy bueno y que quería más. Entonces, don Ñeque le dijo que abriera hasta no más poder el hocico. Que él le iba a mandar otro. Don Jaguar abrió su morro lo más que pudo. Don Ñeque le impulsó con un gran tino, en lugar de un aguacate maduro, un canto rodado, que quedó atascado en la jeta del pobre don Jaguar. Don Ñeque se puso a correr, mientras que don Jaguar se revolcaba de la desesperación.

10

Un día, don Ñeque en su huída, llegó a casa de don Vendo. Se ofreció como ayo de los Venaditos y se fue a la hamaca y se puso a cantar canciones de hamacas al son de los sonajeros. Los Venaditos se durmieron justo en el momento en que llegaba don Jaguar. Al verlo llegar, don Ñeque huyó.

—¿Dónde está don Ñeque?, —preguntó don Jaguar a don Venado.

Éste le dijo que estaba en la hamaca con sus críos. Don Jaguar tomó un palo y se fue hacia la hamaca sobre la que dejó caer una tunda de porrazos a cuyo son los Venaditos soltaron sus chillidos de dolor, sin encontrar consuelo en las amorosas palabras de su madre doña Venada.

Muy tarde, don Jaguar se dio cuenta que don Ñeque se había burlado una vez más de todos.

11

Otro día resultó que don Ñeque en sus correrías quiso cruzar el río. En la orilla encontró a don Caimán y le pidió que lo cruzara. Pero don Caimán le dijo que alguien como él jamás tendría la oportunidad de montarse sobre su transporte. De todas formas, don Ñeque logró convencer a don Caimán. Y lo pasó. Como agradecimiento, don Ñeque le dio un batacazo en las fauces a don Caimán y el pobre quedó aturdido sobre la arena del río.

Así fue como lo encontró don Jaguar, a quien le contó la mala hora que le había hecho pasar don Ñeque. Don jaguar le dijo que don Ñeque era tan sagaz y que siempre andaba engañando a sus amigos. Se despidió del adolorido don Caimán y le prometió que en su nombre le vengaría.

En su profunda búsqueda, don Jaguar logró localizar la guarida de don Ñeque y cuando se preparaba para abalanzarse sobre él, don Ñeque levantó lodo y lo arrojó a los ojos de don Jaguar, que se quedó cegato. Don Ñeque pudo huir una vez más.

12

Una noche, paseando por los corrales, don Ñeque vio a don Gallo dormido: Se sostenía sobre sus dos muslos, pero no se le veía la cabeza. A don Ñeque le pareció muy extraño este espectáculo.

Al llegar el nuevo día, don Ñeque se dirigió al corral de don Gallo para preguntarle por su cabeza a la hora de dormir. Don Gallo le dijo que a la hora de dormir, él se la cortaba con un machete y que

luego la dejaba en una palangana de agua limpia. Que era por ello por lo que él tenía la cresta siempre radiante y hermosa. Aprovechó la ocasión para reprocharle a don Ñeque que como él no se bañaba por eso tenía la cara puerca.

En la noche, antes de dormir, don Ñeque, siguiendo los consejos de don Gallo, tomó un machete y se voló la cabeza.

Y con esta desventura termina las aventuras de don Ñeque, sin que don Jaguar hubiese logrado atraparlo.

Flores y estrellas

Por: *Arysteides Turpana*

Cuando don Yakes Naduler iba perdiendo la vista, Elías Arwaliler, su nieto, apenas estaba naciendo. El abuelo llegó a reconocerlo por el timbre de la voz. De esta forma se dio cuenta cuándo pasó de la niñez a la mocedad, y de la mocedad a su primera juventud.

Elías Arwaliler, desde que pudo hablar, tuvo la costumbre de ir a platicar con su abuelo todas las noches antes de irse a dormir. Así sabía don Yakes Naduler que la noche había arropado a la isla y que cual un diluvio de cocuyos en el espacio azul del cielo empezaban a titilar las estrellas.

Don Yakes Naduler era un hombre de mediana edad. En su juventud había sido un ilustre fitoterapeuta. Siendo niño su padre lo llevaba consigo al bosque, donde le enseñaba a conocer las plantas, los árboles, los arbustos, las flores y todas sus propiedades curativas. Cargado de todos estos conocimientos alcanzó la juventud.

Un día, viendo que las pencas de su hogar estaban en mal estado, decidió renovarlas. Estaba en esa tarea cuando un polvillo blancuzco se desintegró en el aire y se empozó en sus ojos. Por unos minutos, don Yakes Naduler perdió la visión. Sus familiares le lavaron los ojos, pero...

—*No veo nada,*—gemía,—*no los veo,*— decía,—*sólo hay oscuridad...*

Desde entonces don Yakes Naduler quedó postrado en su hamaca de lana. Así pasaron los días, las semanas, los meses, los años. Su vista se limitó a distinguir un objeto circular amarillento en lo profundo de una pantalla negra.

Una noche soñó con su padre, que había sido el shamán más importante de la región. Los dos se encontraban sobre un risco, mirando hacia abajo, donde había una poza de agua límpida y brillante, en cuyo fondo se distinguían unas flores amarillas.

—Es un remedio eficaz para todos los males que les causen daño a los ojos,— dijo el espíritu.

Al despertarse, volvió a ver la misma pantalla oscura con su mechero amarillo.

—Buenos días, abuelito, —dijo Elías Arwaliler, —te traigo tu desayuno.

—Buenos días, hijo mío, gracias, —contesto don Yakes Naduler.

—A ver, abuelito, —continuó Elías Arwaliler, —cuéntame qué soñaste.

—Siéntate, hijo mío, —dijo don Yakes Naduler. *Anoche me visitó tu bisabuelo, a quien no conociste. Estábamos en el río. En la mitad del camino había un risco. Desde allí, mirando hacia abajo, había una poza, en cuya hondura crecían flores amarillas.* —Aquí don Yakes Naduler guardó un minuto de silencio. Bebió un sorbo de chocolate, y continuó: —*Ve al río. Trae esas flores, hijo mío. No te olvides de llevar tu amuleto.*

Elías Arwaliler enrumbo su cayuco hacia el río. Esa mañana soplaba un viento de mediana fuerza. Gracias a ese fenómeno, no tardó en llegar a Achu Mai, donde los comuneros dejaban sus embarcaciones para luego meterse a pie en el bosque. Se calzó sus botas. “¡Listo!”, se dijo. Se metió monte adentró, procurando no perder de vista la pista del río. A pesar de conocer bien el sitio, nunca antes había tenido noticia de la poza de las flores amarilla. Aquel bosquillo era un zoológico por la riqueza de su fauna y por los trinos que salían de los árboles y del aire, e igualmente era un jardín botánico. “¡Qué cosa!”, pensaba, “¡aquí hay tantas, pero tantas plantas, y la única flor que falta es la de mi abuelo! ¡Qué cosa!”. En eso estaba pensando cuando de repente vio a un cazador que traía un tapir. “Acaba de cazarlo”, se dijo. El cazador dejó caer al suelo su presa para descansar por un par de minutos. Debido a que su isla era pequeña todos se conocían, por ello no comprendía cómo es que él no había visto nunca antes a ese cazador. El hombre tenía un aire familiar al de su abuelo. Ambos se sentaron sobre un viejo leño para intercambiar unas palabras. Cuando el cazador decidió seguir su camino, dijo a Elías Arwaliler que él se demoraría en el río, porque tenía que limpiar el tapir y que si necesitaba ayuda le pegara un grito y que gracias a los ecos él se presentaría, ya que no tendría ningún problema para localizarlo porque como cazador conocía todos los rincones del lugar.

—Y cuando me llames, aprieta duro tu talismán—.

Se despidieron. Cada cual tomó sus respectivas direcciones: el cazador hacia el río, y Elías Arwaliler hacia la poza. Subió por senderos escarpados, donde el silencio se quebraba sólo por el gorjeo de las aves que se repetía por los ecos en las montañas. El ambiente tenía un aire perfumado gracias a los árboles frutales y a las plantas medicinales, lo que le hacía menos apenado el pasar por esos lugares altos y quebrados y difíciles de transitar. *¡Esto sí es un vericuetto de verdad!*, se dijo.

Después de haber toreado todas las malezas, alcanzó a ver la poza desde el picacho de una montaña: allá abajo estaba la poza de aguas transparentes en cuyo fondo, donde justo caía el sol al mediodía, resplandecían las flores amarillas como la mirada de los hombres que miran con ternura. Se sintió aliviado, y aliviado se sentiría también su abuelo al saber que había llegado con las flores de los ojos....

Desde lo alto del risco donde se encontraba, se lanzó al vacío. En esta primera zambullida sus pulmones no le dieron para mucho. Replotó con el agua corriéndole entre los dedos. Nada más. Se sentó sobre una roca para tomar aire. Mientras tanto, un viento suave meció las copas de los árboles, los peces continuaron jugando en la poza, las aves siguieron con sus silbos, los árboles frutales destilaron sus perfumes, las arrieras cursaron sus caminos.... Elías Arwaliler se preparó para su segundo sumergimiento. Se volvió a tirar en picada. Las flores continuaron afincadas en el fondo de la poza. Al emerger en esta ocasión, su mirada se estrelló con la presencia de siete gnomos, quienes le echaron una red y lo aprisionaron sin dificultad. *¡Qué mariposa más rara!*, gritaban mientras arrastraban al pobre por los matorrales sembrados de ortigas.

En una cueva de murciélagos, que a todas horas batían sus alas, volando de un extremo a otro, los gnomos encerraron a Elías Arwaliler, quien apretando su amuleto, pidió ayuda a gritos, y sus gritos fueron de eco en eco saltando por los cerros: *auxilioooooooooo... por favor, sáquenme de aquíii...*

Aquel cazador con quien se había encontrado era Leo Niginyle. En su mocedad había decidido venir a vivir solo en el bosque lejos del mundanal ruido. Cada vez que cazaba una presa grande o un conjunto de buenas presas, iba a las islas de los alrededores para

mercadearlas. Con el dinero o los cocos que adquiría, compraba lo que necesitaba en su hogar: querosín, fósforos, ropas, balas... es decir, todo lo que el bosque no le daba.

Cuando se despidieron en el camino, Elías Arwaliler no se percató de que Leo Niginyle le había seguido los pasos, por ello cuando él cayó en las manos de los gnomos y empezó a pedir ayuda, el cazador no tardó en aparecer en la cueva: tiró una red que atrapó varios murciélagos, a los cuales los embadurnó con una pasta especial. Cuando los ratones voladores manchados volvieron a la libertad, los otros les cayeron encima alocadamente sin piedad, momento que Leo Niginyle aprovechó para desatar y poner a salvo a Elías Arwaliler. Al darse cuenta los gnomos que los dos hombres huían, corrieron tras ellos armados de macana. El cazador se detuvo. Metió la mano en su mochila. Sacó un polvo y diciendo una oración en un idioma babilónico los esparció contra los enemigos, que fueron barridos con todo y macana en un santiamén.

Lo dos bajaron al recodo y llegaron la poza. Elías Arwaliler se zambulló una vez más, esta vez bajo la mirada mágica de Leo Niginyle. Al llegar al fondo, pudo ver con precisión las flores amarillas que se movían coquetamente y cuando las manos del mozo se les acercaron, trataron de envolverse en sí mismas, pero ni pudieron. Elías Arwaliler las cobijó con sus palmas y con mucho cuidado las arrancó de raíz. Al llegar a la orilla, Leo Niginyle ya no se encontraba allí. Por mucho que lo buscó y lo buscó, fue inútil. Elías Arwaliler miró hacia lo alto. Sólo vio una nube y comprendió que ya no volvería a ver nunca más a Leo Niginyle.

El joven se embarcó para volver a su casa con las flores amarillas. Al llegar a su hogar, él mismo las colocó en una palangana de agua fresca tal como estaban en el fondo de la poza. Así, día tras día, don Yakes Naduler comenzó a limpiarse la vista. Poco a poco su visión se fue mejorando. Empezó a ver tal como veía el mundo antes de su accidente, hasta que un día finalmente, volvió a ver con toda claridad y llegó por primera vez a ver a su nieto, a Elías Arwaliler, en cuyo rostro vio el rostro infantil de su difunto padre. Ambos se abrazaron como nunca antes lo habían hecho. Así don Yakes Naduler llegó a distinguir las flores amarillas de su palangana que se transformaban en estrellas en la oscuridad de la noche.

Un canario muy sabido

Por: *Hena González de Zachrisson*

— Hasta que no te hayas comido tu ensalada, no te puedes mover de la mesa, ni jugar con tus amigos, ni nada. ¿Entendido?

¿Por qué, pensaba Pallín, mamá se empeñaba tanto en amargarle la vida? Él estaba fastidiado de sólo poder salir a jugar si se comía los odiosos vegetales, hasta que tuvo una idea genial. Esperó a que todos se retiraran del comedor . Entonces echó su ensalada en un cartucho, lo cerró bien y lo botó en la basura. Luego, una llamadita a toda voz:.

—¡Mami, ya acabé!

Su mamá llegó, le dio un besito, lo felicitó y lo dejó salir a jugar con sus amigos. Desde ese día el niño hacía creer que se comía los vegetales cuando en realidad los botaba y todo marchaba bien.

Un día mientras se disponía a almorzar, Pallín vio entrar por la ventana a un canario.

El amarillo pajarito voló directamente hacia la bandeja de zanahoria rayada y lechuga, aterrizó en el borde e, inclinando la cabeza, tomó en su pico un trocito de lechuga y se la comió poco a poco. Igual hizo con la zanahoria. Luego de varias servidas, el canario se limpió el pico y, volando sobre la cabeza de Pallín, aterrizó en el marco de un cuadro colgado en la pared. Caminó por el borde del mismo, y finalmente se recostó cómodamente..

Pallín no salía de su sorpresa. Jamás había visto un pajarito tan intrépido. Intrigado, se bajó de su silla y se fue en puntillas hasta el cuadro. ¡Increíble! El canario dormía placidamente, como si estuviera en su casa. Pallín regresó a la mesa, terminó de comer, sin olvidar botar la ensalada sobrante y luego se paró bajo el cuadro a esperar a que ese canario atrevido despertara. Cuando por fin lo vio moverse, le dijo:

— Oye, tú si que eres fresco! Entrás a mi casa, comes de mi ensalada, duermes una siesta y ni siquiera te dignas a pedir permiso.

El niño pensó que el canario se asustaría, que volaría lejos, que huiría temeroso, todo menos lo que hizo:

— Ja, ja, ja! Como si te importara que me comiera tu ensalada. Sé muy bien que haces creer que te la comes cuando lo que haces es botarla en la basura.

— ¡Ahh? ...shhh!. que te van a oír..¿Cómo es que hablas? ¿Y cómo sabes que boto la ensalada? ¿acaso eres un mago? —susurró Pallín.

El canario rió de nuevo:

— No necesito ser mago para verte. Yo suelo descansar en una rama del árbol frente a tu casa. No está tan cerca que digamos, pero yo tengo muy buena visión, para eso sirvan los vegetales.

— Hablas igual que mi mamá, — le dijo Pallín, — No niego que los vegetales alimentan, pero, uhhh, ¡que mal saben!

Mientras hablaba el canario levantó su pata para mirar su reloj.

— Huy, cómo pasa el tiempo! Tengo que irme. ¡Adiós! — Y se fue volando hacia la ventana donde se detuvo para añadir:

— Volveré cuando podamos comer juntos una ensalada.

Pallín no supo qué contestar. Nunca le había ocurrido algo igual y no supo qué decir. Se quedó pasmado viendo al canario desaparecer, hasta que una voz le hizo voltear la cara:

— ¿Qué haces allí contemplando el cielo? — le dijo su madre — ¡Mi niño se vuelve soñador!

— Mami, — contestó Pallín con voz llena de emoción, — Mami, puedes creer que un canario entró por la ventana...se paró en mi plato y el muy atrevido se comió mi ensalada...hasta me habló... se acaba de ir disparado volando hacia el cielo.

— ¡Qué imaginación tienes, muchacho! Si hubiera sido un loro te creería, pero un canario que habla? Los canarios no hablan aunque cantan lindo.

— Pero éste sí habló, mami, te lo juro. No estoy inventando, mami, es verdad...aquí estuvo un canario... hasta se durmió sobre el marco de aquel cuadro. Luego...

La mamá de Pallín ya no estaba allí. Se había ido conversando con su celular.

— No me creyó, nadie me va a creer, dijo el niño. —La próxima vez le tomaré una foto, así nadie dudará de que digo la verdad.

* * *

Desde la visita del canario, Pallín no fue el mismo. Cuando iba a botar la ensalada, el recuerdo de la visita del pajarito intrépido lo detenía. Miraba hacia el árbol pensando que de seguro el canario lo andaba espiondo.

Un día Pallín se vio con ensalada en su tenedor y sus manitas llevándola a su boca. Para su sorpresa, no le supo mal y siguió comiendo.

— ¿Cuándo volverá a visitarme ese fresco canario? — se preguntaba mientras masticaba. — ¿Le habrá pasado algo? Tal vez se habrá convertido en el alimento de un goloso gato de esos que rondan por allí. Pero no, mi canario es demasiado listo para dejarse comer por un gato.

Pallín le fue cogiendo tal gusto a la ensalada que ya se la devoraba con entusiasmo. ¿Cómo no se había dado cuenta antes de lo sabroso que era el brocolli con uvas y nueces?, ¿Que la zanahoria con repollo y pasitas era una delicia? ¿Que el tomate, la lechuga y la cebolla morada sabían a gloria?

Todos los días esperaba en vano la visita prometida del canario. Llegó el día que no pudo aguantar más y gritó a toda voz desde la ventana:

— Oye, ya como ensaladas, ¿oíste? Como ensalada todos los días y me gusta.

Tantas veces gritó Pallín que su mamá corrió a su lado para pararlo. Ella había observado que su hijo estaba actuando de lo más

extraño. Pero el colmo era que gritará como un loco. Si a todo el mundo le diera por gritar lo que come, ¿a dónde iríamos a parar?

— Pallín, deja ya de gritar, — le ordenó enojada — Ya todos sabemos que comes ensalada y esto nos llena de regocijo. Pero muchacho, no hay razón para gritarlo a los cuatro vientos. Pareciera que quisieras que te escucharan hasta los pájaros que vuelan por el cielo.

La mamá de Pallín no se imaginaba lo mucho que había acertado. Y Pallín hizo bien en gritar porque al día siguiente mientras comía, el intrépido canario apareció de nuevo, y volando aterrizó en su plato.

Lleno de emoción Pallín le dijo:

— Pensé que nunca volverías. Todos los días te llamaba y nada,

— Tenía que esperar a que te gustara comer ensaladas, — le contestó el canario.

Sino, ¿cómo íbamos a comerla juntos?

— Pues, claro, tienes toda la razón — le contestó Pallín. Y ambos amigos reían mientras el plato de ensalada iba disminuyendo hasta desaparecer.

...Y se hicieron eternos amigos ... comieron delicias ... y fueron felices.

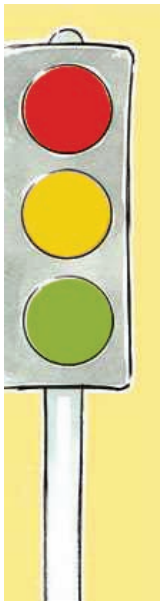
El semáforo loco

Por: *Hena González de Zachrisson*

El semáforo lo acababan de instalar en Vía Brasil y Calle 50 y estaba contento de poder mantener el orden del tránsito en tan importante calle. Sin embargo, pronto descubrió que su tarea no era fácil. Su territorio estaba atestado de muchachos que vendían frutas y vegetales y para escapar de ellos, los conductores hacían regatas para cruzar la calle antes de que la luz cambiara a rojo.

— ¡Todo a un dólar! — gritaban los chicos mostrando su bolsa de guineo, naranja, melón, maíz, papaya, chayote, pan, flores, en fin, ¡de todo!

Pegando sus sudadas caras a las ventanas, gritaban para hacerse escuchar. Los conductores dibujaban con sus dedos un rotundo “¡NO!” pero los muchachos no se daban por vencidos: golpeaban insistentes las ventanas, o se paraban desafiantes frente al vehículo, sin importarles que el carro se les viniera encima.



Los conductores mantenían una fría mirada en el semáforo y un pie en el acelerador atentos a la luz verde, para alejarse lo mas rápido de aquellos chicos impertinentes.

El semáforo también se alegraba cuando se prendía la luz verde y los conductores podían continuar sin interrupción. A él lo habían colocado en ese lugar para establecer el orden. ¡Ya verían como largaba de la calle a esos harapientos!

Sin embargo, no era posible permanecer en un mismo sitio, día tras día, sin enterarse de todo. El semáforo descubrió que si bien su luz verde favorecía a los conductores, en cambio, perjudicaba a los muchachos de la calle.

— Es que con luz verde los carros se alejan y los pobres muchachos no pueden vender su mercancía. Esto significa no llevar plata a sus casas. —le contaron las torcazas que revoloteaban a su alrededor.

— Algunos de ellos ni siquiera tienen papá, — le susurró al oído un dulce azulejo. — Y la mamá tiene que cuidar a los pequeños y si ellos no venden lo que traen, no tienen a nadie que les dé de comer.

— Otros tienen un padre alcohólico y cuando vuelven a casa con las manos vacías, éste les insulta y les pega, —le informó un petirrojo.

— La mamá de aquel chiquitín es drogadicta, — le susurró un talingo, — y ese chico es el único sustento de su familia.

El semáforo no se había imaginado nunca esas tristes historias. Observó que en lugar de descansar cuando se prendía su luz verde, los chicos miraban con ansiedad hacia el cielo.

— ¿Será para rogar a Dios? — le preguntó a un lorito parlanchín que se había recostado a un árbol próximo a él. — ¿o será para observar las figuritas que forman las nubes?...

— ¡Ojalá así fuera — le contestó el lorito, — Lo que hacen es mirar por si aparecen nubes oscuras anunciando un fuerte aguacero. Ellos le temen a la lluvia porque significa que ya nadie les comprará.

— O miran para ver si se acerca la noche, que les anuncia que se está acabando su tiempo para vender. — añadió un picaflor.

El semáforo ya no estaba contento cuando se prendía la luz verde. Ahora sabía que por su culpa se quedaban muchas manos extendidas sin completar una venta. ¡Qué vida mas dura la de estos chicos!

El corazón del semáforo no era duro como el material con que fue fabricado. Ante esta situación se decía:

— ¡Si pudiera en alguna forma ayudarlos!

— ¡Ojala la luz verde tardara más en llegar!

— ¡Ojala la luz roja se quedara por más tiempo!

— ¡Cómo quería el semáforo que esto ocurriera!

¿Has oído alguna vez decir que “QUERER ES PODER”? Pues es cierto.

Si no, ¿cómo explicar las cosas extrañas que empezaron a ocurrir?

Sin previo aviso el semáforo comenzó por trabarse en la luz roja. Los conductores pitaban en protesta o lanzaban toda clase de palabrotas para demostrar su enojo. Hubo hasta quien le tiró un guineo podrido al semáforo, ¡vaya grosería! Pero pese a todo esto, ¡el semáforo siguió trabándose!!

Se trajeron a muchos técnicos para repararlo y quedaban perplejos.

— Es raro,— decían después de revisarlo,— no encontramos ningún desperfecto técnico. Miren lo bien que está funcionando.

Sin embargo, al poco tiempo de irse, el semáforo volvía a trabarse en rojo.

— Ese semáforo anda loco,— dijeron — Trabaja cuando le da la gana.

¡A nadie le dio por pensar que lo que tenía el semáforo era un corazón muy grande...! Siguió estancándose en rojo y los conductores se cansaron de quejarse. A falta de otra forma de ocupar su tiempo mientras esperaban que cambiara la luz, se pusieron a comprar las frutas que llevaban los muchachos de la calle. A su familia no le hizo ningún daño volver a disfrutar de la fragancia de un mango fresco, de palpar la piel de una naranja, saborear el rico jugo de un trozo de sandía...

En una ocasión fue tanto el tiempo que el semáforo se detuvo en rojo que el conductor de uno de los vehículos tuvo tiempo para observar a un lindo mulatito que todos los días le mostraba unas estampitas de Santos y que él siempre había ignorado.

— Ese mocoso debe tener tu misma edad, Juanchín,— le dijo al nieto que lo acompañaba, y sacando la cara por la ventana gritó:

— Oye, chiquillo, — ¿cuantos años tienes?

— Siete, respondió el mulatito, mostrando una blanca dentadura.
— ¿Me compra una medallita del Divino Niño para su niño?

El conductor temblaba a la sola idea de ver a su nieto en el centro de la calle como ese niño, expuesto a cien mil peligros. El semáforo, que tantas veces vio a ese señor insultar a los chicos de la calle, hizo lo que tenía que hacer: se mantuvo mas tiempo en luz roja. Esto le dio tiempo al señor a fijarse en la ropa rota del pequeño, mirar sus pies curtidos y descalzos.

Entonces el viejo cascarrabias tomó algunas de las estampitas que le mostraba el niño y depositó en sus manos un billete de diez dólares.

— Anda, chiquillo, llévale eso a tu familia —le dijo sonriendo — y vete ya a tu casa que es muy tarde para que un niño de tu edad ande suelto por las calles. La próxima vez te traeré alguna ropa de mi nieto. El tiene tu misma edad.

Este fue sólo el principio de muchos cambios en la gente que, por causa del semáforo loco, pudo conocer mejor a los muchachos de la calle. Llegó el día en que los mismos gobernantes se enteraron de la vida dura de los muchachos de la calle y buscaron y encontraron soluciones para ayudarles.

* * * * *

La gente es buena, — comentó una tarde el semáforo con sus pájaros amigos. — Lo que ocurre es que trabaja mucho y está siempre muy ocupada. Necesita de alguna oportunidad para enterarse de las cosas tristes que ocurren a su alrededor. ¡Del resto se encarga el corazón!



©Lotería Nacional de Beneficencia de Panamá

Se permite la reproducción del presente material y se agradece consignar como fuente la **REVISTA CULTURAL LOTERÍA**.

Diagramado e impreso en Editora Sibauste, S.A.